



**Universidad Nacional de Rosario - Facultad de Psicología
Secretaría de Estudios de Posgrado**

**Maestría en
Clínica Psicoanalítica
con Niños**

Res. Coneau: 11739/14

TESIS:

**LA INVENCIÓN COMO MODO DE PRODUCCIÓN
SUBJETIVA EN LOS AUTISMOS**

Ensayo sobre un modo de invención posible

Autora: Ps. Melina Soledad Domenech.

e-mail: melinadomenech@hotmail.com

Teléfono: 341- 6129726

Directora: Dra. María Luján Iuale.

Rosario, marzo de 2020.

Índice:

A modo de introducción	p. 2
Apartado N°1: Acerca de la invención como modo de producción subjetiva en los autismos.....	p.31
A) El estatuto del objeto en el trabajo de invención	p. 66
B) El sujeto del que hablamos en el trabajo de invención.....	p. 113
Apartado N°2: El trabajo de invención como acto de lenguaje	p. 155
A modo de conclusión	p. 205
Referencias bibliográficas	p. 209

A modo de introducción:

La presente investigación se propone ensayar un modo de respuesta posible en los autismos como modo de producción subjetiva específica de dicha modalidad.

Interrogaremos el extenso trabajo que el sujeto realiza otorgándole el estatuto de una verdadera invención y nos detendremos en las particularidades de este proceso u operación subjetiva que estamos considerando. Qué entendemos por operación de invención, a qué llamamos primera operación de invención - uso nuevo, “reciclado” del objeto -, qué efectos esto tiene respecto del estatuto del objeto y del sujeto mismo - del sujeto como efecto de esta misma operación así como el efecto sobre el cuerpo de ese sujeto -. Además, nos proponemos avanzar un paso más y ensayar también una hipótesis respecto del estatuto de todo ese trabajo de invención que el sujeto realiza; propondremos pensar al mismo como un genuino y auténtico *acto de lenguaje*, en tanto a partir del establecimiento de una forma discursiva absolutamente inédita y original se inaugura para el sujeto un lazo posible. Lazo creado e inaugurado por el sujeto mismo que puede entenderse como la salida del estado de repliegue autístico.

A los fines de poder situar nuestro planteo diferenciaremos brevemente algunos otros desarrollos teóricos sobre el tema, de modo de poder ubicar desde dónde hablamos y a partir de qué conceptos desarrollamos nuestras formulaciones.

Entre el extenso campo de desarrollos teóricos sobre “los autismos” diferenciaremos tres grandes abordajes que traducen cada uno un posicionamiento ético con sus respectivos efectos en la práctica misma.

Por un lado, aquellas formulaciones que intentan explicar “el autismo” a partir del déficit o el trastorno a corregir y que a partir de prácticas reeducativas pretenden eliminar lo que entienden como conductas “inadaptadas” o “inapropiadas”. Desde aquí se le asigna un

nombre a la perturbación; se habla entonces de Trastorno Generalizado del Desarrollo o Trastorno de Espectro Autista. Se ubican dentro de este grupo las Terapias Cognitivo-Conductuales y todas aquellas prácticas que apuntan a la “normalización” de una supuesta disfuncionalidad atendiendo cada una de ellas el órgano que le atañe en función de cierta especificidad, bien alejadas de una pregunta acerca del sujeto.

Por otro lado, aquellos postulados que definen al autismo a partir de una detención del desarrollo o una falla o fracaso en la constitución subjetiva. Se describen complejos procesos subjetivos que no son alcanzados o a los cuales el sujeto no accede según el modelo de la neurosis. La constitución neurótica se postula, de este modo, como ideal a alcanzar y medida a partir de la cual se afirma si hay o no producción subjetiva. A partir de este grupo de formulaciones se explica el estado autístico tomando como referencia operaciones que son aquellas que dan cuenta de la constitución del sujeto del inconsciente, del sujeto barrado; el resultado es una extensa enumeración de procesos y operaciones que aquí no tienen lugar, bien alejadas de alguna pregunta acerca de operaciones específicas para esta modalidad subjetiva.

Desde este punto de vista se afirma que no hay cuerpo en el autismo, no hay otro ni Otro, así como tampoco hay posibilidad de plantear la existencia de un sujeto, en tanto el único posible es el del inconsciente. Se toman como argumentaciones conceptuales la ausencia de metáfora paterna, la falla en el estadio del espejo o, más específicamente, en las condiciones previas - en la matriz - que lo hace posible. Se agrupan aquí postulaciones que si bien se fundamentan desde el Psicoanálisis no escapan a la idea del déficit. De este modo tienen lugar ciertas prácticas que de alguna manera renuncian a los efectos de producción subjetiva.

Por nuestra parte nos resulta fundamental poder ensayar otra lectura posible respecto del problema que nos convoca, que esté en consonancia con cierto posicionamiento ético que

entendemos insustituible respecto del mismo. Principalmente cuando nos encontramos con ciertas aseveraciones respecto de esta modalidad subjetiva que la sitúan, como mínimo, del lado del déficit utilizando para su argumentación los postulados mismos del Psicoanálisis.

Desde ese lugar de pronunciamiento se intenta una exhaustiva lista enumerando los procesos que “no se cumplen” para arribar al resultado esperado, el único al que parece caberle la definición de operación subjetiva: la neurosis. De esta manera se lanzan aseveraciones del tipo: el niño autista está por fuera del lazo, el mismo le está negado; corresponde a un estado pre-psíquico; queda indefectiblemente sin cuerpo ya que éste sólo existe a partir de la articulación entre los registros Imaginario, Simbólico y Real; no hay aquí sujeto sino una “enfermedad” de lo simbólico que corresponde a los tiempos pre-constituyentes de la estructura subjetiva; entre otras del mismo tenor.

A los fines de interpelar y establecer una diferencia respecto de nuestros argumentos tomaremos un ejemplo de este tipo de posicionamiento a partir del planteo de Gloria Annoni (2011). La autora no deja de invitarnos al asombro y la contradicción cuando afirma en su libro reservar un lugar propio para *el autista* – así lo denomina - pero sin abandonar nunca los postulados del Psicoanálisis acerca de la constitución subjetiva en la neurosis. De este modo, argumentando cierta detención - de la que podría ser responsable tanto el niño como el entorno - le reserva el estatuto de “ser viviente que no hará más que responder a las funciones de su sistema nervioso central filtrando o no meros estímulos” (p.163).

En relación a los niños con quienes trabaja en la clínica sostendrá, de modo genérico e impersonal que “(...) se retuerce, grita o se golpea sin otro sentido que no sea la reacción de especie viva” (Annoni, 2011, p.157). Para esta autora todo parece explicarse a partir de la mera respuesta conductual mecánica de su cuerpo real - así lo aclara en más de una oportunidad – ya que “(...) el percibir inmutable a objetos en movimiento, está en el percibir,

en el ver del organismo vivo de esta especie, según la complejidad de su arquitectura neuroquímica” (Annoni, 2011, p. 142).

Sin vacilar y valiéndose como apoyatura teórica de los tiempos lógicos de constitución subjetiva en las neurosis afirmará que la falla o detención en dicho proceso “no logra producir un sujeto, sino un autista” (Annoni, 2011, p. 112). Entre este tipo de pronunciamientos y la posibilidad de considerar cierta especificidad para esta modalidad subjetiva se instala un abismo que justifica la existencia del presente ensayo.

Annoni (2011) descartará cualquier tipo de acercamiento entre soma y lenguaje anulando de esta manera cualquier posibilidad de suponer alguna respuesta original del sujeto a partir de allí. Insistirá en reservar el estado “sensorio-motor” sin investidura (p. 119) “quedando el soma por un lado y el lenguaje por el otro” (p. 144). En contraposición, por nuestra parte, intentaremos plantear nuestra hipótesis en tanto respuesta del sujeto al traumatismo de *lalengua*, del cual no queda en absoluto exento; respuesta singular que pone de relieve un modo de vérselas con *lalengua*. En este punto invitaremos al lector a considerar modos particulares de aparejamiento entre cuerpo y lenguaje.

La citada autora, argumentando su esmero en instituirle cierto lugar propio concluirá que éste supone no estar “ni al margen de la neurosis, ni al margen de la psicosis” (Annoni, 2011, p. 124). Según ella no ha habido lugar para la inscripción de la estructura y este *lugar* que le reserva reviste todas las características de un no lugar en sí mismo. Azorados no dejamos de interrogarnos en qué consistiría la *apuesta* a la que esta autora hace referencia como eje de su trabajo.

En relación al cuerpo Annoni (2011) destacará una continua actividad de movimientos “sin intención, movimientos mecánicos en una realidad continua sin ninguna noción de espacio y tiempo” (p.138). De esta manera, desestima la enorme originalidad de todo un

trabajo extenso, complejo y continuo que el sujeto pone en juego allí para armar, inventar un modo singular de vérselas con esas categorías.

Respecto de lo que será nuestra idea directriz a lo largo de este ensayo - el lugar y el estatuto del objeto en el trabajo que el sujeto realiza - la autora reafirma una vez más su propio posicionamiento en la clínica. Dice: “(...) puedo pensar que lo que para mí es objeto en movimiento constituye para el llamado autista un estímulo a su sensorio sin que aún tenga las coordenadas para armar una escena” (Annoni, 2011, p. 140).

En su libro “Psicosis y autismo infantil” Cecilia Collazo (2013), acerca de este punto crucial de nuestro planteo, define detalladamente lo que debería establecerse como trabajo con un objeto explicando cómo el analista debería ponerlo en práctica, instalarlo y “donar” ese trabajo de alguna manera al sujeto esperando algún tipo de efecto (p. 52). También esta autora deja entrever su posicionamiento al reservar para el niño mismo el lugar de “puro objeto” (p. 47) sin ningún miramiento del mismo en tanto actor y protagonista del mencionado trabajo.

La mirada, a nuestro entender, sesgada de este tipo de desarrollos confluye en la equiparación de esta original modalidad subjetiva con el estado de repliegue autístico, al punto de afirmar que “si el niño llega a algún decir o responde al llamado por su nombre ha abandonado su condición de tal” (Annoni, 2011, p.145).

La distancia con nuestras argumentaciones sobre el tema se torna evidente y estas diferencias respecto del posicionamiento ético tendrán necesariamente su correlato en implicancias clínicas. Por nuestra parte, haremos el esfuerzo de argumentar desde otra posición y con referencias conceptuales que nos sean de utilidad para dejar manifestado nuestro pronunciamiento sobre el tema escogido.

En tercer lugar, diferenciaremos aquellos abordajes que enfatizan el trabajo operado por el sujeto, al que describen de distintas formas. Se trata de toda una línea teórica, entre la

cual pretende incluirse el presente ensayo, que busca rescatar un modo de producción subjetiva propia de los autismos sin recurrir a conceptos que explican la producción del sujeto barrado - sujeto del inconsciente - a partir de los cuales muchas veces se tiende a establecer “lo que se debería haber producido y a lo que no se llegó”.

Entre los que destacan el trabajo subjetivo en los autismos no hay tampoco una visión unívoca; hay múltiples desarrollos que buscan dar cuenta de ese trabajo singular de manera diversa: trabajo de investigación para Neuss Carbonell; trabajo de exploración, de construcción de mundos para Cecilia Hoffman; trazas, usos del cuerpo para Luján Iuale; entre otros. Muchos de ellos disparadores del siguiente proyecto de investigación, por lo cual han sido postulados como antecedentes del mismo.

Mencionaremos brevemente algunos desarrollos teóricos que impulsaron los interrogantes principales del presente ensayo para delimitar a partir de ellos los puntos de encuentro y desencuentro con nuestros argumentos.

En su libro “El autista y su voz” Jean-Claude Maleval (2011) hace referencia al trabajo operado por el sujeto realizando un extenso desarrollo de lo que entiende como cuatro modalidades de borde que aquí pueden tener lugar: el objeto autístico, el doble, los Islotes de Competencia y el Otros de Síntesis. A su vez, destaca dos elementos que harían a la especificidad del autista y que son para el autor los que ponen al sujeto a trabajar diríamos, incansablemente: el hecho de no ceder ante el goce vocal y la búsqueda de la inmutabilidad.

De este modo, el sujeto se pondría a trabajar para conservar la inmutabilidad y el control sobre el mundo, sin ceder ante el goce vocal; es decir, sin asumir una posición de enunciación. Esto supondrá que el sujeto se las ingenie para, por vías alternativas al significante, construir o procurarse un borde donde localizar y así acotar ese goce intrusivo y desregulado sobre el cuerpo.

Consideramos pertinente para nuestro planteo el hecho de situar algo que funciona como motor del trabajo operado por el sujeto así como el producto mismo de dicho trabajo. Ahora bien, entendemos que la necesidad de la construcción de dicho borde se fundamentaría a partir del supuesto de la ausencia de cuerpo en los autismos, afirmación que proponemos interrogar. Asimismo, a partir de nuestro propio recorrido, ensayaremos otra respuesta posible para ubicar qué pone en marcha dicho trabajo y cuál es el producto o resultado del mismo, siempre tomando como guía el interrogante acerca de qué elementos allí presentes nos permiten pensarlo como una operación de invención. Sospechamos que la permanente sensación de ajenidad y su extranjería en el mundo de lenguaje funciona como motor de su extendido trabajo.

Rescataremos del autor el énfasis puesto en el trabajo del sujeto, labor que lo ocupa particularmente y que definirá para nosotros tanto su modo de estar en el mundo como su *ser* sujeto. En este sentido, la puesta en tensión con nuestros postulados acerca de las características y modalidades que este trabajo adquiere requerirá de algunas especificaciones.

Podríamos suponer a partir de nuestra lectura que aquello que Maleval (2011) describe como borde – en sus cuatro modalidades – sería parte, quizá el inicio de todo un amplio y extendido trabajo de elaboración por parte del sujeto, que reviste las características de una verdadera invención. A ésta le suponemos un carácter fundante – en tanto define al sujeto mismo como un efecto – y permanente – en tanto el sujeto no cesa en su trabajo en ningún espacio que transita como protagonista -. Desde este punto de vista, el proceso de invención que proponemos como modo de producción subjetiva en los autismos, supondría una de esas modalidades de borde como apoyatura y punto de arranque de toda la operatoria que planteamos.

Este autor inscribe el goce vocal en el campo del lenguaje. La voz como objeto pulsional no es la sonoridad de la palabra sino la manifestación en el decir del ser del sujeto

(Maleval, 2011). El objeto voz será para él el soporte de la presencia del sujeto en su decir (Maleval, 2011) y a partir de esto fundamenta el rehusamiento del sujeto a dicho objeto. Aclarará también que el objeto voz estructura el mundo de las imágenes y las sensaciones del infans y que allí cuando el sujeto se rehúsa a él se hacen presentes modos propios de esta modalidad subjetiva como son el pensamiento en imágenes y las formas particulares que adoptan las dimensiones del tiempo y del espacio. A partir de estas afirmaciones nos preguntamos ¿podremos suponer que en estos casos el sujeto “se arma” un soporte para su presencia a través de un arduo y minucioso trabajo sobre un objeto o materialidad previamente escogida?

Nos aventuramos a ensayar una respuesta frente al interrogante que dicho autor instala. A partir de nuestra lectura se deslizará el supuesto de que en estos casos el soporte de la presencia del sujeto no se presentará en el decir pero sí en un acto que intentaremos delimitar. Su presencia comenzará a deslizarse en un acto para el cual el rol del objeto elegido es fundamental, incluso entre quienes han llegado a utilizar el lenguaje como instrumento en tanto entenderemos el habla como un verdadero acto del sujeto. El uso que el sujeto logre instalar para el objeto escogido pondrá en escena un hacer en tanto artilugio artesanal para darse una presencia, eludiendo la posición de enunciación. Desde este punto de vista, el objeto se instalará como el soporte material que la voz requiere para ponerse a circular. No se tratará tanto de un rehusamiento sino de la procuración de un soporte material necesario para su despliegue, para alzar - o actuar - la voz. Será éste un fundamento que desarrollaremos para hablar de un “discurso material” como especificidad de esta modalidad subjetiva, una forma de lazo que tiene a lo material como principal soporte. La manifestación del ser del sujeto no será para nosotros por la vía del rechazo o rehusamiento sino por la puesta en escena de un saber-hacer que lo ubica como un experto; habrá para nosotros una

técnica que el sujeto muestra entre cuyos intrincados detalles habrá que ubicar al sujeto avezado y protagonista como un efecto.

Otro elemento destacado por el autor es la estructuración del mundo por la vía del signo, diferenciándolo así de la estructuración por el significante en las neurosis. Sobre esta idea apoya su concepto de Otro de Síntesis al que define como “un objeto intelectual constituido por elementos (signos) cuya asimilación equivale a un aprendizaje de memoria” (Maleval, 2011, p. 191). En relación a este punto destacaremos las vías alternativas a las que el sujeto recurre para armarse un lugar en el mundo que no va por los carriles de la significación; quizá un modo posible sea por la vía de la materialidad y a través de ella.

Entendemos que el trabajo subjetivo al que hace referencia Maleval (2011) puede ser pensado en dos tiempos lógicos interdependientes. En una primera instancia un trabajo que recae principalmente sobre el cuerpo, que supone un acotamiento y ordenamiento de goce sobre un borde permitiéndole al sujeto cierta animación libidinal; para esto el sujeto contaría como recursos con el objeto-doble – el doble, aunque sea un semejante es también un objeto - . En una segunda instancia la búsqueda de la inmutabilidad lleva al sujeto a un trabajo de ordenamiento del mundo y cierto tratamiento del orden simbólico que implica en sí mismo un trabajo particular sobre el lenguaje con primacía del signo. Un trabajo principalmente sobre el mundo para el cual el sujeto desarrollaría Islotes de Competencia y Otro de Síntesis - abierto o cerrado – al servicio de la estructuración del pensamiento – desarrollo de conocimientos – y enmarcamiento del goce.

Respecto de la búsqueda de la inmutabilidad como motor del trabajo del sujeto marcaremos nuestra disidencia. Para nosotros el inicio de toda su labor estará signado por la incomodidad radical que el sujeto experimenta, que lo ubica como “un antropólogo en Marte” (Grandin, 2006). El sujeto no sólo será un extranjero en su tierra sino que por esto mismo estará obligado a trabajar incansablemente. Además, a partir de la confluencia de su trabajo

en la inauguración de cierto lazo con otros, sospechamos que entra allí en juego lo inesperado del lazo mismo, elemento que cuestiona la inmutabilidad como condición del sujeto. Propondremos que la inmutabilidad estará sujeta a las reglas propias – o constitutivas – que aparecen como condición sine qua non para que el intercambio con otros sea posible. El sujeto procurará mantener inmutable no tanto el mundo en general sino más bien las reglas o normas que instala como condición para que el intercambio sea viable.

En relación al “objeto autístico” destacará Maleval (2011) que éste anima al sujeto oponiéndose así a lo planteado por Frances Tustin (1987). Mencionará la existencia de una defensa específica que consistiría en un objeto fuera del cuerpo capaz de constituir una matriz del Otro de Síntesis, en tanto construcción de un borde posible (Maleval, 2011). En nuestros planteos, el trabajo del sujeto sobre ese objeto – exterior – tiene las chances de constituirse como matriz de un extendido trabajo de invención. Enfatizaremos el uso “reciclado” que el sujeto asigna a dicho objeto proponiéndolo como una primera operación de invención.

Entendemos que el objeto cumple en animar al sujeto en la medida en que éste le inventa una función inédita particular, lo “pone en marcha” asignándole un uso específico que nos será mostrado a partir del despliegue de una técnica calculada al detalle. Será a partir de allí que dicho material servirá a ese cuerpo en singular, a ese sujeto a inventar.

Si nos es lícito suponer que lo que dicho autor define como constitución de un borde forma parte de un proceso más amplio y extendido de invención fundante y radical por parte del sujeto, lo que propondrá como motor del trabajo mismo – la búsqueda de la inmutabilidad – quedará para nosotros, como ya hemos mencionado, sujeto a revisión. Si el trabajo de invención que proponemos se verifica en tanto posibilita o inaugura un lazo inédito con el otro, y si acordamos en que el sujeto trabaja en ese mismo sentido, la entrada en juego de lo inesperado del lazo al otro – que lo obliga a re-inventar ese modo de encuentro – ya imprime en sí mismo un quiebre, una ruptura en dicha inmutabilidad.

Cierto trabajo de investigación del mundo, las personas y las cosas que retoma Neuss Carbonell (2013) para definir el trabajo subjetivo en los autismos se instalará para nosotros como la antesala necesaria de toda la operatoria que planteamos. La autora destaca dicho trabajo en su valor singular, el cual integra a la vez un proceso de construcción de un mundo suficientemente vivible. Enlazará ese trabajo de investigación del sujeto al mantenimiento de un mundo suficientemente ordenado.

Nos resulta fundamental el modo en que sitúa dicho trabajo como solución singular para estar con otros así como también el lugar que le reserva al objeto en todo este proceso. Carbonell (2013) destaca una especie de ventaja entre aquellos niños que logran “elegir” un objeto en particular, que vendría a ubicarse en lo que denomina “borde casi corporal” haciendo posible cierta mediación. Respecto de la práctica destaca que el analista deberá encontrar la razón de ser del objeto que el sujeto ha elegido. Acentuará la necesidad de que algo del orden de la invención venga a situarse entre el sujeto y el otro llegando a funcionar como límite. De esta manera, sitúa cierto proceso de invención como mediación en la relación con el otro, aunque parece circunscribirlo a cierto borde (Carbonell, 2013, p. 129). Nuestro planteo intentará situar a ese proceso como un acto más extendido y generalizado que cambia rotundamente el estatuto tanto del objeto como del sujeto mismo.

Acordaremos en un todo con la propuesta de ir más allá de la pregunta por la causa cuando de esta modalidad subjetiva se trata, como un gesto que supone abrir e insistir en la pregunta por el sujeto (Carbonell, 2013) y su original trabajo de invención.

No podremos dejar de mencionar entre nuestros antecedentes dos conceptos fundamentales propuestos por Luján Iuale (2011) para dar cuenta de cierta respuesta del sujeto frente al traumatismo de *lalengua*, común a todo viviente. Los “usos del cuerpo” y el recurso a la “maquinización” se presentarán como modalidades del trabajo subjetivo en los autismos, en tanto modos originales de vérselas a partir del encuentro con el lenguaje y con la

ajenidad misma del cuerpo, de la que nadie escapa. Resaltamos el valor que adquiere el trabajo singular en este recorrido, en tanto modos propios de “hacer” con el cuerpo; saber-hacer que recorta una respuesta original.

A partir de esto nos interrogamos acerca de si este trabajo de invención fundante que proponemos puede ser pensado en concordancia con el pasaje de la automatización – estereotipias – a la maquinización que la autora describe como adherencia al cuerpo de determinado objeto que anima libidinalmente al sujeto (Iuale, 2011). Interrogante que se desliza respecto del estatuto mismo del cuerpo en estos casos. Además, nos vemos tentados de considerar correlativamente un pasaje del artificio a la invención en tanto acto para dar cuenta de un cambio radical en el estatuto tanto del sujeto como de su relación al lenguaje.

Para Frances Tustin (1987) los “objetos autistas” son tratados como si fueran partes del cuerpo del niño y en esto los distingue de los objetos transicionales en su función de hacer más tolerable la ausencia del otro significativo. Distinguirá entre objetos autistas “normales” y “anormales”, y respecto de estos últimos afirmará que el sujeto los utiliza “en su intento de cerrar el círculo, completando la importantísima Gestalt de lactancia” (p. 67) y siempre de manera fija y estereotipada. En relación a la elección de los mismos dirá que son escogidos aquellos que detentan una consistencia dura pero “no juegan con ellos como lo haría un niño normal” sino que “se consideran importantes para evitar catástrofes, de la misma manera que algunos adultos se valen de amuletos o talismanes” (p. 67). Acerca de su función afirmará que “los objetos autistas del “yo” han de mantener a distancia al “no-yo” amenazador, y revisten un carácter anormal y patológico” (p. 68).

Para nuestro recorrido serán de utilidad algunas puntualizaciones que realiza Tustin (1987) aunque destacaremos firmemente nuestro disenso en cuestiones fundamentales. Subrayaremos la observación de que estos objetos son peculiares y se utilizan de maneras idiosincráticas a cada niño particular y la puntualización de que no se utilizan en la función

para la cual fueron creados (p. 117), siendo para el niño absolutamente esenciales en tanto se asocian a sensaciones corporales. Mencionaré también la posibilidad de sustituirlos, aunque esto parece posible a condición de respetar ciertos atributos o cualidades particulares entre los elementos a intercambiar.

Para nuestro planteo este objeto no será “autista” ni “antivida” (Tustin, 1987, p. 128) sino que adquirirá el valor de una verdadera herramienta para el sujeto permitiéndole un viraje en el estatuto de su ser. No favorecerán el repliegue ni constituirán una “barrera ante la realidad” (Tustin, 1987, p. 128); contrariamente se instalará como materia prima con la cual el sujeto llevará a cabo una operación inaugural que culminará las más de las veces en una forma novedosa de lazo.

Discutiremos su afirmación de que se trata siempre de objetos inanimados, constituyendo “un punto muerto” (Tustin, 1987, p. 128). Conjeturamos que una diferencia se instala allí cuando el sujeto es capaz de elegir un objeto entre varios; cuando el objeto *interesa* al sujeto al punto de incorporarse en un verdadero proceso de trabajo, el material adquiere necesariamente otro estatuto: lejos de ser punto muerto suponemos que es *puesto en marcha* por el sujeto en una función absolutamente inédita escenificando una técnica operada por un verdadero experto, sujeto avezado y efecto mismo de dicha operación.

Coincidiremos con Tustin (1987) en la necesidad de no privar al niño de estos objetos e intentar “descubrir lo que significa” esto para él (p. 129); elementos que la autora destaca como fundamentales para la práctica clínica. En esta misma línea discutiremos con la afirmación de Liliana Cazenave (2012), quien retoma el concepto de objeto autista y lo plantea como un obstáculo en la relación al Otro. Propondrá como intervención que el analista se ubique en lugar o al lado de ese objeto autista “para desplazarlo e ir posibilitando una sustitución, una metonimia que permita al niño ampliar su mundo” (p. 205). En contraposición procuraremos pensarlo como un objeto reciclado de invención, objeto de un

uso inédito que viene como herramienta a introducir cierta lógica en la modalidad subjetiva que consideramos facilitando el intercambio con otros.

Para nosotros este objeto hace cuerpo. El niño trabaja a los fines de conseguir cierta consistencia corporal y lo hará por la vía de la invención con dicho objeto como soporte. Su labor estará destinada a darse una presencia por la vía de la invención en tanto saber-hacer con el objeto. En este punto destacaremos de la citada autora que “la utilización de los objetos autistas está dirigida a la supervivencia corporal” (Tustin, 1987, p. 120) así como también su insistencia acerca de la dureza de los objetos – como atributo principal – y su utilidad para “apartar amenazas de ataques corporales y de aniquilación” (Tustin, 1987, p. 121). A partir de estas afirmaciones no dudaremos de su función respecto del cuerpo del sujeto y nos interesará en este sentido.

Hablar supone, según Eric Laurent (1997) un acontecimiento de cuerpo. Será nuestro interés deslindar este acontecimiento de cuerpo que en los autismos parece constituirse o establecerse por vías alternativas. Sospechamos que cierta consistencia del mismo es resultado de un trabajo singular de invención con algún material como soporte.

Para este autor el autista construye un modo particular de funcionamiento del Otro en el cual puede incidir su cuerpo articulado a una máquina particular. A esta referencia del cuerpo unido a un objeto como un verdadero “órgano suplementario” (Laurent, 1997) decidimos destacarla para pensar la consistencia de ese cuerpo con el recurso de la “maquinización”; elemento que destacará Luján Iuale (2011) cuando trabaje acerca de las perturbaciones y usos del cuerpo en el autismo. Destacaremos este concepto de “órgano suplementario” como un antecedente de nuestro planteo, aunque escogeremos enfatizar no el objeto en sí mismo sino el uso completamente artesanal que el sujeto inventa con él y a partir de él. Será este saber-hacer con el objeto el que deviene central para nuestros postulados acerca de la producción subjetiva por la vía de la invención.

Respecto del cuerpo de estos niños afirmará que siempre se trata de “la producción de un montaje del cuerpo, más un objeto fuera-del-cuerpo” (Laurent, 1997, p. 76). Por nuestra parte sostendremos que su disposición constante al trabajo será lo que defina al sujeto como tal; en este sentido sospechamos que el cuerpo se verá atravesado por esta misma particularidad. Nuestro planteo acerca del cuerpo en invención permanente se fundamentará en que es indispensable para el sujeto trabajar en una continua edificación, materialización de su propia consistencia. El sujeto deberá a través de la invención encontrar los recursos para *materializar* el cuerpo, esto es, tornarlo consistente a partir de un saber-hacer que lo ubicará como avezado en una técnica que reviste el carácter de lo irrepetible.

Laurent (1997) supone al autismo como un estado transitorio, un fenómeno que, en la medida en que le es posible algo del orden de cierto lazo transferencial, se produciría una “psicotización” de estos niños (p. 72). Por nuestra parte, acordaremos con la idea de que la inauguración de cierto lazo supone una salida del autismo en tanto “estado”, pero entenderemos que éste no es sinónimo de la modalidad subjetiva que estamos considerando. Conjeturamos que un modo de producción subjetiva posible en estos casos se configura por la vía de la invención, siendo la inauguración de cierto lazo único el resultado directo de dicho trabajo que se efectúa con y sobre un objeto o materialidad. Además, la amplitud, variedad y diversidad de esta modalidad subjetiva incluiría no sólo ese estado de repliegue sino también el enorme y constante trabajo del sujeto para salir del mismo. Intentaremos pesquisar su especificidad sin caer en la idea de un pasaje a la psicotización.

Respecto del espacio propio de estos niños Laurent (1997) lo definirá como no-métrico, en tanto la ausencia de significación fálica impediría medir el mundo haciendo que “lo infinito y al lado sean lo mismo” (p. 74). Por nuestra parte, insistiremos en la propuesta de no definir a esta modalidad subjetiva haciendo referencia a lo que no se instala según la constitución del sujeto del Inconsciente. ¿Podremos conjeturar que en estos casos a través de

una extendida operación de invención el sujeto se las arregla para operar – o inventar – este tipo de “mediciones” valiéndose del recurso a la materialidad devenida herramienta? Sospechamos que otros códigos se instalan de modo alternativo y que lo material juega en ellos un rol fundamental.

Laurent (1997) planteará la posibilidad de la producción del sujeto como efecto-sujeto por la vertiente de la alienación delirante – psicotización – o por la vertiente del pasaje al acto – estupor – (p. 75). Distanciándonos supondremos la producción de un sujeto como efecto de un trabajo propio de invención con carácter fundante, artesanal y permanente que otorgaría el “ser” – como efecto mismo de dicho trabajo minucioso – y el “tener” – cierta consistencia del cuerpo anteriormente ausente – y que permitiría a partir de allí fundar un modo de lazo único cada vez. Nuestro planteo acerca de la invención como acto de lenguaje supondrá que el sujeto en tanto actor de este proceso se da a sí mismo un cuerpo que le permitirá a partir de allí inventar un modo de lazo singular, una modalidad de intercambio que proponemos pensar como discurso material.

Respecto del objeto que el sujeto adhiere a su cuerpo, nos interesa rescatar su afirmación acerca de que no se trata de cualquiera sino de uno “electivamente erotizado” (Laurent, 1997, p. 75). Entendemos que de este modo enfatiza cierta elección del sujeto, elemento fundamental y coincidente con nuestro planteo. Afirmará también que “el niño intenta introducirlo como el órgano que conviene a su cuerpo” (Laurent, 1997, p. 75). En esta “conveniencia” encontramos otro punto de articulación con nuestro supuesto de que se trata de un objeto que “sirve” a ese sujeto en singular, poniéndose a su disposición como materia prima al principio y más adelante como herramienta misma.

Este autor destacará también que un viraje tiene lugar en el momento en que “el niño aísla el objeto al cual él le puede sacar algo enseguida” (Laurent, 1997, p. 76). Acordaremos en un todo con esta idea de viraje; alguna trasmutación se torna evidente allí cuando el sujeto

elige un objeto entre otros cual materia prima con la cual iniciar su trabajo permanente de invención. Una diferencia se instalará a partir de esta elección y junto con ella la chance de que toda una compleja operatoria se ponga en marcha.

Acordaremos con Laurent (1997) acerca de la necesidad de liberar al autismo del sujetamiento al término “autismo” (p. 77). Este punto fundamenta nuestra insistencia en el uso del plural para referirnos a esta modalidad subjetiva y desplaza además el eje de la cuestión a la pregunta por el “sujeto” posible allí mismo.

Jacques-Alain Miller (1999-2000) y sus planteos acerca de “La invención psicótica” serán también un antecedente de nuestro recorrido aunque delimitaremos claramente los puntos de desencuentro con dicho autor.

Utilizará el concepto de *invención* para dar cuenta de cómo se las arregla la psicosis al no disponer, como especifica Lacan (1973), del “auxilio de los discursos establecidos”. “La función de cada uno de sus órganos le hace problema al ser hablante. Es en lo que se especifica el esquizofrénico, por estar tomado sin el auxilio de ningún discurso establecido” (Lacan, 2001, p. 474). Esta tesis de Lacan justificará la pertinencia del término invención. La esquizofrenia tendrá la propiedad de enigmatizar la presencia del cuerpo, de volver enigmático el ser en el cuerpo. El cuerpo y los órganos hacen problema a todo ser hablante ya que la antinomia entre el órgano y la función implica que el sujeto deberá encontrar para qué sirve eso, deberá encontrarle irremediamente una función. La neurosis podrá recurrir para esto a soluciones típicas, pobres, en cambio el esquizofrénico no podrá resolver sus problemas de ser hablante haciendo un llamado a los discursos ya establecidos, no tendrá más remedio que disponerse a inventar una solución a medida; “está obligado a inventar un discurso, está obligado a inventar sus apoyos, sus recursos, para poder hacer uso de su cuerpo y de sus órganos” (Miller, 1999-2000, párr. 47). Retomaremos, a los fines de especificar la operación que proponemos para los autismos, la idea de que se tratará de una invención a la

medida del sujeto; será resultado de su trabajo singular y podrá servir para ese cuerpo en el instante en que el sujeto decida disponerse a iniciar un lazo con otros. Acordaremos con Phillippe La Sagna (2006) en que “hay, en Freud y en la clínica, indicios de que la conexión cuerpo-lenguaje no debe necesariamente colocarse en el orden de la metáfora” (Miller, 2006, p. 250).

En “La Psicosis Ordinaria” (Miller, 2006) Eric Laurent opondrá la invención “a medida” a la “de confección” (p. 253) para dar cuenta de cierta respuesta que se espera de todos; las diferencias estarán dadas a partir de la disponibilidad o no de los discursos establecidos. En las psicosis “el cuerpo está permanentemente amenazado de estallar, no se sostiene y hay que hacer enormes esfuerzos para mantener el cuerpo como uno” (Miller, 2006, p. 253); esta coincidencia entre los autores respecto del trabajo que es fundamental desplegar por parte del sujeto será central para nuestros desarrollos. Ese esfuerzo de invención será para nosotros no sólo significativo sino además permanente y será lo que defina al sujeto tal como lo entendemos.

Miller (2006) destacará la existencia de “invenciones mínimas” a partir de las cuales se encuentra una función en un órgano con la participación de cierta complicidad somática. En nuestros argumentos entenderemos los inicios de un saber-hacer con el objeto – que implica de manera radical al cuerpo del sujeto - como una *primera operación de invención*. Primera asignación de un *uso reciclado* para la materialidad escogida que se instalará como apertura a nuevas invenciones singulares.

Rescataremos brevemente el caso Ophélie que es allí presentado en tanto se instala para nosotros como disparador de varios interrogantes que nos llevarán a buscar otra lectura posible, en consonancia con nuestras argumentaciones. La particularidad de este caso es la invención de una lengua propia, la lengua Donald, aunque el recorrido que antecede a dicha invención nos pone en la cuenta de que lo material juega un rol fundamental. Antes de que

esta invención quede plasmada hay un elemento que circula con cierto privilegio y con el cual la niña trabaja de manera minuciosa: la plastilina-masa para masticar. La amasa, la mastica, la tira en la cara del terapeuta, este objeto “se había convertido en algo muy de ella” y el terapeuta “debía plegarse al modelaje de los animales que ella pedía, y ningún otro niño podía tocar eso” (Miller, 2006, p. 149). Hay en este caso una elección singular sobre este material que reviste una importancia supina para la niña, un trabajo con él y a partir de él que incluye al terapeuta y que además antecede a su invención de una lengua singular. Este arduo trabajo con el material que va más allá del modelado de animales es lógicamente anterior a la invención de la lengua Donald con la cual efectivizará un lazo con otros y la entrada en un discurso. Como afirma Miller (2006) “pasando de la plastilina-masa para masticar a la creación de Donald (...) pudo entrar en un lazo social y, por lo tanto, en la matriz de un discurso” (p. 279).

Destacaremos la intervención de Yasmine Grasser (2006) respecto de la función del analista en estos casos: “tiene que restituirle al sujeto psicótico la lógica de su invención, lo que alarga un poco el circuito ... y le permite entrar en un lazo social...” (Miller, 2006, p. 310). Fabienne Henry (2006) se pronuncia en este sentido cuando declara del lado del analista “ya no un esfuerzo de invención, sino más bien un esfuerzo de aprendizaje, o también su extrema docilidad para aprender *lalengua* particular del sujeto” (Miller, 2006, p. 278). También Miller (2006) coincidirá en este punto: “el analista se ubica en la posición de aprender *lalengua* del paciente (...), se ubica en posición de alumno de aquel que elaboró esta lengua especial” para “plegarse en ese lugar, y esbozar, si no un diálogo, al menos una forma de respuesta” (p. 276). Este posicionamiento que supone para el analista cierta interrogación, dispuesto a aprender de lo que allí se trata lo consideramos fundamental. Supondremos además que cierta “función secretario” tal como la planteara Lacan (1955-1956) es en estos

casos posible, a condición de revestir ciertas particularidades que supondremos específicas a la hora de intervenir en los autismos.

Nos interesarán como elementos resonantes con nuestros planteos: la elección privilegiada del sujeto sobre cierto material que hace las veces de materia prima encerrando en sí mismo una invitación a un trabajo particular, dicho trabajo minucioso como antecedente de lo que será la invención del sujeto y la invención en este caso de una lengua singular que invita a la niña a un lazo posible. “Es una niña que inventa hablar utilizando “cue, cue” con su analista” (Miller, 2006, p. 210). La invención tiene que ver con un acto, y será para nosotros *acto de lenguaje* en tanto confluye en una modalidad discursiva singular.

“La invención procede de la *ex – sistencia* del órgano-lenguaje (...) y está antes de que la función sea encontrada. Por el hecho de que *ex – siste* el órgano-lenguaje al cuerpo, el sujeto está condicionado a encontrarle una función. O bien la recibe, o bien la inventa” (Miller, 1999-2000, párr. 56). La operación de invención será eje vertebrador del siguiente ensayo en la medida en que sospechamos que a partir de una operación de este tipo puede ser pensada una producción subjetiva particular. La invención tal como la proponemos se instalará como la posibilidad del *ser* del sujeto. Jacques Borie (2006) alude a un sujeto para el cual su invención se le presenta “como su nombre”; “sabía que era eso lo que le interesaba, con lo que daba nombre a su ser; era su propia creación” (Miller, 2006, p. 298).

Para Lacan el lenguaje es un órgano aunque no en el sentido de la tesis chomskiana. Será planteado en estos términos en tanto el sujeto deberá encontrarle una función; se le planteará la cuestión de qué hacer con ello (Miller, 1999-2000). Se tiene que encontrar la función del órgano-lenguaje. Problema que se hace presente para cada uno; las diferencias saldrán a la luz según se cuente o no con los discursos establecidos.

La idea de que la función del lenguaje determina al ser hablante es una tesis constante en Lacan y en nuestros desarrollos este “encontrarle una función” a cierta materialidad para

elaborar a partir de allí un modo artesanal de habitar el lenguaje será central y definitorio del tipo de sujeto que intentamos delimitar en los autismos.

Miller (1999-2000) afirmará que “el órgano-lenguaje del sujeto produce un ser hablante, es decir, le otorga el ser, pero al mismo tiempo le otorga también un tener, su tener esencial que es el cuerpo” (párr. 46). Este planteo será para nosotros un eje vertebrador a la hora de delimitar el estatuto del sujeto que planteamos como efecto de la operación de invención en tanto acto de lenguaje en los autismos. Nos parece fundamental poner a circular modos particulares de apareamiento con el cuerpo a la hora de dar cuenta de esta modalidad subjetiva.

En su última enseñanza Lacan pondrá el eje en el traumatismo que produce *lalengua* sobre un sujeto. Con este término enfatizará la inyección de goce en más que obligará a una invención subjetiva como modo de respuesta singular. El saber-hacer con *lalengua* (Lacan, 1972-1973) en tanto respuesta del sujeto será lo que destacaremos para a partir de allí poder pensar en el estatuto de la respuesta singular que proponemos.

La idea de invención está profundamente ligada a la noción del Otro que no existe ya que si el Otro de lo simbólico existe el sujeto es simplemente efecto del significante y el que inventa es el Otro. “El Otro no existe quiere decir que el sujeto está condicionado a devenir inventor, es empujado a instrumentalizar el lenguaje” (Miller, 1999-2000, párr. 61). Con el Otro que no existe “el acento se desplaza del efecto al uso, se desplaza al saber-hacer allí” (Miller, 1999-2000, párr. 60). Esta noción de uso será central en nuestros desarrollos aunque el saber-hacer que destacaremos es aquél que podamos pesquisar en tanto nuevo uso asignado a un elemento, al modo de una técnica minuciosamente calculada con cierto material como soporte; técnica que da cuenta de un sujeto que sabe-hacer con ese material casi a la perfección.

La invención se hará a partir de materiales existentes y el analista deberá poder pesquisar los recursos de los que el psicótico dispone o no para inventar un modo singular de habitar el lenguaje; esto tendrá para el autor el carácter de un *bricolage* que le permite al sujeto localizar el goce (Miller, 1999-2000). “Su extremado esfuerzo de invención de una *lalengua* propia; es una *lalengua* íntima, pero sobre todo es un hallazgo, un *bricolage*, que le permitirá al sujeto psicótico localizar el goce” (Miller, 2006, p. 277). “Sin duda siempre hay que preguntarse qué lengua habla el sujeto, sabiendo que es un *bricolage* particular” (Miller, 2006, p. 297). Le otorgará un lugar central en tanto indicador clínico a los esfuerzos desmedidos que el sujeto debe realizar para resolver problemas que para el neurótico son resueltos por los discursos establecidos (Miller, 1999-2000, párr. 81). Este esfuerzo de trabajo, esta dedicación a una labor continua, paciente, precisa y minuciosa será el eje del *ser* que intentamos definir para la modalidad subjetiva que estamos considerando.

Miller (1999-2000) nos alertará acerca de la importancia de considerar el registro de la no-inventación para aquellos casos donde “vemos el traumatismo del lenguaje presente y el sujeto bloqueado sobre el traumatismo del lenguaje y no pudiendo inventar a partir de allí” (párr. 70). Para lo que nos ocupa quizá podamos pensar esto como un momento lógico que antecede a la operatoria que postulamos; sospechamos que de existir algo del orden de la no-inventación deberíamos situarlo con anterioridad a que el sujeto aísle un objeto entre varios porque insistiremos en que algo allí sucede, algo se instala a partir de esta elección fundante.

Reservaré un apartado para destacar la importancia de la invención de recursos por parte del sujeto para sostener el cuerpo y afirmará que “la invención de la sujeción corporal es un gran registro a estudiar” (Miller, 1999-2000, párr. 78). En esta línea inscribiremos nuestras argumentaciones acerca de cómo el sujeto se las arregla en los autismos para darse un cuerpo por la vía de la invención de un uso reciclado para un material previamente

escogido; operatoria que modificará el estatuto del cuerpo en tanto instalará una consistencia del mismo que está ausente antes de que dicho proceso tenga lugar.

Por nuestra parte, con el intento de incluirnos en el tercer grupo de abordajes teóricos que mencionáramos más arriba, ensayaremos un modo de respuesta posible del sujeto frente al trauma de *lalengua*. Con ella se intentará rescatar todo un proceso original de elaboración por parte del sujeto que da cuenta de una arista de dicho trabajo subjetivo, entendiendo que éste no se agota en ello. Trabajo del sujeto que en sí mismo se impone y contradice las posiciones teóricas mencionadas en los dos primeros grupos punto por punto. Respuesta singular que da cuenta de la producción de un sujeto allí, a la que propondremos como fundante, constante, artesanal y permanente y a la que le reservaremos el estatuto de un trabajo de invención en su carácter de acto de lenguaje en la medida en que supone para el sujeto la salida de su “estado” autístico y la creación de una forma particular de lazo que puede ser pensada como una modalidad discursiva original con lo material como soporte.

Rescatar el valor de este trabajo subjetivo supone en sí mismo un gesto que define no sólo los lineamientos teóricos sino también éticos en los abordajes de estas problemáticas, en la dirección de un tratamiento posible y en la definición de las intervenciones.

Entendemos que colocar dicho trabajo en el eje de la discusión supone también rescatar la especificidad de esta modalidad subjetiva original obligándonos necesariamente al uso del plural para referirnos a ella. Así, hablaremos de “los autismos” entendiendo que cada uno de los modos de producción subjetiva que allí encontramos es absolutamente único, inédito, singular. Habilitando a una constante interrogación de la clínica a partir de la teoría, dicha singularidad no hará más que reclamar al Psicoanálisis para su abordaje que necesariamente será caso por caso.

La originalidad misma de todo este trabajo operado por el sujeto nos obliga a captar el detalle que lo pone en marcha a la vez que lo fundamenta, erigiendo así al analista en un verdadero soporte, vehículo y facilitador del mencionado trabajo, presto a captar las sutilezas, las nimiedades que aparecen como el motor mismo de todas esas elaboraciones. Será fundamental estar atentos a los “divinos detalles” en la clínica (Miller, 2014).

En este punto y retomando la “función secretario” que planteara Lacan (1955-1956) propondremos interrogar si es posible pensar en tal función en esta modalidad subjetiva que estamos considerando; y en tal caso, qué particularidades será capaz de adquirir. Adelantaremos que nos será de utilidad para nuestros desarrollos postular la posibilidad de una “función secretario” para los autismos; con características particulares que se pondrán en juego a la hora de elaborar las intervenciones para estos casos.

Para Lacan (1955-1956) la función secretario supondrá tomar el relato al pie de la letra. Por nuestra parte, argumentaremos que en virtud de lo que estamos considerando, supondrá tomar el trabajo del sujeto con el objeto como algo que viene al lugar de un decir, tal como sostiene Lacan (1967-1968) en su Seminario XV respecto del acto. Considerarlo en esta línea supone pensar ese trabajo como un acto que se muestra; labor que se presenta como algo que *quiere empezar a decir, a actuar*. Para que esto sea viable, las intervenciones en estos casos no abandonarán nunca la concepción del lenguaje en tanto acto o, más específicamente, supondrán en el acto de invención del sujeto los inicios de una trama discursiva original.

Así, en esta clínica del detalle las intervenciones tendrán como eje principal el objetivo de ir pesquisando la modalidad particular de producción subjetiva que en cada caso se inaugura y configura con rasgos que la definen como algo inédito; proceso éste que, entendemos, adquiere las características de una verdadera creación, o mejor aún, invención por parte del sujeto. Sostendremos como fundamental la captura o pesquisa del *detalle* en

tanto es en sí un elemento intrínseco del citado trabajo de invención del sujeto. Es desde esa particularidad misma - en el objeto y en su uso - que ese trabajo se inicia, se edifica y prolifera. Por este motivo, la necesidad de aprehender el rasgo único que allí se pone en juego para poder elaborar las intervenciones tiene su fundamento en que es dicho rasgo un cimiento básico en todo el proceso de trabajo del sujeto.

Este trabajo de elaboración del sujeto será la guía del siguiente ensayo y, aunque no se agota en ello, centraremos la búsqueda sobre aquellos elementos u operaciones que nos permitan caracterizarlo como un verdadero trabajo de invención - al que entenderemos como fundante y permanente - con los vaivenes y los recursos que el sujeto pone a circular a partir de él.

Intentaremos un rastreo de este proceso que estamos considerando en algunos testimonios biográficos y autobiográficos; recurso que, entendemos, reviste un valor inigualable a la hora de pensar en este modo de producción subjetiva. Estas historias de vida constituyen un material de gran valor ilustrativo y esclarecedor para lo que intentamos investigar; narradas en muchos casos en primera persona por los propios protagonistas que han logrado usar la palabra o la escritura como un recurso para su transmisión. Insistiremos en este tipo de bibliografía que consideramos como una fuente de consulta insustituible y “preguntar” allí supone para nosotros no sólo un rastreo de datos sino un posicionamiento ético. Incluiremos además algunas viñetas clínicas que junto a lo citado de los testimonios vendrán a fundamentar y avalar nuestras argumentaciones.

En este punto nos tienta la idea de realizar una especie de adelanto de lo que será nuestro recorrido con una cita de Birger Sellin (2011), quien no sólo destaca la relevancia de los testimonios de los “mudos” sino que además define su “estado” a través de la idea de invención. Trabajo que parece definir su ser; operación a partir de la cual *se-crea* a sí mismo.

(...) pienso que es un gran privilegio trabajar con nosotros se puede aprender de nosotros a producir disparates y cosas pobres de valor como una grandiosa recopilacion de curiosas singularidades y una cosmovision ontologicamente nada sencilla de personajes nauticos. (Quiere decir que) navegamos con rumbos diferentes / una cosmovision desde la perspectiva de los autistas es como un barco que se hunde e inventa locuras para no notarlo yo soy el primer oficial de ese barco y mis locuras tienen autentica magnitud autocreativa de pasota. (Sellin, 2011, p. 187)

La idea de que no es posible deslindar a esta modalidad subjetiva de una operatoria de invención, de la manera en que esta pueda ser concebida, se reitera en varios pasajes autobiográficos. Incluso de manera radical Temple Grandin (2006) declarará que “si se eliminaran los genes causantes del autismo el mundo podría quedar en manos de conformistas aburridos con pocas ideas creativas” (p. 269).

En otros versos Birger Sellin (1997) vuelve a fundamentar la importancia de los testimonios y biografías. Y estará justificado en dos sentidos: será para nosotros un material sin igual donde interrogar las operatorias que el sujeto pone en marcha y a la vez constituirán un lugar donde puedan, del modo en que el sujeto escoja, “alzar la voz”, otorgando de esta manera otro estatuto a lo que tengan para decir, contar, enseñar, mostrar.

(...) quiero ser uno que pueda dar instrucciones a excepcionales (...) un individuo que imparte conocimientos del mundo subterráneo / un mundo de conocimientos puros sin mezclas / como solo pueden tenerlos solitarios sin descanso yo ferreo y loco y sabio conducire a abismos de la existencia humana / que hace parecer razonable nuestra demencialidad y demente la normalidad. (Sellin, 1997, p. 68)

Y continúa: “(...) yo quiero contribuir a crear otra vez una unidad de reflexión para normales / ellos tienen que reconocernos como un género de su propia especie y tienen que escuchar atentamente lo que les digan los mudos por seguridad (...)” (Sellin, 1997, p.35).

Encontramos que no sólo destaca la importancia de sus relatos, sino que además sus declaraciones parecen coincidir con la idea del lenguaje en tanto acto del sujeto. Poder pensar el habla como un acto que no se agota en la utilización del objeto voz - objeto pulsional – y que supone, en última instancia un saber-hacer más amplio será uno de los ejes centrales que permitirán avanzar en el presente ensayo. En nuestro apoyo declara: “(...) quiero que seamos nosotros los que hablemos de la manera que podamos hay que poner al descubierto nuestro mundo interior (...)” (Sellin, 1997, p.16).

Se buscará, en consonancia con lo planteado por la Ley Nacional de Salud Mental N° 26657, restituir el pleno valor de la voz de los usuarios. Tal como lo especifica el artículo N° 7 se establecerá como eje devolver a estos niños el estatuto de sujetos activos, participantes, haciendo oír la voz de aquellos que dentro de esta modalidad subjetiva han logrado usar la palabra como herramienta poniendo a nuestra disposición sus relatos autobiográficos como material inigualable e insustituible para todo aquél que esté interesado en esta temática. En la misma línea, intentaremos destacar las producciones de aquellos que optan por vías alternativas de alzamiento de la voz, suponiendo en estos casos un modo material aunque no menos importante de circulación de la misma.

Así como Freud (1911-1913) recurre a un escrito como las “Memorias de un neurópata” para esbozar todo su planteo sobre Schreber, valiéndose de su propio lenguaje escrito como referencia esencial para sus teorizaciones, nos resulta de gran interés el recurso a las autobiografías o testimonios para intentar alguna respuesta posible a nuestro problema de investigación. La riqueza de esos testimonios por su nivel de detalle descriptivo así como por la forma misma de los relatos, hace de ellos una apoyatura privilegiada para nuestros

desarrollos. Por lo expuesto, el interrogante principal del siguiente ensayo será puesto en tensión con estas fuentes de datos como un gesto que rescate la voz de los sujetos ampliando la idea respecto de dicha voz e incluyendo como elementos valiosísimos las interminables modalidades de “toma de la palabra”, cuestión fundamental cuando de niños se trata.

Se incluye también en el presente ensayo la intención de realizar una breve contribución al esclarecimiento de la especificidad de los autismos, valiéndonos del detalle para deslindarlos de las psicosis; marcando de esta manera una diferencia respecto de aquellos desarrollos teóricos que no vacilan en considerarlos conjuntamente. Intención ésta que forma parte de un movimiento quizá más amplio, tan continuo como necesario, de repensar y cuestionar la práctica clínica misma. Será esencial un posicionamiento que adopte los carriles de la interrogación; que al modo de un aprendiz, por la vía de la pregunta y sin descuido de los detalles el analista “escuche” siempre lo que estos niños tienen para “decir” acerca de su posición de los modos más originales e inéditos, cuidando siempre nuestro lugar de soporte, vehículo o secretario para que ese “decir” sea posible.

El recorte operado para la siguiente investigación tiene la intención de postularse como un breve aporte respecto de uno de los modos de pensar el trabajo subjetivo en estos niños que para nada se agota en esta mirada. Aún así entendemos que reviste cierta relevancia tanto teórica como práctica que será de utilidad para el abordaje institucional – Clínica entre Varios-, para la clínica en su espacio individual así como también para futuras investigaciones sobre el tema.

El alcance de la tesis quedará circunscripto a partir de la puesta en tensión de tres conceptos fundamentales: el trabajo subjetivo en los autismos – como modo original de producción de un sujeto allí -, la invención – como recurso propio del sujeto – y el objeto o materialidad en tanto apoyatura de todo ese trabajo. También ensayaremos la hipótesis respecto del estatuto de la operación en su conjunto como acto de lenguaje. A partir de la

puesta en correlación de estos conceptos que encontramos en la clínica intentaremos una aproximación original aunque de ninguna manera exhaustiva. Buscaremos cierta comprensión del problema postulando un resultado provisorio que tenga como eje central el respeto de la singularidad de la modalidad subjetiva que nos proponemos investigar.

Nuestra práctica clínica con niños en consultorio y en un dispositivo institucional de “Clínica entre Varios” favorece una observación en detalle de los fenómenos de interés permitiéndonos considerar la complejidad de los mismos. Con un posicionamiento ético que esté a la altura de las circunstancias, siendo el eje vertebral de nuestra investigación, se procurará describir y analizar dichos fenómenos en los contextos que la clínica nos permita y con los objetos de los que el sujeto disponga en un claro respeto de la dinámica propia de estos procesos.

Apartándonos de las leyes universales y de las relaciones causales intentaremos captar la relevancia y la función que dicho trabajo de invención que proponemos tiene para los niños mismos, en un gesto que rescate su valor singular oponiéndose a cualquier intento de corrección o adaptación. Nuestro compromiso tanto teórico como ético será el responsable de nuestra lectura singular del tema investigado.

El examen directo y detenido nos habilitará a establecer ciertas relaciones entre las categorías y conceptos escogidos, a formular ciertas proposiciones a partir de esas relaciones incluyéndolas en un sistema teórico que nos sirva de fundamento y sustento para lo que intentamos ensayar. De esta manera se intentará comprender el fenómeno que constituye nuestro problema de investigación en su especificidad propia, con su lógica interna y su peculiaridad distintiva que lo delimitan como un trabajo sin igual; para lo cual invitaremos al lector a echar por tierra cualquier prejuicio o juicio de valor preexistente.

Apartado N° 1:

Acerca de la invención como modo de producción subjetiva en los autismos

La presente investigación se inscribe en aquel corpus teórico que prioriza, enfatiza y destaca en cualquiera de sus modalidades posibles el trabajo subjetivo operado en los autismos; sus características, su puesta en marcha, las operaciones y recursos que allí se ponen en juego. Se intentarán pesquisar cuáles son los indicios que nos permiten pensar en la existencia de este trabajo por parte del sujeto, más específicamente, en lo que entendemos como una de sus modalidades específicas.

Partimos de la afirmación de que en los autismos el sujeto se erige y define como un trabajador incansable y permanente, con paciencia de orfebre y una precisión cuasi quirúrgica. Por esta razón, se tomará como tema de investigación el trabajo subjetivo que aquí tiene lugar, es decir, los modos de producción subjetiva que se hacen presentes. Aquello que permita, en esta modalidad subjetiva, dar cuenta de la producción de un sujeto allí.

Ensayaremos una respuesta posible para la pregunta acerca del trabajo que realiza el sujeto - a partir del cual se constituye como tal - para salir de su “estado” autístico, de repliegue sobre sí mismo. De toda la originalidad y vastedad de dicho campo decidimos realizar un recorte para situar nuestra pregunta problema de investigación, acorde a los intereses singulares que movilizan la pregunta.

¿Cómo se constituye un sujeto posible en los autismos? Ensayaremos a partir de aquí un modo de respuesta posible.

No perdemos de vista que el presente ensayo no es más que un recorte, razón por la cual, de todo aquello que pueda ser planteado como modos de producción subjetiva en los autismos, circunscribiremos la investigación a aquellos indicios clínicos que nos permitan

pensar dicho trabajo por la vía de la *invención*. Ceñiremos la búsqueda a todo aquello que nos permita considerar el trabajo subjetivo de los autismos como un genuino trabajo de invención.

De esta manera, apuntaremos a rastrear todo aquello que el sujeto inventa para salir del repliegue sobre sí mismo y crearse un modo posible de estar en el mundo humano, de lenguaje. Se destacarán aquellos elementos y particularidades que nos permitan enfatizar su valor de invención, a la que entendemos como fundante y permanente, delimitando dicha operación en lo que ésta tiene de apoyatura sobre un objeto externo, de trabajo sobre un objeto o cierta materialidad. Este último elemento nos permitirá orientarnos en nuestra investigación instituyéndose de algún modo en una verdadera idea directriz.

Algunos indicios clínicos nos llevan a considerar la hipótesis de que cierto trabajo de invención a partir de un objeto externo o materialidad hace de soporte a la producción de un sujeto. Dicho trabajo subjetivo, al que entendemos como fundante, constante y permanente, modifica el estatuto mismo del mencionado objeto - en tanto le confiere una función específica erigiéndolo en un verdadero instrumento - y en la misma medida constituye un sujeto posible como efecto mismo de dicho trabajo, inaugurando en este mismo movimiento un modo inédito, original y singular de lazo.

Suponemos que esos usos nuevos, originales, inéditos o *reciclados* de los objetos o materialidades pueden ser pensados como punto de arranque o matriz de un proceso de invención que delimita un modo de producción del sujeto en los autismos. A esto nos referiremos como *primera operación de invención* por parte del sujeto.

Nos vemos obligados a precisar los términos de los que nos valdremos para el desarrollo de nuestro ensayo: qué decimos cuando hablamos de trabajo subjetivo en los autismos por la vía de la invención; a qué llamamos sujeto posible como efecto de dicho trabajo y cuál es el estatuto del objeto o materialidad que situamos como soporte de este

trabajo mismo. Reservaremos, dentro de este apartado, un lugar especial para especificar claramente el modo en que entendemos tanto el estatuto del sujeto como del objeto a raíz de este trabajo que estamos considerando. Además, incluiremos un apartado completo - N°2 - para delimitar el estatuto de todo este trabajo de invención. Trabajo fundante, constante y permanente al que proponemos considerarlo en su valor de acto, y más específicamente, acto de lenguaje en tanto inaugura una forma discursiva original que se instala como un lazo posible.

Comenzaremos por especificar el concepto de *invención*, qué decimos cuando a ella hacemos referencia. Para esto se recurrirá, por un lado, a la etimología y definición del término dada por la Real Academia Española, y por otro, a ciertos lineamientos planteados por Jacques-Alain Miller (1999-2000) a través de su concepto de “invención psicótica”. Si bien el término propuesto por dicho autor no nos servirá punto por punto en función de lo que intentamos exponer, tomaremos aquellos lineamientos que en ese concepto se articulan en tanto apoyatura teórica de lo que será nuestra propuesta. Nos valdremos de aquellos puntos que en dicho concepto nos permitan precisar lo que entendemos como trabajo de invención fundante y permanente en los autismos, como modo original de producción subjetiva.

Retomaremos el concepto de invención que Miller (1999-2000) plantea para las psicosis y ensayaremos una forma posible para esa invención como variante propia en los autismos. Ésta no agota toda la idea acerca de ese trabajo de invención - trabajo que puede ser pensado desde múltiples aristas - sino que se postula como una modalidad de invención posible entre otras.

La misma será planteada como un trabajo original del sujeto que tiene su apoyatura sobre un objeto o materialidad - soporte de la invención - que se torna herramienta en la medida en que el sujeto le inventa un uso nuevo, inédito, un *uso reciclado*. Elegimos denominarlo de este modo en tanto entendemos que es pasible de un uso cualquiera pero el

peso que le confiere la elección propia del sujeto sobre cierto uso en particular lo hace siempre único, inédito. Lo propio de lo reciclado es que queda supeditado al sujeto mismo que pone allí su trabajo propio; es irrepetible aún cuando la intención sea reproducirlo, por lo que da cuenta de la originalidad de la nueva función. Según el diccionario el reciclaje es un proceso cuyo objetivo es convertir “desechos” en nuevos productos o en materia prima para su posterior utilización. Y en esta medida nos interesarán los objetos escogidos por el sujeto.

En cierto modo, a partir de la idea de “invenciones singulares” (Miller, 1999-2000) el presente ensayo pretenderá dar cuenta de una forma posible de invención que, esperamos, pueda postularse como especificidad en los autismos.

Invención, del latín *invenire* que puede traducirse como “encontrar”. Entendemos que no cualquier objeto “sirve” al sujeto para iniciar su trabajo y, en este sentido, dar con el “indicado” supone algo del orden del hallazgo por parte del sujeto. Podríamos suponer que antes de que este proceso sea posible se instala una operatoria previa de exploración, de investigación del mundo, las personas y las cosas - trabajo que Neuss Carbonell propondrá como operatoria singular de los autismos y que nosotros retomamos como parte de nuestros antecedentes - hasta que al sujeto le es posible “encontrar” el objeto indicado, “dar” con el objeto o materialidad sobre la cual y a partir de la cual iniciar su trabajo.

Las definiciones encontradas coinciden en que se trata de la creación de un objeto, producto, teoría, técnica o proceso que implica siempre la alteración de determinada materia o materiales, con características novedosas y efectos transformadores; supone la ideación de una cosa nueva o una nueva manera de hacer una cosa. Nos interesará particularmente para nuestro planteo esta idea de creación de un nuevo uso o función.

A diferencia de lo implicado en un descubrimiento - que supone que hay algo ya dado pero oculto a los ojos del observador - la invención implica siempre el trabajo humano; se la define como efecto del ingenio humano y es siempre fruto de trabajos sucesivos a partir de

elementos o productos preexistentes - como destacará también Miller (1999-2000) - que son por lo general mejorados o alterados. Esto último fundamenta nuestra idea del trabajo del sujeto a partir de materiales a su disposición que resultan modificados, principalmente en su uso, instalándolos así en una función inédita que “sirve” al sujeto mismo.

Propondremos, con el término de *invención*, aludir a uno de los modos de producción subjetiva en los autismos que para nada excluye otros con diferentes características. Intentaremos así destacar el innegable trabajo que conlleva por parte del sujeto esta creación innovadora sin precedentes que guarda en sí características novedosas y efectos transformadores para el sujeto, en tanto modifica su propio posicionamiento subjetivo. Aún más, entenderemos que es aquí el sujeto mismo el que aparece como efecto o producto de todo este extendido trabajo de invención.

A partir del rastreo del término encontramos que lo que pone en marcha a la invención tiene que ver con la necesidad de solucionar un problema, una dificultad o mejorar algo que es considerado deficiente. Es algo del orden de la incomodidad o insatisfacción lo que la torna posible. Aquí el paralelismo con nuestro planteo se instala si entendemos que el trabajo de invención al que hacemos referencia no es más que la posibilidad que el sujeto tiene de ir armándose nuevos espacios pasibles de ser transitados de modos cada vez menos intrusivos y abrumadores. En definitiva, toda la labor que el sujeto realiza estará destinada a la búsqueda de un lugar en el mundo. La incomodidad o ajenidad experimentada por el mismo será el motor indiscutible de toda esta operatoria de trabajo incansable y minuciosa. Declaraciones como la siguiente nos confirman en nuestros supuestos: “(...) lo mismo que el agua según leyes tandistintas busca / segura morada / así busco yo una morada en la sociedad. (...) le saluda cordialmente un buscador birger sellin desde notierradenadie delladodeaca” (Sellin, 1997, p.25).

Donna Williams (2015) nos regala un poema como un modo de *hacer* con esta búsqueda constante:

Voy de lugar en lugar, una vida de rostros sin nombre, / Buscando algún sitio que pueda llamar mi casa, / Sigo moviéndome sin parar; / Pero no di con él y esa sensación es lo que permaneció, / Sin saber quién solía ser yo. / Miro en el espejo, en la cara que me devuelve la mirada veo... / “No sé. ¿Quién es yo? (p.113)

Temple Grandin (1997) También alude a la sensación de desasosiego que acompaña al sujeto en su tránsito por el mundo de lenguaje y ubica a esta misma como la principal fuerza impulsora de sus elaboraciones. Es a partir de esta ajenidad que comienza a pensar en lo que será una de sus invenciones más conocidas: la máquina de abrazar, como ella misma la denomina. Y esto en la medida en que su vivencia de “el mundo” requiere al sujeto en tanto autor de una consistencia corporal que le habilite a un tránsito diferente.

El mundo real se había vuelto aterrador, incontrolable. Cada nuevo día era más impredecible que el anterior. Ansiaba obtener alivio, pero estaba atrapada por el sufrimiento físico. El estrés se notaba en mi modo de hablar, mis actos y mi relación con los demás. (p.74)

En otra de sus publicaciones agregará:

(...) los autistas son como animales asustados en un mundo plagado de depredadores peligrosos. Viven en un constante estado de miedo, inquietos por la menor alteración

en su rutina o a disgusto si los objetos de su entorno cambian de sitio. (Grandin, 2006, p.221)

Mi conexión con estos animales – el ganado – se remonta al momento en que me di cuenta por primera vez de que la máquina de abrazar podía ayudarme a aliviar la ansiedad. Desde entonces he visto el mundo desde su punto de vista. (Grandin, 2006, p.219)

Otro elemento destacado tiene que ver con la afirmación de que toda invención implica salirse de la norma y de los carriles preestablecidos; elemento éste que en alguna medida define la esencia misma de la modalidad subjetiva a la que aludimos. Los autismos no hacen más que contradecir los modos normativos y preestablecidos del mundo neurótico en tanto allí los modos de producción del sujeto toman otros carriles, se estructuran y consolidan por otras vías. Los modos de estar, de circular, de vincularse, de intercambiar adoptan aquí vías alternativas, distantes de las convencionales o consensuadas socialmente, simbólicamente. Elementos estos que adquieren todo su peso y relevancia cuando de tránsitos institucionales se trata, dejando al descubierto las imposibilidades o dificultades propias del hacer institucional con lo singular de cada uno.

Sellin (1997) mencionará en varias oportunidades su vivencia de ajenidad en el mundo ubicándola como el impulso que lo lleva a trabajar incesantemente; con el mismo énfasis manifestará en varios pasajes que el aprendizaje se consolida necesaria e indefectiblemente por otras vías. Afirma: “extraordinariamente hondo es el siniestro abismo que media entre el mundonormal y yo fabulosamente inmensamente honda la divergencia de los mundos” (p.111). Nos comentará que “una memez es una enseñanza como la que tienen los normales / porque yo estudio de otro modo” (p.154). Y prosigue: “somos sin excepcion seres extrañosenlatierra / hijos del sabio globalmenteloco mundo pero adversarios dela

realidad / tampoco unidos umbilicalmente a ningún hecho punible” (p.179). De esta manera alude a su vínculo con la ley y especifica: “a normas normales no me puedo adaptar totalmente / es demasiado pordemas” (p.202).

También Grandin (1997) hará referencia a los modos alternativos que conviene adoptar para llevar a cabo un proceso de aprendizaje con niños sujetos a esta modalidad. Elemento indispensable en la medida en que estos casos cuestionan en sí mismos la demanda pedagógica y la rigidez misma de lo escolar. De esta manera hace referencia a su propia experiencia de tránsito por la escuela: “mi razonamiento no tenía cabida en su método de enseñanza basado en lo blanco y lo negro, lo correcto y lo incorrecto” (p. 32). Insistirá en que la vía infalible es sin dudas aquella que esté indicada por lo que denomina “obsesiones” de estos niños que no son más que las elecciones que el sujeto realiza y se dispone a mostrar. Encontraremos allí la pista para iniciar un trabajo posible con el niño abriendo paso a un lazo inaugural. Nos recomienda: “se puede aprovechar la obsesión de un niño para motivarlo a aprender. Si a un niño le encantan los trenes, se le puede leer un libro sobre trenes o darle problemas de matemáticas relacionados con ellos” (Grandin, 2006, p. 84). Sin dudar declara que “las obsesiones pueden ser muy motivadoras (...) pueden contribuir a que tenga una vida social y haga amigos” (Grandin, 2006, p. 145).

Nos cuenta que a partir de cierto lazo con un profesor le fue posible encauzar su deseo de aprender, siempre atravesado por cuestiones de su evidente interés:

(...) el profesor de Psicología me desafió con el enigma de la habitación deformada, el cual a su vez despertó mi interés por aprender, al menos lo suficiente como para tratar de resolverlo. (...) No se fijaba en los rótulos sino en el talento. (...) Él orientó mis obsesiones hacia proyectos constructivos. No trató de llevarme a su mundo sino que penetró en el mío. (Grandin, 1997, p. 81)

Y de manera contundente enlaza su disposición al aprendizaje con su invención singular:

Yo no hubiera sido nada si no me hubiera aferrado a esta idea (de la máquina de abrazar) durante toda mi vida. Es lo único que me motiva para estudiar mucho en la escuela. Me siento frustrada cuando no puedo aprender matemática porque es necesaria para construir el aparato. (...) Sólo comencé a estudiar cuando me di cuenta de que se necesitaban conocimientos para construirlo. (Grandin, 1997, p. 104)

Donna Williams (2015) también relata las situaciones que para ella revestían mayor interés a la hora de emprender un proceso de aprendizaje; sin dudas bien alejado del modo tradicional.

Yo hacía también mis propias clases. Con frecuencia me iba a merodear por fuera de la escuela. Cada experiencia llevaba a otra. (...) Yo nunca iba a ningún lugar en particular, me limitaba a andar. Subía por las escaleras de los edificios altos, jugaba en el ascensor o trataba de encontrar cómo subir al tejado con toda la intención de arrojarme desde allí y “volar”. Otras veces me metía en las fábricas para explorar los materiales y a veces le preguntaba a la gente qué hacía.

Jugaba en los lavaderos de coches, caminaba por interminables vías de tren, montaba en la parte trasera de los tranvías y me metía en clases de otras escuelas. Cuando alguien se me acercaba o me pedía cuentas, yo salía disparada como un rayo. Creo que aprendí muchas cosas de esta manera. (pp.83-84)

Nos comentará además acerca de métodos propios que elabora para lograr el aprendizaje formal y que tendrán también una función importante en el extenso trabajo de comprensión de “el mundo”.

Aunque era capaz de sumar y restar, las fracciones me parecieron imposibles. El concepto de mitades y cuartos no me llegó a entrar nunca. Al fin encontré una manera de entenderlo gracias a una especie de traducción a través de la resta. Quizás encontraba difícil entender las cosas complejas, pero mis métodos para tratar de conseguirlo eran más complejos todavía. (Williams, 2015, p. 40)

Una mención especial tiene el concepto de *patente de invención* para nombrar al testimonio que acredita una cualidad o mérito bajo la forma de documento a partir del cual se le reconoce a alguien una invención y los derechos que de ella se derivan. Si bien la invención a la que hacemos referencia tiene la particularidad casi exclusiva de ser única y servir para ese sujeto que se erige en su autor, la semejanza se instala entre ese testimonio externo que acredita la autoría y la sanción del otro a la que reservaremos un lugar central como elemento que impulsa, acompaña y consolida ese proceso de elaboración como invención singular. Sanción de todo el proceso de trabajo como invención y del sujeto como su creador, autor y protagonista; verdadero inventor. La “función secretario” en estos casos alcanzará características particulares y bien específicas. Tendrá como eje ineludible la apuesta a que el trabajo del sujeto con un material de su elección es algo que viene a situarse al lugar de un decir, constituyéndose en este caso en un auténtico secretario del acto - de invención -. El analista agudizará el ojo para no perder detalles que lo lleven a ubicar el inicio de un trabajo semejante por parte del sujeto. Como afirma Grandin (2006): “Cuando se

trabaja con autistas no verbales hay que ser un buen detective para encontrar la causa de conductas desafiantes como tirar objetos o morder a las personas” (p. 236).

Además, encontramos relevante también la mención de un derecho bajo la denominación de *privilegio de invención*; el de aprovechar exclusivamente, por tiempo determinado, una producción o un procedimiento hasta entonces no conocidos o no usados. Si reservamos este “derecho” para el sujeto de usar su propia producción, elaboración o invención como algo posibilitador en sí mismo, tendremos ciertas pautas ya delimitadas a la hora de intervenir con estos niños. Si acordamos en que será a partir de allí que dicho proceso podrá afianzarse, instalarse y ramificarse - si podemos decir así - hacia otras áreas y espacios de interés del sujeto mismo, este derecho a usar el objeto en su uso nuevo o inventado establecerá los lineamientos a seguir respecto de las intervenciones clínicas.

Por otro lado, para continuar delimitando nuestro concepto de *invención* y especificar de qué hablamos cuando aludimos a él, lo pondremos en tensión con el de *invención psicótica* acuñado por Jacques-Alain Miller (1999-2000). Recurre a ese concepto para dar cuenta de cómo se las arregla la psicosis al no disponer, como afirma Lacan (1973), del “auxilio de los discursos establecidos”, los discursos típicos, aquellos que permiten la adopción de soluciones típicas, pobres, frente al problema que plantean el cuerpo y los órganos a todo ser hablante. De esta manera, lo que el sujeto inventa es un modo singular de habitar el lenguaje y éste es el punto que para nosotros reviste mayor interés. Nuestra idea acerca de un trabajo de invención como propio de los autismos viene a postularse como una solución posible para el sujeto frente al problema que le plantea el cuerpo; más específicamente, como respuesta frente al trauma de *lalengua*, del que no queda en absoluto exceptuado. Nuestra propuesta de una operación de invención como acto de lenguaje intentará dar cuenta de un modo artesanal de articular cuerpo y lenguaje, siendo para el sujeto mismo una experiencia inaugural.

Miller (1999-2000) deslindará su concepto del de *creación* ex nihilo, a partir de la nada, enfatizando también que se trata de un trabajo de creación pero a partir de materiales existentes. Este punto resulta crucial para rastrear aquellos elementos que nos permitan dar algún tipo de respuesta aproximativa a nuestra pregunta problema de investigación. Así, el trabajo operado por el sujeto a partir de ciertos materiales existentes se instalará como una idea directriz en el presente recorrido.

Nuestro interés será indagar cómo ese trabajo de invención que proponemos para pensar a los autismos se inicia de alguna manera apoyado sobre cierto objeto externo - volveremos sobre este calificativo de “externo” en el apartado sobre el objeto - o materialidad - ya que muchas veces lo que funciona de este modo son restos de objetos, partes o bien desechos - con la cual y a partir de la cual el sujeto parece inventar, por lo menos en una primera instancia, un nuevo uso, una nueva función, un uso que proponemos pensar como *reciclado* de dicha materialidad. Grandin (1997) alude a los “modos desusados” a partir de los cuales los niños autistas reaccionan frente al “extraño mundo que los rodea” (p. 20) confirmándonos además que el desasosiego experimentado es el motor del trabajo del sujeto.

Este uso inventado reviste todo su interés en tanto atañe directamente al cuerpo del sujeto, dotándolo de cierta consistencia que parece estar ausente o flaquear antes de que el mencionado trabajo tenga lugar. De ahí nuestra idea de plantear al cuerpo en invención permanente, en la medida en que esa es la característica que parece tener el trabajo mismo operado por el sujeto. Retomaremos estos postulados en relación al cuerpo en el apartado dedicado a esclarecer el estatuto del sujeto del que hablamos en los autismos.

Jacob Barnett (2016) pone de manifiesto con varios objetos de su interés el trabajo de asignación de un nuevo uso para cada uno de ellos. Volcaba cualquier caja de cereales que estuviera a su alcance; si no lo estaba la rastreaba hasta dar con ella y someterla a este tratamiento particular que suponía un trabajo de averiguación del volúmen de estos objetos-

cajas. Usaba su mantita preferida para localizar en ella las figuras geométricas que creaba la urdimbre del tejido. Al igual que con los cereales, tiraba los lápices de colores al suelo y los colocaba meticulosamente en filas creando una precisa y armoniosa figura; de esta manera transformaba cientos de sencillos lápices de colores en un arcoíris con el orden exacto para cada uno de los colores del mismo. Con este material trabajaba en un collage real sobre la alfombra de su casa y sabía del orden preciso de los colores a partir del tratamiento particular sobre otro objeto: inclinaba cerca de la ventana un vaso con agua para que se reflejara en él la luz matutina a partir de lo cual se formaba un precioso y completo arcoíris en el suelo de la cocina. Además, invertía horas explorando y jugando con lanas de los más diversos colores. Las enroscaba entre los muebles, la heladera, cubo de basura y alacenas creando intrincadas y vistosas redes superpuestas; según su propia madre, un complejo diseño bello, imponente y sutil a la vez (Barnett, 2016). Cuando el sol entraba por la ventana las sombras que se formaban se movían y cambiaban a medida que avanzaba el día, creando un complejo juego de luces y sombras; un verdadero proyector de sombras creado a partir de restos de lanas de colores. Y a partir del uso reciclado de este último elemento, en tanto primera operación de invención, le será posible al sujeto la elaboración de todo un sistema matemático de paralelas que es descrito y presentado como aquello que le posibilita la “salida del autismo”; en la medida en que a partir de esto comienza no sólo a hablar sino a manifestar su interés por la enseñanza y transmisión de sus conocimientos a otros niños. Hay marcadamente un lazo que se erige a partir de esta invención del sujeto, una operación de invención que se asienta sobre redes de hilos de colores usadas al modo de ecuaciones.

La antinomia que Lacan (1972) plantea entre el órgano y la función supone que el sujeto deberá encontrar para qué sirve eso. En este punto, allí cuando el sujeto no cuenta con el órgano lenguaje como su instrumento se ve llevado a inventar. Por esta razón, esa primera operación de invención a la que aludimos como el inicio de todo un trabajo más extendido, es

invención de un uso nuevo, de una nueva función; una respuesta absolutamente original y artesanal del sujeto frente al dilema del “para qué sirve eso”. Inauguración de un uso reciclado para el objeto que supone por parte del creador un saber-hacer con él.

Sean Barron (1992) muestra el nuevo uso que imparte a los objetos bajo la modalidad de “dejar caer”. Al principio parece realizarse esto con cualquier elemento disponible pero más adelante y poco a poco van apareciendo ciertos objetos como privilegiados y predilectos entre otros. Algunas veces este “dejar caer” el objeto era acompañado por el mismo movimiento en su propio cuerpo, arrojándose también él al suelo para verlos caer. Cuando se lo privaba de alguno de estos elementos para que cesara esta actividad tan molesta para la convivencia familiar, el niño buscaba rápidamente otros con los cuales sustituirlos, insistiendo de este modo en ese “nuevo uso” que él había decidido aplicarles. Judy, su madre, nos relata:

Tomaba un cubierto y alegremente lo metía en el agujero de la tapa del regulador de la caldera (...). Tomaba la escoba, la paraba hasta que estuviera en equilibrio y después la dejaba caer... y lo disfrutaba a fondo cuando en su caída la escoba le pegaba en la cabeza, por fuerte que fuera el golpe. (Barron, 1992, p. 36)

El cuerpo del sujeto estará siempre implicado en ese nuevo uso asignado al objeto. Sean también explica en primera persona este proceder con los objetos a su alcance:

Hacía girar la antena de televisión y corría afuera para ver cómo se movía; tiraba todo lo que podía por el sumidero y escuchaba el ruido que hacía la caja, la lata o el juguete al estrellarse contra el fondo; tiraba bolitas debajo de los muebles y por los reguladores de entrada de aire. Mi padre encontró barajas dentro de la máquina de

lavar, juguetes enganchados en los arbustos, cubiertos en los caños de desagüe de la lluvia. (Barron, 1992, p. 167)

El trabajo que el sujeto realiza minuciosamente reviste una importancia tal que no quedan dudas de que ese saber-hacer con el objeto en tanto técnica, será en general y cuando se den las condiciones, el inicio de toda una operación más compleja. Una verdadera técnica puesta al servicio de la elaboración de un mundo en el que priman las elecciones y normas de su propio autor.

Me producía enorme placer arrojar cosas al árbol de nuestro patio trasero (...). Me encantaba la rutina: arrojar el objeto lo más alto posible, verlo golpear contra las ramas, seguir su caída con la mirada y ver dónde quedaba enganchado (...). Mientras lo hacía no tenía sentido del tiempo... las horas pasaban sin que me diera cuenta (...). Ese juego me proporcionaba una enorme sensación de seguridad y mucho placer. (...) Ese era mi mundo y yo lo controlaba – controlaba el objeto que subía a lo alto del árbol porque yo lo hacía subir. (Barron, 1992, p. 53)

La invención de un uso reciclado para cierta materialidad que el sujeto elige hace de ella misma un instrumento al que entenderemos no tanto como ortopédico respecto del órgano lenguaje sino, más específicamente, como soporte artesanal del mismo. Barnett (2016) reutiliza elementos desechables para elaborar artesanalmente sus figuras de interés:

(...) una de sus actividades favoritas consistía en hacer figuras geométricas multidimensionales – cubos, esferas, cilindros, conos y, cómo no, sus queridos paralelepípedos – con cualquier cosa que encontrara por casa. Tubos de los rollos de

papel, piezas de construcción de madera, bastoncillos, palitos de helados... todo servía. (p.162)

Donna Williams (2015) coincidirá en que “una parte de ella” es impulsada a un proceso de creación sobre los objetos.

Las artes atraían a mi parte indecisa, que no se podía atar a ninguna opción específica. Lo que probablemente estaba más cerca de mi verdadera naturaleza era lo que me tomaba con menos seriedad: el diseño de interiores. Esto ejercía una atracción sobre aquella parte de mí que había creado mundos en miniatura en la escuela especial, dieciséis años atrás. Esta parte mía era la misma a la que le encantaba organizar las cosas por formas, colores y diseños, y la que se enamoraba de los objetos de las casas, más que de la gente. (p. 145)

Temple Grandin (1997) también relata situaciones en las cuales otorga un uso nuevo a distintos elementos que encuentra a su disposición; inventa un uso reciclado que atañe al cuerpo de manera privilegiada.

(...) en la niñez, como no disponía de ningún aparato mágico que me proporcionara bienestar, me envolvía en una frazada o cubría mi cuerpo con almohadones de sofá para satisfacer mi deseo de recibir estimulación táctil. De noche remetía las sábanas y frazadas de modo que quedaran bien ajustadas y luego me deslizaba debajo. A veces llevaba láminas de cartón como un hombre-sándwich porque me agradaba la presión que ejercían sobre mi cuerpo. (p. 35)

Este trabajo, en cierto sentido, exploratorio con diferentes materiales será un antecedente necesario de la invención de su máquina de abrazar. Hay sin dudas un trabajo minucioso de investigación de materiales y usos que el sujeto realiza y que antecede a su operatoria de invención. Suponemos este momento lógico anterior a la operatoria que postulamos; un momento en el cual el sujeto deviene explorador del mundo en el cual deberá hacerse un lugar. Son varias las confirmaciones encontradas respecto de este tiempo en que el sujeto queda abocado a escudriñar la mayor parte de su tiempo; las diferencias entre ellos traducirán las peculiaridades de cada uno de los sujetos implicados. Grandin (1997) nos cuenta cómo en su niñez acostumbraba a involucrarse en pedazos de plástico:

Cuando abandoné el hábito de envolverme en una frazada o deslizarme bajo el almohadón de un sofá, traté de idear algún otro medio de obtener una estimulación placentera. Tal vez algún tipo de máquina. Incluso de joven me gustaban los mecanismos. El primer modelo de “máquina” que imaginé fue un traje inflable capaz de aplicar presión a mi cuerpo. Lo que me dio esta idea fueron los juguetes de plástico inflables que se usan en la playa. En realidad, yo tenía muchos juguetes inflables, y a veces los cortaba. Pero incluso después de haberlos cortado en pedazos, me gustaba jugar con ellos. A veces hacía en los “restos” de plástico agujeros por donde pasar los brazos, a fin de poder usarlos como si fueran una blusa. (p. 36)

El rodeo previo a la elaboración final supone cierta averiguación de características y atributos de los materiales escogidos que harán que el sujeto pueda dar con los indicados, con los más aptos y aprovechables para avanzar en su invención singular.

(...) imaginé un tipo diferente de máquina de bienestar. Se trataba de una caja semejante a un ataúd. Yo me introduciría en ella gateando a través del extremo abierto. Una vez adentro, me acostaría de espaldas e inflaría un forro de plástico que me sujetaría con firmeza pero al mismo tiempo con mucha suavidad.

Otra idea que tuve en la escuela primaria fue la de construir un pequeño recinto de un metro de alto por un metro de ancho: apenas lo necesario para que yo pudiera entrar en él y cerrar la puerta. Este recinto en miniatura tendría calefacción. La tibieza, además de la presión, era importante en la mayoría de los proyectos que imaginaba (...). Mis proyectos eran una obsesión que se fue refinando y perfeccionando en cada nuevo aparato que imaginaba. (Grandin, 1997, pp. 36-37)

Para Birger Sellin (1997) la lectura tendrá un lugar central en este momento de investigación radical del mundo, permitiéndole acceder a los detalles más manifiestos.

(...) no quiero exagerar pero se leer todos los productos escritos de uso corriente / pues el provechoso negocio de la lectura es de inmensa importancia para un mudo (...). Buscamos todo lo que nos haga adquirir mas conocimientos generales sobre la tierra que habitamos / una posibilidad ha sido la lectura. (p. 199)

La invención, tal como la postulamos, reservará un lugar central a lo artesanal. En tanto acto de lenguaje supondrá, como detalle singular, siempre algo del orden de lo artesanal, entendido como único e irrepetible. Como afirma Birger Sellin (1997): “hablar es también un arte excelente” (p. 185).

Empieza a instalarse a partir de aquí un modo artesanal de habitar el lenguaje. Instrumento este que se erige a su vez en soporte de cierta consistencia tan necesaria como

auto-creada para el cuerpo del sujeto en cuestión. El sujeto como inventor pone así de relieve un saber-hacer con los objetos que él mismo aísla y elige. Será tarea del analista captar el detalle que da inicio a todo este trabajo sancionándolo como tal - primero como elección y más tarde como invención misma - situándose de este modo como un verdadero soporte, vehículo de dicho trabajo de invención fundante del sujeto. Su presencia estratégica estará destinada a funcionar al modo de un secretario del acto de invención, posibilitando esta operatoria fundante.

Esta función de “secretario” no deberá desconocer los detalles del trabajo al que el sujeto dedica su vida entera, sabiendo que es justamente a partir de esas sutilezas que tendrá origen la operatoria de invención singular que cambiará radicalmente el estatuto del sujeto. Es allí, en los detalles mismos donde se podrá pesquisar el principal motor de dicho trabajo.

Barry Neil Kaufman (1981) al referirse al trabajo minucioso realizado por su pequeño hijo en vías de cierta salida de su estado de repliegue afirma que “aunque el día parecía haber transcurrido sin novedad, siempre encontrábamos alguna sutileza” (p. 85); serán éstas las encargadas de marcar allí una diferencia respecto del estatuto del sujeto.

Esto que venimos postulando parece ser confirmado por varios relatos consultados. Temple Grandin (2006), quien ideara sistemas sumamente complejos para el tratamiento, manejo y traslado del ganado, nos cuenta que a la hora de comenzar su proceso de elaboración pone su foco de atención en los detalles. Toma nota de las pequeñas cosas que parecen pasar inadvertidas pero que son fundamentales para “el punto de vista de una vaca”. Estas nimiedades le darán la pauta para proseguir con su trabajo de investigación que culminará con su proceso de invención original.

El principio que subyace a mis diseños es aprovechar las pautas de conducta naturales de los animales para conseguir que avancen por el sistema por su propia iniciativa. Si

un animal se planta y se niega a recorrer un pasillo, hay que averiguar por qué se asusta y no quiere moverse. (...) Lo que lo lleva a plantarse y a negarse a avanzar son cosas pequeñas, como ver una pequeña cadena colgando de la valla de un pasillo. Por ejemplo, un animal que va en cabeza se detendrá a mirar una cadena que se mueve y cabeceará imitando su movimiento. No le preocupa que lo vayan a sacrificar: lo que teme es una pequeña cadena que se agita y parece no estar en su sitio. (...) Cualquier objeto que produzca un contraste visual atrae la atención del animal. Les asusta la rejilla de un sumidero en un suelo de cemento o el reflejo chispeante de un charco. A veces cambiar de sitio un foco de luz para eliminar un reflejo en una pared o en el suelo facilita el paso de las vacas y cerdos. Una mala iluminación puede ser muy conflictiva. Las vacas y los cerdos se niegan a entrar en lugares oscuros, pero, si se pone un foco que ilumine la entrada de un pasillo, se animan a pasar. (...) Cuando me pongo en el lugar de una vaca, tengo que ser realmente esa vaca y no una persona disfrazada de vaca. (p. 219)

El autismo me ha ayudado a entender al ganado, porque sé lo que se siente cuando se acelera el corazón al oír la bocina de un coche a medianoche. (...) Al desaparecer el silbido, los animales dejaron de temer la verja. Bastó con ver las cosas desde el punto de vista de una vaca. (p. 235)

Reservaremos en todo momento un lugar central al detalle, en tanto no perdemos de vista que es lo que define a esta clínica como tal. Será tarea del analista poder captar allí la peculiaridad que le permita elaborar las intervenciones en tanto el detalle mismo es intrínseco al proceso de invención del sujeto. Sostendremos que la minucia más simple, el detalle más sutil esta allí en el origen en tanto germen del acto de invención. En la particularidad más nimia o el detalle más puro es donde podremos pesquisar la elección del sujeto que da inicio

a todo este proceso de invención singular. Judy Barron (1992) argumentará a nuestro favor cuando haga referencia a las elecciones de su hijo: “lo que siempre le llamaban la atención eran los detalles: el hilo suelto de una chaqueta, la página de un libro doblada en una punta, una luz titilante. Esas eran las cosas que notaba” (p. 111).

También Grandin (2006) coincidirá con el lugar central que ocupan los detalles:

A los niños autistas les desagrada cualquier cosa que no esté como es debido: un hilo que cuelga de un mueble, una alfombra arrugada, libros torcidos en la estantería. A veces enderezan los libros y otras se asustan. Su reacción de miedo es comparable a la de una vaca cuando ve una taza de café en el pasillo de un cebadero o un sombrero en una valla. Los niños autistas también se fijan en pequeñas discrepancias que pasan inadvertidas a las personas normales. (p. 223)

Birger Sellin (1997) también nos esclarece respecto de esta cuestión y nos convencerá de que el detalle, la sutileza misma es un elemento propio del trabajo de invención tal como lo venimos considerando.

(...) sobre detalles como dejar caer las primeras perlas inútiles y excitantes (...) es bien difícil escribir sobre eso / porque forma parte de las profundas formas de vida de nuestro mundo autista / eso está tan alejado de vuestras sabias realidades que sería difícil reproducirlo con autenticidad (...) os llevo conmigo como a invitados que visitan el país no humano. (p. 86)

Nos confirma de este modo que el detalle es un elemento fundamental en su propio e irrepetible trabajo. Destacaremos este carácter de irrepetible que él mismo afirma, en tanto da

cuenta de lo que queremos especificar cuando hablamos del uso reciclado que el sujeto es capaz de asignar. Un uso que pone en primer plano la autenticidad y originalidad de un saber-hacer, cuasi irrepetible.

Donna Williams (2015) con una narración plagada de adornos nos “muestra” su mundo y el modo en que para ella se vuelven fascinantes algunos elementos. A partir de su relato no podemos más que sospechar que los atributos juegan un papel fundamental. A su vez, el valor inmenso que estos pueden alcanzar la llevan a trabajar con ellos y a partir de ellos asignándoles modos alternativos de usos tan singulares como funcionales a su modo de tránsito por el mundo de lenguaje. Servirán allí a un modo artesanal de habitar el lenguaje.

Refiriéndose a la casa de una niña con quien había iniciado cierto lazo, explica del siguiente modo el lugar fundamental de los objetos que circundan a esta niña, condición quizá para que este lazo se inicie:

Me encantaba el olor de su casa; allí había muchas cosas que ver y a través de las cuales mirar. Tenían vasos de cristal alineados en pulidos gabinetes de madera de teca vetada, colocados sobre anaqueles con espejos, como si merecieran estar en un escenario. El suelo era liso y brillante como la seda y parecía como si en él se pudiera comer. Todo parecía agradable al tacto. Me gustaba frotar las mejillas contra las cortinas, los gabinetes, los cobertores de los asientos y la puerta de cristal. (Williams, 2015, p. 29)

El sujeto declarará de varias maneras que hay una preferencia por los objetos y que sus cualidades no serán para nada desdeñables. “Si bien los objetos quedaban a veces reducidos a sus características más simples de color, sonido y sensación, jamás me sentí amenazada por ellos” (Williams, 2015, p. 159). En este mismo sentido referirá acerca de la

fascinación que algunos elementos le provocaban y cómo esto le permitió incorporarse a ciertos espacios laborales sobresaliendo en su labor.

Me acerqué a una tienda de artículos de teatro. Me había enamorado de una pared llena de plumas de terciopelo, de máscaras de lentejuelas con pelucas de todos los tamaños y estilos y de un disfraz de oso de tamaño natural, suspendido del techo con una cuerda, junto al mostrador, amenazando a los clientes. Con este tipo de cosas me podía llevar bien.

El dueño deseaba a alguien con cinco años de experiencia en ventas. Carol supo venderse destacando el valor de su personalidad extrovertida y una capacidad impresionante para hablar de las características más deseables de los trastos que había en la tienda. Decidieron que el gran entusiasmo de Carol por los productos que allí se ofrecían le permitiría vender las cosas como nadie más sería capaz de hacerlo. (Williams, 2015, pp. 180-181)

Las sutilezas de los elementos y materiales responsables de cautivar al sujeto ejercerán también un papel central en los usos reciclados que éste decida asignarles. Muchas veces esos modos desusados y alternativos acompañarán al sujeto convirtiéndose en un modo de estar en el mundo, haciendo de éste un escenario más tolerable.

Aún recuerdo el olor de la abuela. Llevaba cadenas en el cuello. Era suave y arrugada, usaba ropa de punto, a través de cuyos huecos podía meter mis dedos, tenía una voz risueña y ronca y olía a alcanfor. Yo solía llevarle el alcanfor de los estantes de los supermercados, y veinte años más tarde me dio por comprar botella tras botella de aceite de eucalipto para regarla por todo el cuarto, de extremo a extremo y así

mantenerlo todo alejado de mí, salvo el sentimiento reconfortante que esta asociación me traía. Recogía trozos de lanas de colores y los unía con grapas, para después meter los dedos por entre los huecos y poder dormir sintiéndome segura. Para mí, las personas que me gustaban *eran* sus cosas, y aquellas cosas, (u otras semejantes a ellas), eran mi protección contra lo que no me gustaba: la otra gente.

Los hábitos que adopté para conservar y manipular estos símbolos equivalían para mí a encantamientos mágicos, que pronunciaba contra todo lo desagradable que me podía invadir si perdía aquellas cosas o me las dejaba quitar. (Williams, 2015, p. 18)

En el rodeo efectuado para determinar y especificar el estatuto de todo este trabajo que suponemos al sujeto, nos tentó la idea de poner en tensión esta operación de invención con esa *nueva acción psíquica* que Freud (1914) describiera como responsable de otorgar consistencia al cuerpo. ¿Si jugando con nuestros términos nos habilitamos a colocar lo que proponemos como trabajo de invención en el lugar de esa nueva acción para plantear a partir de allí un pasaje del estado de repliegue autístico a cierta consistencia corporal que facilita un lazo posible? En definitiva, de lo que se trata es de la creación de una superficie consistente a partir del recurso de la invención sobre un material externo. No nos explayaremos acerca de esta idea pero nos tienta su formulación como puerta de entrada a futuros desarrollos que tengan como eje central la consistencia corporal en los autismos.

A partir de nuestra necesidad de esclarecer el estatuto que le otorgaremos a todo este trabajo del sujeto, continuamos nuestro rastreo y otros planteos nos servirán de fundamento.

Aunque este punto tendrá un desarrollo más exhaustivo en el apartado correspondiente - N°2 - adelantaremos que pretendemos enfatizar el lugar de esta operación

de invención como acto de lenguaje, en la medida en que culmina con la inauguración de una forma novedosa de lazo.

Entenderemos que hay por parte del sujeto una decisión de iniciar un lazo que tendrá siempre características novedosas y efectos transformadores. Cierta interés respecto del intercambio se hace allí presente, tal como nos confirma Birger Sellin (2011): “(...) sigo elaborando incesantemente sistemas fantásticos para dejar de ser un sinmi y un dentroemi” (p. 206).

También Donna Williams (2015) nos confirma su intención de iniciar un lazo y las estrategias artesanales que pone en marcha; la narración y publicación de su libro va en este sentido. En relación a esto afirmará:

Esta es una historia de dos batallas: la batalla por dejar al “mundo” fuera y la de tratar de unirme a él. Narra las guerras en el interior de “mi propio mundo” y los frentes de batalla, las tácticas empleadas y las víctimas de mi guerra personal contra otros. (p. 13)

De no ser por los métodos que había inventado, mis palabras, así como los gritos y muchas de mis lágrimas, podrían haber permanecido mudas (...). (p. 68)

Para Lacan (1972) el lenguaje es un órgano en tanto el sujeto deberá encontrar qué hacer con eso, deberá encontrarle una función. Este problema fuera-de-cuerpo es común a todo ser hablante; las diferencias se pondrán de relieve según el sujeto cuente o no con los discursos establecidos para encontrar esa solución. Enfatizamos esta idea del lenguaje como *algo* a lo que el sujeto deberá encontrarle una función para poder continuar con nuestro planteo.

Si acordamos además con la idea del lenguaje como envoltura, allí cuando el sujeto no cuente con ella le quedará la tarea de inventar una asignándole una función a una materialidad particularmente escogida - cuyos atributos o propiedades suponemos tendrán un papel fundamental - para que esta devenga instrumento otorgando alguna consistencia al cuerpo del sujeto. Dicha consistencia en los autismos parece reactualizarse cada vez, en cada operación de invención.

En este sentido, este saber-hacer con los objetos se nos presenta como una respuesta posible en los autismos para ese problema fuera-de-cuerpo común a todos. De aquí nuestro planteo acerca del trabajo de invención como respuesta posible frente al trauma de *lalengua*, respuesta que podría ser pensada con cierta exclusividad para la modalidad subjetiva que estamos considerando.

Este planteo contradice a aquellos postulados que suponen a esta modalidad subjetiva por fuera del lenguaje; no sólo no acordaremos con tales afirmaciones sino que nos preguntamos además acerca de la posibilidad de considerar a este sujeto en tanto tal como *inventor* de un discurso siempre absolutamente singular. Quizá la reutilización o reinención de un uso nuevo para cierta materialidad sea la vía de acceso a un modo de lazo único cada vez.

Para Jacob Barnett (2016) la invención de su propio lenguaje matemático visual fue lo que le permitió no sólo incluirse de manera exitosa en el mundo Universitario sino además poder concretizar su interés por la difusión y la enseñanza de las matemáticas. Este lenguaje singular se sirve de colores y formas para representar números y combinaciones de números para representar ecuaciones. Su madre lo explica del siguiente modo:

Imaginen un ábaco colisionando con un calidoscopio y podrán hacerse una idea.

Ahora coloca capas de transparencias de diferentes colores y formas encima de una

caja de luz, pero en aquél entonces tenía miles de trozos de cartulina, cortados meticulosamente de diversas formas que podrían ponerse unas encima de otras para poder realizar cálculos complejos. (p. 158)

Kristine confirma la apertura al lazo social de la siguiente manera:

Las conferencias sobre astronomía (...) habían conseguido sacarle de su caparazón en el pasado (...), poco después de haber reanudado aquellas visitas, su vida social volvió a tomar impulso. Después del colegio, se iba alegremente a montar en bici o jugar al escondite con sus amigos (...). Mientras Jake tuviera su buena dosis de astronomía seria, podría mantener el ritmo social del colegio. (Barnett, 2016, p. 180)

Aquí se insiste de varias maneras distintas en que el despliegue del trabajo que el sujeto se propone con los objetos facilita su modo de estar con otros, abriendo paso algunas veces, a un lazo posible.

(...) cuando se afanaba con las lanas, a Jake se le veía enfrascado y atento. No le frustraban los obstáculos, y nada podía distraerle ni desviarle de su propósito. Empecé a darme cuenta de que si Jake había pasado un tiempo tejiendo sus redes por la mañana, después se mostraba mucho más dispuesto a afrontar la terapia que tuviera que hacer ese día. (Barnett, 2016, p. 70)

Aquí la astronomía, las estrellas y los planetas, así como las luces y sombras y las leyes que rigen el movimiento de los objetos en el espacio, se instalan en tanto elementos sobre los cuales recae el interés y la elección del sujeto. Son justamente las matemáticas y

ciencias aquello que impulsa a Jacob a buscar e iniciar lazos sociales, con el agregado de que él mismo debía crear el espacio posible para que eso ocurra. Él debía enseñar en cierto modo a su interlocutor acerca de los temas sobre los que se proponía debatir y tenía que arreglárselas para que ese lenguaje matemático habilite a un diálogo posible.

El niño disponía el espacio e invitaba a su madre para que ésta observara lo que él estaba aprendiendo y en lo que estaba incansablemente trabajando; su pasión por el tema le impulsaba a enseñar y explicar, como proponiéndose que todos compartan ese “idioma particular” (Barnett, 2016, p. 258). A través de la enseñanza y divulgación de ese idioma Jacob inventa un modo de lazo, un modo de diálogo posible. Así lo explica su madre: “para la mayoría de la gente, las matemáticas son un idioma extranjero, y Jake estaba sediento de conversación. La solución que encontraba era intentar enseñar a la gente que le rodeaba a “hablar” matemáticas” (Barnett, 2016, p. 261).

Aquí, la puesta en circulación de las matemáticas como idioma hacen de su solución singular una verdadera operación de invención como acto de lenguaje.

El trabajo del sujeto apunta a crear una teoría para explicar a otros ese lenguaje matemático visual que tantas elaboraciones le permitía; debía *traducir* aquella imagen que veía mentalmente en el lenguaje matemático necesario para que otros lo comprendan, *necesario* aquí debe entenderse en tanto código compartido que habilita el intercambio. En este punto, se dedica a “elaborar modelos de espacio-tiempo y modelos dimensionales del espacio” (Barnett, 2016, p. 264). A partir de una imagen trabaja en la creación de un lenguaje para poder explicar a otros esa imagen que ve. Su trabajo está aquí destinado a la traducción de ese, *su idioma*; sus esfuerzos van en el sentido de dar con una escritura posible de ese lenguaje de imágenes, colores y formas, una escritura que favorezca el intercambio instituyéndose así en un verdadero acto de lenguaje.

En este punto afirmaremos que el trabajo de invención del sujeto en tanto acto de lenguaje pone de relieve un modo particular de lazo que el mismo inaugura y establece; y esta forma singular de encuentro con el otro es lo que da la pauta de su modo particular de pensamiento, en este caso, nos da la pauta de cómo él *ve* las matemáticas.

Judy Barron (1992) también hace referencia al lazo que une a Sean con su hermana como si se tratara de un idioma que sólo ellos pudieran comprender. Esta forma singular de encuentro es mencionada como un lenguaje secreto entre ambos, como una especie de pacto o acuerdo entre hermanos: “entre ambos existía un lazo innegable, un lenguaje secreto que sólo ellos comprendían” (p. 130).

Sean mismo hace referencia también a esta forma singular de lazo: “A Megan y a mí nos unía un lazo muy especial. A veces hacíamos cosas que ningún otro comprendía y, en cierto sentido, también teníamos un lenguaje propio” (Barron, 1992, p. 195). Algo del orden del hacer o saber-hacer adquiere relevancia y para nosotros preeminencia en estos modos particulares de vínculos. Estas formas discursivas originales pondrán en primer plano, a nuestro entender, algo del orden del acto.

Birger Sellin (1997) también pone de relieve una forma de lazo absolutamente selectiva – con padres, tutor y algunos otros “mudos” con quienes intercambia a través de comunicación facilitada – a partir del uso del ordenador y con la escritura de un lenguaje del cual se pronuncia como autor. Lo denomina “lenguaje sin añadidos o lenguaje para idiotas”, elaboración singular a partir de la cual podrá erigirse en un verdadero poeta. Incluso es a partir de esto mismo que dejará de nombrarse como un “sinmi” para empezar a referirse a sí mismo como poeta y portavoz de los “mudos”.

Es con esta invención de un lenguaje sin añadidos, con una gramática personal, que le es posible al sujeto darse un lugar en tanto autor, poeta, “hacedor” de poesías; y además especie de representante y portavoz de un colectivo como serían, según él, los demás poetas

que estén en su misma situación. La paradoja que se instala al erigirse en el portavoz sin voz – ya que en varios pasajes se lamenta por no lograr hablar - abre paso a nuestros supuestos acerca de un soporte material para poder hacer uso de la misma.

En relación a las psicosis, Miller (1999-2000) destaca los recursos que pone en juego el sujeto para ligarse a su cuerpo y sostenerlo - ejemplifica con un caso donde son utilizados anillos y vendas - y propone pensar a esos recursos como la invención en su forma mínima, elemental. Por nuestra parte, y en un intento de circunscribir cierto trabajo específico operado en los autismos, propondremos pensar esas operaciones como el inicio o punto de arranque de todo un trabajo de elaboración más extendido, verdadero e inagotable trabajo de invención por parte del sujeto. A esto nos referimos como matriz o primera operación de invención, allí cuando el sujeto es capaz de encontrar y asignar un nuevo uso a determinado objeto. Si consideramos este trabajo en su valor de detalle, no es lo mismo pensarlo como invención mínima que plantearlo como el inicio de todo un trabajo posible. Esta diferencia tiene necesariamente implicancias tanto éticas como clínicas.

Ejemplo de lo que estamos planteando es el trabajo que despliega Barnett (2016) a partir de uno de sus objetos elegidos. Los manuales y libros eran para este niño objetos privilegiados, “compañeros inseparables” según su propia madre, que *le sirven* a este sujeto, entre otras cosas, para facilitar su estadía en la escuela y su incorporación a una nueva rutina.

Es justamente con este objeto como soporte que el sujeto edifica toda una síntesis, una verdadera teoría que arma y muestra a partir del despliegue y el tratamiento particular de esos objetos-libros sobre la mesa. El niño *pone sobre la mesa* una teoría compleja de un modo absolutamente original, con esa materialidad como punto de partida. Así lo relata Kristine:

(...) se adueñó de la mesa del comedor y la llenó de libros de texto, perfectamente ordenados de un extremo a otro (...). Era asombroso: una panorámica de nuestro

tiempo y lugar, una instantánea histórica multidimensional, que abarcaba desde la prehistoria hasta la actualidad. Y desde el núcleo de la tierra hasta los lejanos confines del sistema solar (...). Había calculado con precisión la longitud y la latitud de nuestra casa, así como el sistema de coordenadas celestes correspondientes. Al lado, había un libro de mapas estelares, abierto por las constelaciones que serían más visibles desde el centro de Indiana aquella noche. (...) No sólo había memorizado todos los datos que yo veía en aquellos libros, sino que además trabajaba en una síntesis de lo que había aprendido, en un tapiz que entretajara todos aquellos detalles aleatorios de múltiples disciplinas, en una teoría que era mucho más que la suma de sus partes. Aquello nos dejó entrever la complicada estructura que conformaba el hermoso universo de la mente de Jake. (Barnett, 2016, p. 169)

Donna Williams (2015) también nos pone a disposición a través de su relato los usos inventados que otorga a los elementos que selecciona para garantizarse algo fundamental en su estadía con otros: la música.

Mi madre había alquilado un piano hacía poco. Desde muy pequeña me gustaba el sonido de cualquier cosa parecida a una campanilla. Solía unir pinzas para la ropa unas con otras y cuando no las estaba mascando las hacía sonar junto a mi oído. Así mismo me gustaba el sonido del metal sobre el metal, y mis dos objetos favoritos eran un pedazo de vidrio roto y un diapasón, que llevé conmigo durante años. Cuando todo lo demás fallaba, la música siempre podía hacerme sentir.

Creo que yo siempre toqué música, aún antes de que hubiera tenido la posibilidad de usar un instrumento. Creaba melodías en mi cabeza y con los dedos llevaba el compás. (p. 91)

Por nuestra parte, agregaremos que esos elementos en su función inédita son en sí mismos verdaderos instrumentos para Donna; como es de esperar, el sujeto recurre a modos originales de producciones con materiales alternativos aunque no menos fundamentales. Acordaremos con los comentarios de la tía de Temple cuando hace referencia a la fascinación de la adolescente por los efectos de la máquina para ganado en su propio cuerpo. En relación a esta elección de su sobrina declara: “si Temple construye más tarde un prototipo para su uso, me parece muy bien. Creo que, lejos de ser algo morboso, es simplemente parte del modo como su mente poco común resuelve sus poco comunes problemas” (Grandin, 1997, p. 87).

Sostendremos que existe por parte del sujeto la puesta en acto de una primera operación de invención a partir de la creación de un nuevo uso para determinado material y luego la posibilidad a partir de allí del traslado de toda esta compleja operatoria a otras áreas que lo tienen como protagonista. Allí cuando estén dadas las condiciones la operación de invención del sujeto se complejiza y prolifera.

Un ejemplo de lo que estamos considerando lo relata Sean Barron (1992) cuando habla del tratamiento que realiza con uno de sus objetos predilectos, las cadenas. A partir del uso singular que les aplica describe tanto la invención de lo que él llama “un juego” así como la complejización del mismo que consistió en extender su radio de acción:

Una pesada cadena fijaba cada puerta al garage. Sean buscaba un palo largo, una escoba o el mango de una pala, enganchaba las cadenas, una después de la otra, las levantaba todo lo posible y las dejaba caer. Después retrocedía por el camino de entrada para verlas oscilar, lanzando su consabida risita. Lo repetía una y otra vez, centenares de veces, sin cansarse nunca. Tras casi una semana en esta actividad,

completó el juego. Cuando ambas cadenas empezaban a balancearse, corría a la casa a toda velocidad y se subía a la mesada de la cocina para ver desde allí el balanceo de las cadenas. No apartaba de ellas la mirada hasta que se detenían. (...) Después extendió su radio de acción: hacía balancear las cadenas, entraba a la casa como una tromba, cruzaba la cocina, subía la escalera al galope hasta la ventana del primer piso donde permanecía hasta que las cadenas dejaban de moverse (...) si no me apartaba a tiempo me atropellaba y seguía adelante (...). Tenía que llegar a la parte superior de la escalera antes de que las cadenas se detuvieran; sólo eso le importaba en la vida.

¡Tenía tantas ganas de tocarlas! Pero no tenía más remedio que moverlas con un palo. Porque con las manos no alcanzaba. Entonces las movía para repetición del movimiento del balanceo, tanto que tenía necesidad de ver las cadenas desde distintas alturas y ángulos. (p. 42)

La extensa operatoria de estudio, investigación y pruebas con diferentes materiales que Grandin (1997) pone en ejecución y que parece culminar en la invención de su “máquina de abrazar”, lejos de encontrar allí un límite se extiende a otros espacios. El sujeto, con su bagaje y su saber-hacer se incluye en un espacio social como es la Universidad y a la hora de definir su tema de tesis se lucirá con la temática para la cual no podemos menos que considerarla una experta. Su trabajo de invención se traslada a otras áreas de interés del sujeto; en este caso su creación singular será tema de tesis que le permitirá conseguir uno de sus títulos universitarios.

(El señor Carlock) despertó mi interés por la ciencia y dirigió mi obsesión hacia un proyecto valioso. Pasé muchas horas en la biblioteca leyendo todo lo que podía encontrar sobre el efecto que las sensaciones originadas en un sistema sensorial

producían sobre la percepción de las sensaciones en otro sistema sensorial. Para mi sorpresa descubrí que había todo un campo de estudios llamado interacción sensorial. Cuando llegó, a su debido tiempo, el momento de preparar mi tesis de graduación, elegí como tema la interacción sensorial y los experimentos que había hecho con la máquina de apretar. Los resultados de mis experimentos indicaban que el estímulo provocado por la presión afectaba los umbrales auditivos. (p. 95)

A partir de los relatos de Birger Sellin (1997) también podemos suponer una extensión de su operatoria de invención, a la manera de un perfeccionamiento.

A raíz del uso original que otorga a los libros que encuentra en su casa - que al modo de ladrillos le permiten construir la muralla detrás de la cual se resguardaba - le es posible al sujeto además enterarse del contenido de cada uno de ellos sorprendiendo así a sus padres para quienes, en primera instancia, este acto se trataba meramente de pasar compulsivamente las páginas de cada libro. Su interés por el lenguaje y por su modo de funcionamiento lo llevó no sólo a leer cada contenido de sus libros-ladrillos sino a verse impulsado a crear lo que denominaría “su lenguaje” para, con sus fabulosas poesías, narrar las vivencias de “su mundo”. Su *lenguaje sin añadidos* aparece como elaboración singular que le sirve al sujeto para, a través del ordenador como soporte material, echar luz sobre los detalles de su modo de estar en el mundo. Cuando están dadas las condiciones al sujeto le es posible proliferar y extender su trabajo singular para hacer de él una verdadera elaboración que modifique el estatuto mismo de su “ser” y su “tener”, cuestión que remite al modo de producción subjetiva que intentamos delimitar.

Así como para Lacan (1972) la esquizofrenia tiene la propiedad de enigmatizar la presencia del cuerpo, de volver enigmático el ser en el cuerpo, la relación a los órganos; nosotros propondremos como especificidad del trabajo de invención operado en los autismos,

la propiedad de materializar, instrumentalizar o maquinizar el cuerpo; conseguirá esto agregándole instrumentos que no son otra cosa que esos materiales existentes a los que ha sido posible *inventarles* una función tan inédita como artesanal. Y en consonancia con esta instrumentalización supondremos la inauguración de una modalidad discursiva original con lo material como asiento y soporte; lazo singular que al modo de un discurso material traduce algo de lo específico en esta modalidad subjetiva. En este punto rescataremos la idea de *identidad material* que planteara Phillipe La Sagna (2006) en su intervención en “Psicosis ordinaria”, respecto de los fenómenos del cuerpo en las psicosis. En relación a un caso de psicosis en el cual el sujeto se construye una máscara y a partir de allí puede hablar y soportar efectos subjetivos, dirá: “cierto número de síntomas de neoconversión, en la psicosis, sirven a los sujetos de identidad material; ellos se apoyan en algo que constituyeron (...)” (Miller, 2006, p. 251).

Sostendremos, para desarrollar en los apartados correspondientes A y B, que esta operación de invención modifica necesariamente el estatuto del objeto - que se recorta como externo y a la vez deviene herramienta o instrumento - y del sujeto mismo – quien a partir de allí hace su aparición como actor, autor, protagonista en la difícil tarea de darse un cuerpo; artífice casi permanente de cierta consistencia para ese cuerpo que parece requerir de alguna reactualización cada vez y, junto con esto, artesano y protagonista en la creación de todo un lugar pasible de ser habitado de un modo menos intrusivo.

A) El estatuto del objeto en el trabajo de invención.

Cuando hacemos referencia a estos elementos que sirven al sujeto o de los cuales el sujeto se sirve, aludimos a aquellos materiales que el niño toma como apoyatura a partir de los cuales pacificarse, circular, pasar de un lugar a otro o de una actividad a otra; aquellos que le permiten estar con otros de un modo menos intrusivo, que lo llevan a veces a soportar algo del orden de la demanda, incluso también a poner en juego su voz o la palabra. Objetos que pueden resultar nimios o insignificantes para los ojos de cualquier observador relativamente distraído o improvisado, pero que revisten para el sujeto un valor sin igual. ¿Qué es lo que le otorga dicho valor? Sostendremos que las características o propiedades del selecto material juegan un rol fundamental en tanto hacen posible la creación de una función nueva para él.

Uno de los objetos predilectos de Sean Barron (1992), con el cual inventa lo que él mismo llama “un juego”, eran las cadenas. Hace de ellas un uso especial, inaugura a partir de allí un nuevo uso que, por nuestra parte, entenderemos como una primera operación de invención. ¿Por qué elige ese objeto y no otro? Él mismo nos responde: “Uno de mis objetos predilectos eran las cadenas; me encantaba la textura de las cadenas. Cada eslabón parecía igual que los demás y era igual que los demás al tacto” (p.42).

Además realizaba un tratamiento particular sobre otro objeto – alfombra – que da cuenta de su captación por la textura propia de la misma. Hay allí algo de la característica de ese material que cautiva al sujeto obligándolo a trabajar sobre él. Pasaba horas tironeando los pelos de la alfombra para verificar que fuera toda igual.

La sensación de algo que no fuera perfectamente liso me parecía mal: pellizcaba todo lo que no tuviera una superficie sólida (...). Tenía que pellizcarla constantemente para

estar seguro de que toda la alfombra fuera igual, toda ella ¡No debía cambiar! (Barron, 1992, p. 27)

Barron (1992) parece confirmarnos que las propiedades o atributos característicos del objeto juegan un papel determinante en la elección que sobre ellos recae. En consonancia con estas afirmaciones también podremos sumar las descripciones de Temple Grandin (2006) en relación a los materiales que captaban su atención: “(...) me divertía aprender con adornos de colores brillantes en las paredes (...)” (p. 71). Y especifica:

De niña me atraían los colores brillantes y los objetos en movimiento que estimulaban visualmente, como cometas y aeromodelos que volaban. Me fascinaban las camisas a rayas y la pintura fluorescente, y me encantaba mirar cómo se abrían y cerraban las puertas correderas de los supermercados. Cada vez que el borde de la puerta atravesaba mi campo visual, me recorría un agradable escalofrío por la espalda. (p. 104)

Sospechamos que las características de los elementos juegan un rol decisivo en la elección que recae sobre ellos; selección minuciosa que acompañará al sujeto en la aventura de su auto-invencción, en los avatares de darse un lugar lo más armonioso posible.

La planta Swift fue uno de los lugares donde he albergado los pensamientos más profundos acerca del significado de la vida. (...) Mi sentido de la identidad estaba ligado a esa planta, del mismo modo que los objetos que tenía en mi habitación del internado constituían mi identidad. Cuando me iba en verano, no quería guardar los

adornos de las paredes porque sentía que de algún modo me habría perdido a mí misma. (Grandin, 2006, p. 212)

El relato de Donna Williams (2015) es coincidente con lo que venimos postulando. Ciertos materiales son escogidos en función de algún atributo que fascina al sujeto y es ese mismo atributo el que se presenta como condición de intercambiabilidad del objeto mismo: “me gustaba “ver a través” de vidrios de colores; la gelatina era así; me encantaba la gelatina” (p. 17). A partir de esto, una vez que la elección es confirmada el elemento será imprescindible para ese sujeto; aparejo que implica sin dudas al cuerpo: “si las cosas me gustaban, trataba de perderme en mi fascinación por ellas. Las cosas, a diferencia de las personas, eran bienvenidas a convertirse en parte de mi” (p. 17). Donna continúa: “me encantaban las cosas bonitas y aceptaba las cintas, las redecillas y las lentejuelas. El hecho de usarlas me convertía en parte de ellas” (pp. 25-26). Los objetos serán, como ella nos relata, auténticos tesoros para el sujeto que están en íntima relación con su ser.

Me gustaba mucho el escudo metálico de la escuela cosido a mi americana. Veintitrés años más tarde, aún lo conservo. Lo saco de alguno de mis muchos botes de cristal llenos de tesoros y regreso a la escuela como si fuera ayer. Tales tesoros eran las llaves para entrar en mí misma y... ¡ay de quien los tocara! (Williams, 2015, p. 35)

La dedicación y el cuidado que se imparte a los objetos deberá invitarnos a considerar no sólo su importancia sino la función que allí desempeñan para el sujeto. De esta manera Donna hace referencia a “sus tesoros”:

Revisé las muchas bolsas y botes llenos de pequeños tesoros que había empaquetado para transportarlos en un cofre. Eché allí los pedacitos de papel de aluminio de colores, los botones, las cintas, las lentejuelas y los pedacitos de vidrio de colores que me habían acompañado toda mi vida.

En esta colección estaban los lugares, las experiencias y las personas a quienes me había vinculado, así como mi sentido de seguridad y mi capacidad para encontrarle sentido a las relaciones entre las cosas existentes dentro de aquella colección.

Era capaz de organizar todo por categorías y entender el concepto de orden, consistencia y pertenencia, a pesar de que en mi interior careciera de ellos. Podía ver el papel que cada cosa desempeñaba en relación con la que había a su lado. Todo lo contrario de lo que sucedía en mi relación con las personas. A diferencia de mi vida, todos mis objetos especiales tenían su lugar incuestionable dentro del esquema de las cosas.

Cuando organizaba mis cositas era capaz de captar visualmente un escurridizo sentido de pertenencia que jamás podía sentir con la gente. Y al hacerlo podía abrigar esperanzas de que algún día esto sería posible. (Williams, 2015, pp. 186-187)

La relevancia de los objetos es tal que Donna llega a definirlos como “su lenguaje” y afirma: “vivía muchísimo más en mis cosas que en mi cuerpo. Dejarlas empaquetadas, incorruptas, quería decir que las podría recuperar más adelante, cuando volviera a resultar seguro otra vez tratar de acercarme a mí misma y a mis sentimientos” (Williams, 2015, p. 187). Además estos materiales significativos para el sujeto podrán incluirse en su operatoria de búsqueda e investigación del mundo al modo de verdaderas herramientas, tal como Donna nos relata:

El cristal tenía una significación importante para mí. Solía poner vidrios encima de las cosas que quería examinar. Esto las contenía visualmente y evitaba que se vieran arrastradas hacia el remolino de la información del trasfondo. Pero también hacía que resultara emocionalmente más seguro contemplarlas, al colocarlas en un mundo “ahí fuera”, detrás del vidrio. (Williams, 2015, p. 242)

Suponemos que en la mayoría de los casos esos elementos son *usados* por el sujeto de un modo muy peculiar, bien alejado de lo que parece ser la función que corresponde consensuadamente - en caso de tratarse de algún objeto concreto ya que otras veces se recurrirá a desechos, pelusas, restos de cosas, materiales varios, para los cuales también parece reservarse un valor inusual -. Como afirma Grandin (1997), se aplican en estos casos “modos desusados” (p. 20) a los distintos elementos. La observación en detalle pone en evidencia que el sujeto hace un uso nuevo de tal material, un uso creado y además con una eficacia, destreza y precisión impecables, a partir de lo cual no podemos más que suponer allí un uso propio. Si no imposible, es verdaderamente muy difícil y sólo con muchísima práctica quien se lo proponga podría imitarlo.

El mismo Sellin (1997) alude a la dificultad de reproducir o imitar algo que se presenta por su parte como un saber-hacer con elementos de su elección: “dejar caer las primeras perlas inútiles y excitantes (...) forma parte de las profundas formas de vida de nuestro mundo autista / eso está tan alejado de vuestras sabias realidades que sería difícil reproducirlo con autenticidad” (p. 86).

El objeto del que hablamos es ante todo y principalmente posibilitador de un trabajo por parte del sujeto; es en esta medida que lo pensamos como materia prima, material del que el sujeto elige disponer. La observación de Kaufman (1981) nos esclarece en este punto; hay

una elección singular por parte del niño y luego, con ella como punto de partida, un despliegue de trabajo donde el sujeto es un actor indiscutible.

Raun desarrolló cierto fetichismo por los tachos de basura que había en la cocina y en el baño. Durante dos días preguntó por ellos incesantemente. Al tercer día, fuimos a un negocio y compramos todos los tachos que encontramos. Grandes y chicos. Tachos de diferentes formas y colores. Quince tachos de plástico. Su reacción fue inmediata y arrolladora. Se reía y gritaba cuando se los ofrecimos. Daba saltos y aplaudía. Tachos por todos lados. Apilados cerca de la pared. Insertados prolijamente uno arriba del otro en el piso. Adoptó uno amarillo como sombrero. El grande, rojo, se transformó en un escondite. El más pequeño, azul, era siempre llenado con agua. Estaba divertido y concentrado. (p.193)

Birger Sellin (2011) destaca en más de una oportunidad la importancia que tienen en su vida las canicas de vidrio a las que denomina “perlas”, y lo imprescindible del tratamiento que les imparte. Con su lenguaje particular – volveremos sobre él en el apartado acerca de la invención del sujeto como acto de lenguaje – pone de manifiesto el rol que cumplen sus objetos predilectos cuando declara: “seguridad por razones importantes solo puedo hallar en las cosas / las personas son poco fiables y curiosos monstruos (...)” (p. 153). Su relación con este objeto juega un papel relevante; es allí donde el sujeto muestra un saber-hacer indiscutible, una especie de técnica difícil de igualar. Este saber-hacer es realmente determinante de su ser-experto en dicho tratamiento.

(...) la idea de que en aquél ser ajeno y herméticamente aislado pudiese anidar alguna inteligencia se vio fomentada por la relación de Birger con sus canicas de vidrio.

Aunque tenía un inventario de centenares de canicas y cuentas de vidrio, nada más faltar una, parecía notarlo al momento: se ponía inquieto y se lanzaba a la búsqueda del objeto perdido. Las canicas fueron asimismo el motivo de la única frase que Birger ha pronunciado hasta el día de hoy. Su padre, en broma, le había quitado una, y la reacción del niño fue ordenar con toda claridad: “¡Devuélveme la bola!” (Sellin, 2011, p. 38)

El sujeto se luce en su despliegue con el objeto; y será a partir de él - del uso que le imparte - un protagonista inigualable de ese acto. Como se afirma en el prólogo de su libro: “Juega con tal dedicación con sus canicas, que parece que en ello le va la vida” (Sellin, 2011, p. 30).

Raun Kahlil pone en escena una destreza que es captada al detalle y narrada por su propio padre:

Sus manitas sostienen el plato delicadamente, sus ojos examinan el contorno liso, y sus labios se curvan con deleite. Está preparando el escenario... éste es su momento como lo fueron los últimos y los anteriores. Es el comienzo de su paso a la soledad que se ha transformado en su mundo. Lentamente, con mano maestra, coloca el borde del plato en el piso, acomoda su cuerpo en una pose confortable y balanceada, y mueve repentinamente su muñeca, con gran destreza. El plato comienza a girar con una perfección deslumbrante. Gira sobre sí mismo como si hubiese sido activado por una máquina exigente. Y así fue. Esta no es una acción aislada, ni simplemente un aspecto de alguna fantasía infantil... se trata de una actividad importante, llevada a cabo con habilidad por un niño muy pequeño para un público conocedor y expectante: él mismo.

A medida que el plato se mueve rápidamente, girando hipnóticamente sobre su borde, el niño se inclina sobre él y su mirada se dirige directamente al movimiento. Homenaje a sí mismo, al plato. Por un momento, el cuerpo del niño delata un movimiento apenas perceptible, similar al del plato. Por un momento, él y su creación giratoria son una sola cosa. Le brillan los ojos. Se sumerge en ese jardín de juegos que es él mismo. Vivo. Con vida. (Kaufman, 1981, p. 11)

Este pasaje nos presentifica un experto en ese hacer con el objeto cuyo cuerpo está finamente implicado en el procedimiento a partir del cual sin dudas se beneficia. Esta técnica puesta en ejecución por un sujeto avezado es en sí misma una labor constructora de consistencia; anima al sujeto involucrando al cuerpo.

Había algo tan bien definido en sus movimientos... nada parecía arbitrario. Era como si observáramos por dentro la dinámica de todo un universo. Un niño perdido en la complejidad de sus actividades que le servían de estímulo. Reparamos en su humor. Realmente feliz. (Kaufman, 1981, p. 64)

¿Se trata en verdad de un sujeto “perdido” en el despliegue de estas actividades? Nuestros postulados supondrán allí, por el contrario, un saber-hacer inigualable. Los objetos, según nuestra lectura, no fomentarán el estado de repliegue sino que se instalarán para el sujeto como instrumentos con los cuales trabajar y explorar el mundo a partir de asignarles o impartirles un uso novedoso y singular. Como explica Sellin (2011):

(...) las perlas son casi tan importantes como un esencial auténtico valioso instrumento de trabajo con ellas trabajo en teorías personales tengo incluso verdaderos

conocimientos se trata de conocimientos del mundo de los *dasra* o sea personas sin valor social en la vida es también un mundo que incluye tipos *asociales* son las indefinibles *heces* de la humanidad. (p. 102)

En todo su relato ubicará su propio estado de repliegue del lado de lo que denomina *seres sin valor social*; incluso su propio trabajo de invención de un código y hasta una especie de lenguaje y escritura particular es nombrada como “sistema o lenguaje para idiotas”. Por nuestra parte, aclararemos que en estos comentarios debe leerse la ausencia de lazo social, el modo en que el propio sujeto nombra esa ausencia de lazo.

Otro elemento que destacaremos como instrumento fundamental para Birger es la computadora, ya que se destaca en un saber-hacer con ella; de un modo excepcional y con la invención de una gramática particular lleva a cabo lo que se conoce como “comunicación facilitada”, un modo de “habla” que no cede, al decir de Maleval (2011), al goce vocal. Será para nosotros un soporte material que en tanto herramienta del sujeto le posibilita “alzar su propia voz”.

Discutiremos la afirmación de su prologuista Domingo García-Sabell cuando declara que no hay separación entre el sujeto y la máquina que utiliza, que “Birger Sellin y el instrumento por él utilizado son una y la misma cosa. Uno y otro están, quizá ya para siempre, fundidos en síntesis inseparable” (Sellin, 2011, p. 18). Por nuestra parte, insistiremos en que a partir del momento en que el objeto funciona para el sujeto como un verdadero instrumento, haciendo aquél activamente un uso del mismo, y principalmente un uso original, tendremos un claro indicio de que no están siendo la misma cosa. Hay en estos casos un *avezado*, un *especialista* que pone activamente de manifiesto un saber-hacer con él.

Lejos de favorecer el repliegue autístico los objetos son apertura, en principio, a cierta exploración del mundo más o menos extendida que culmina, las más de las veces, en la

inauguración de alguna forma original de lazo con otros. Por esta razón, cuestionaremos la nominación del objeto como *autístico* así como la idea de cierto repliegue a partir de él. Por el contrario, supondremos que a partir de los mismos le será posible al sujeto arreglárselas para fabricar artesanalmente un modo de intercambio con otros. Como afirma Donna Williams (2015): “En la comunicación a través de los objetos encontraba seguridad” (p. 18). Y especifica: “Mi padre siempre tenía las respuestas adecuadas. Se limitaba a sentarse cerca de mí, dejándome que le mostrara lo que yo sentía de la única manera que yo era capaz: a través de los objetos” (p. 93).

Supondremos que los objetos no deberán ser desplazados sino que deberá asignárseles el valor de herramientas o instrumentos que en verdad son capaces de adquirir; aparejos en íntima vinculación con el cuerpo que contribuyen a constituir.

Judy Barron (1992) relata el uso que Sean les daba a los cubiertos:

Se sentaba frente a la mesa de la cocina con un cuchillo y un tenedor y los colocaba en distintas posiciones, como si fueran las agujas de un reloj.

_ Cuatro y veinte. Dos y diez. _ A veces colocaba las “manecillas” en una hora determinada, decía, por ejemplo, “seis y quince” y después se corría al otro lado de la mesa para ver el cuchillo y el tenedor desde la dirección opuesta y entonces decía “nueve y treinta”. (p. 39)

Un niño al que nombraremos como Nahuel, con quien trabajé varios años, realizaba un tratamiento similar con elementos que tenía a su alcance. Entre ellos escogía los que simulaban varillas como por ejemplo lápices, sorbetes, ramitas de árboles, fibras o crayones, y cuando nada de esto parecía estar a su alcance no renunciaba al tratamiento que había decidido llevar a cabo, sino que lo aplicaba a sus propios dedos.

Disponía estos elementos sobre el piso, de modo circular y unidos por el centro a modo de eje, los alzaba juntos conservando esa forma y disposición para colocarlo por sobre su cara y a veces sobre su cabeza; desde allí los movía con cierta rotación de su muñeca dibujando en el aire un semicírculo.

No tardamos en advertir que este niño, a partir del uso que impartía a esos materiales ponía en escena una especie de representación de uno de los objetos que más lo cautivaban: el ventilador de techo. A partir del uso nuevo para dichos elementos Nahuel se procuraba un representante de ese objeto al alcance de su mano haciéndolo “funcionar” a su antojo, con una rapidez y destreza que contrastaba llamativamente con los momentos en los que no ponía en juego este saber-hacer.

Birger Sellin (2011) asigna a los libros – otro elemento por él escogido de modo privilegiado – un tratamiento y un uso singular. Haciendo las veces de ladrillos servían literalmente a la construcción, en este caso, de una especie de muralla o paredón.

En casa se entretenía la mayor parte del tiempo pasando hojas a los libros que sacaba de las estanterías de los padres. A su alrededor, esparcidos por el suelo, había siempre libros cuyas hojas pasaba el niño con bruscos movimientos, estropeándolos mucho o incluso rompiéndolos del todo. A veces los padres tenían la impresión de que Birger se atrincheraba literalmente entre pilas de libros. Y aunque a veces sustituyese los libros por bloques de madera, siempre eran verdaderos muros los que levantaba en torno a él. (p. 35)

Y aunque al principio creyeran que sólo este uso original se pondría en juego con estos objetos-libros, luego su entorno caería en la cuenta de que había leído cada uno de ellos.

Aquellos libros a los que “pasaba las hojas” por docenas, en realidad los había leído. La memoria fotográfica de Birger, que captaba en fracciones de segundo la falta de una bolita de vidrio, necesitaba sólo unos minutos para enterarse del contenido de un libro (...). (Sellin, 2011, p. 63)

Hay también por parte del sujeto una actividad de investigación del mundo a partir de la manipulación de estos objetos, cuestión que él mismo confirma cuando nos relata: “(...) me resulto facilísimo leer por eso yo buscaba en los libros digamos importantes todo lo que podía encontrar (...)” (Sellin, 2011, p. 96).

Las perlas o canicas de vidrio, otro de sus objetos predilectos, tendrán el lugar indiscutible de herramientas para el sujeto, utensilios a partir de los cuales disponerse a trabajar. Él mismo los menciona de este modo cuando afirma que “las perlas son casi tan importantes como un esencial auténtico valioso instrumento de trabajo con ellas trabajo en teorías personales” (Sellin, 2011, p. 102).

Habrà a partir de la elección del sujeto un trabajo de exploración que antecede de alguna manera a la operatoria de invención. Grandin (2006) hace referencia a este trabajo preliminar, fundamental para la operación fundante que seguirá.

Mi capacidad de pensar visualmente me ha ayudado a entender cómo pensaría y se sentiría un animal en distintas situaciones. No me cuesta en absoluto imaginar que soy el animal. Pero para poder hacerlo sin pecar de antropomorfismo, me he pasado años observando la conducta de animales en distintas situaciones. No dejo de añadir información a mi biblioteca leyendo libros y artículos sobre la conducta animal. Para visualizar cómo piensan estos animales, sigo el mismo proceso de pensamiento que cuando diseño equipamiento. (p. 260)

Sostendremos que el estado de repliegue autístico sobreviene allí cuando el sujeto se ve privado de realizar ese uso particular que él mismo escoge para el material.

Barron (1998) lanzaba toda clase de objetos a las ramas de los árboles del patio: juguetes, herramientas, utensilios de cocina, calzado, corbatas, calzadores “y cuando ya no le quedaba nada para tirar, se ponía a aullar, mirando hacia arriba y con las manos en alto” (p. 51).

Cuando el sujeto hubo avanzado en su trabajo singular y se vio ocasionalmente privado de “sus objetos” pudo, según él mismo explica, encontrar sustitutos. Tal es la relevancia de los mismos.

Debía tener cierto control. Las cosas que utilizaba en casa – juguetes, cartas, lápices de colores – estaban fuera de mi alcance, así que tuve que encontrar sustitutos. Una de mis escapatorias era la caja de copos de trigo que guardaban en la despensa (...). Otra actividad que me encantaba se refería al lavarropas (...) reacomodaba la ropa para que quedara desequilibrada y después volvía corriendo al living room (...) cuando estaba desequilibrado, el lavarropas hacía un ruido muy fuerte. (Barron, 1992, p. 166)

Esta intercambiabilidad entre objetos parece admitirse en tanto pueda, con el elemento sustituto, aplicarse el mismo uso inédito que el sujeto escoja. Para Raun Khalil esto también era posible, tal como nos cuenta su padre: “El asiento de madera de la hamaca y sus cadenas reemplazaban al plato que hacía girar tan a menudo. Era simplemente otro vehículo que facilitaba su viaje fascinante hacia un universo silenciosamente personal y solitario” (Kaufman, 1981, p. 25).

Muchas veces los objetos, o mejor, el tratamiento particular que el sujeto hace de ellos, permite cierta pacificación, elemento indispensable para que algo de la producción o del estar con otros sea posible. Sean Barron (1992) explica el tratamiento que le aplica a las puertas de un guardarropa que encuentra en el consultorio al llevarse a cabo su primera visita a un Psicólogo:

En la habitación había un grupo de puertas idénticas. Yo necesitaba saber a dónde conducían esas puertas, ¿terminaban allí o llevaban a alguna parte? En cuanto vi las puertas me sentí mejor; antes estaba incómodo porque habían roto mi rutina llevándome a ese lugar.

En cuanto empecé a abrir y cerrar las puertas, me sentí bien (...) tenía que seguir haciéndolo, porque aunque viera a dónde conducía una puerta, pensaba que eso podía cambiar, así que debía abrirla una y otra vez para asegurarme. Y lo tenía que hacer con todas, porque de otro modo, nunca podía estar seguro. (p. 49)

Siguiendo a Miller (1999-2000) podemos plantear que la “reintegración en el cuerpo del órgano fuera-de-cuerpo” es posible en los autismos en tanto el objeto o materialidad - que entendemos, se constituiría como *externo* a partir de ese mismo proceso de trabajo - deviene instrumento; es decir, en la medida en que le es asignada, o mejor, inventada una nueva función, un nuevo uso. De este modo, se erige en soporte más artesanal que ortopédico para el cuerpo del sujeto dotándolo de cierta consistencia.

Jake estaba obsesionado con los vistosos imanes de plástico que teníamos en la puerta del frigorífico. Tenía decenas de ellos y se los llevaba a todas partes. (...) Accedió a quedarse sentado, pero estiraba el cuerpo por encima de la silla hacia la caja de los

imanes (...) hizo el rompecabezas (que le pedían en su evaluación) sin mirarlo, asomado por el respaldo de la silla, con la vista puesta en la caja. (Barnett, 2016, p. 45)

Temple Grandin (2006) nos acercará su experiencia acerca de cómo su invento le permite cambiar el estatuto de su cuerpo para erradicar esa sensación de “alguien que cuelga sobre un abismo aferrado a una cuerda engrasada” (p. 71).

(...) los ataques de nervios me producían los mismos síntomas que aquejan a los actores cuando deben presentarse ante el público – palpitaciones, sequedad bucal, palmas sudorosas, crispamientos en las piernas – pero en realidad tenían más de hipersensibilidad que de ansiedad (...) mi cuerpo tembloroso. (p. 68)

El uso inédito de ese aparato le permitirá ubicarse de otro modo haciendo un uso de su cuerpo que nunca antes había experimentado: “(...) mi constante ansiedad había disminuido. Fue la primera vez que me sentí realmente a gusto con mi cuerpo” (Grandin, 2006, p. 92).

(...) le pedí a mi tía Ann que me permitiera probar la máquina. La presión aliviaba a los terneros; por lo tanto tal vez pudiera ayudarme. Primero modifiqué la altura del cepo para poder pasar por él la cabeza cuando estaba con los pies y las rodillas apoyados en el suelo. Después me metí dentro de la máquina. Ann tiró de la cuerda que accionaba los tableros. Pronto sentí la firme presión que ejercían en mis costados. (...) El efecto era estimulante y relajante al mismo tiempo. Pero, lo que es más importante (...), yo ejercía el control. La máquina alivió mis ataques de nervios. Como era de esperar, se convirtió en una obsesión para mí. (Grandin, 1997, p. 85)

Raun Khalil también pone en evidencia que a partir de su elección singular algo del cuerpo deviene esencial en ese proceso de asignación de un uso nuevo a la materialidad. “Raun estaba concentrado y ocupadísimo... cada vez que lograba que la tapa girara, se paraba en puntas de pie, se inclinaba sobre ella y extendía sus manos en forma extraña e irregular” (Kaufman, 1981, p. 180). Su padre insistirá en enfatizar la elección por parte del niño:

(...) volcaba su energía en los objetos. Raun también elegía con qué trabajar (...). Podía relacionarse con objetos que fuesen fijos, como las tazas a las que hacía girar; se comprometía con una selección limitada de objetos que podía controlar completamente para sus propios fines. (Kaufman, 1981, p. 67)

Barron (1992) también pone en evidencia la íntima conexión existente entre su trabajo de invención y su propio cuerpo. Él hace de su cuerpo un instrumento de medición. Su cuerpo adquiere así la consistencia necesaria que le permite funcionar al modo de una herramienta de medición e investigación: “Metía los dedos en las ranuras, los movía y los miraba. Metía el dedo en el agujero del piso de madera y lo hacía girar durante horas” (p. 26).

Un niño de diez años a quien llamaremos Luis tenía un modo de presentarse a partir del cual nos invitaba a suponer que estaba completamente abocado a una exploración de los espacios que transitaba. De manera sigilosa y muy meticulosa se dedicaba a la investigación de distintos elementos, para la cual su propio cuerpo parecía tener siempre un rol protagónico.

El procedimiento que realizaba con sus manos y dedos nos resuena con lo descrito por Judy Barron. Pasaba largo rato tocando y golpeando rítmicamente el tejido de alambre de

una puerta produciendo siempre el mismo sonido, de la misma forma y con la misma alternancia esperaba expectante el rebote de sus manos a partir de ese hacer. Luego seguía con sus dedos lo recorridos de los alambres entrecruzados que formaban cuadrados y rectángulos, introducía alternadamente sus dedos índices en alguna parte de ese recorrido exploratorio, como interrumpiéndolo con ello. Parecía, a partir de este movimiento de sus dedos, corroborar la regularidad y continuidad del tejido ¿o quizá la distancia entre su dedo introducido y la pared más próxima?

Este modo de tratamiento de los huecos y agujeros lo aplicaba también a los respaldos de las sillas plásticas, aunque no en todas. Lo hacía en aquellas cuyo formato mostraba hendiduras verticales. Introducía el dedo índice en una de ellas y lo deslizaba hacia arriba y hacia abajo, recorriendo el hueco en toda su extensión, como corroborando su principio y su final, su longitud, su regularidad.

Sean Barron (1992), según cuenta su propia madre, dedicaba tiempo a investigar la profundidad, proceso en el que su cuerpo entero estaba implicado:

Se metía debajo del agua, tanteando con los pies el costado de la pileta hasta tocar el fondo; después subía a la superficie como un bólido para anunciar a voz en cuello: “uno cincuenta y dos”. La profundidad de la pileta estaba pintada en los costados, y él se movía de un número al siguiente (...) dedicaba todo su tiempo a investigar la profundidad del agua. (p. 81)

Él mismo explica, en primera persona, este procedimiento de averiguación de profundidades:

Recuerdo vívidamente un pequeño agujero que había en el piso de una de las habitaciones de casa (...) me encantaba sentarme y mirar dentro de él, a veces hacía girar un dedo alrededor del borde del agujerito, más o menos como giraba nuestro lavarropas. Metía el dedo dentro del agujero como para comprobar lo hondo que era y lo miraba fijo, para ver hasta dónde llegaba (...). Necesitaba comprobar la profundidad que existía entre el agujero y el piso del sótano, aunque tenía plena conciencia de que no podía llegar a tocar el piso porque estaba demasiado lejos. Utilizaba el dedo como punto de referencia.

Lo mismo me sucedía en la pileta. Tenía que comprobar constantemente su profundidad. Saber que en su parte más honda tenía tres metros sesenta no me solucionaba nada. Tenía que averiguarlo yo mismo, tocando el borde con el pie. No confiaba en el agua. (Barron, 1992, p. 81)

Antes de que la operatoria de invención se inicie suponemos el despliegue de toda una labor por parte del sujeto; etapa lógicamente anterior que lo ubica como investigador del mundo, las cosas, los objetos. La actividad exploratoria lo ocupa principalmente. Grandin (2006) reconoce de algún modo esta etapa exploratoria inicial y destaca su relevancia citando una frase de Einstein, de quien afirmará, a partir de lo conocido de su historia, que podría haber sido autista. Dirá:

Allí fuera hay un mundo inmenso, que existe independientemente del ser humano y que se alza ante nosotros como un gran y eterno enigma, al menos parcialmente accesible a nuestro estudio y pensamiento. La contemplación de este mundo actúa como una liberación. (p. 290)

Encontramos además en el relato arriba citado la confirmación de que el sujeto está compelido a trabajar constantemente, dedica todo su tiempo a ese meticuloso proceso.

Un ejemplo sumamente esclarecedor acerca del trabajo que el sujeto realiza para ordenar de alguna manera el mundo y más específicamente el modo en que lo vive es el que detalla Temple Grandin (2006) a partir de la asignación de un uso reciclado para un elemento que es puesto a su disposición. La aplicación de la manga de manejo de ganado a su propio cuerpo le otorga a éste cierta consistencia que está ausente previamente. Y será a partir de “tener” un cuerpo que Temple podrá continuar con sus elaboraciones singulares, aquellas que derivarán en selectos lazos que le permitirán incluirse en los distintos espacios sociales que va eligiendo a lo largo de su vida.

Ella misma nos cuenta cómo construye de modo artesanal un objeto tan conveniente como oportuno – en la medida en que le sirve en su singularidad - con el cual “armará” su cuerpo:

Al volver a la escuela, copié el diseño y construí con paneles de contrachapado, inspirándome en la manga de manejo, la primera máquina de abrazar del mundo. Entraba en la máquina a cuatro patas y luego me aplicaba la presión a ambos lados del cuerpo. (p. 92)

Rápidamente especificará los efectos a partir del uso de su peculiar objeto: “(...) cuando aprendí a soportar la presión relajante de mi máquina de abrazar, descubrí que la sensación reconfortante me había convertido en una persona más amable y dulce (...) eso me ayudó a entender los conceptos de reciprocidad y dulzura” (p. 121). Y concluirá: “Si yo hubiese renunciado a la máquina, habría sido dura y fría como una piedra. Tuve que sentir bienestar físico para poder querer” (p. 131).

Si consideramos este *efecto de cuerpo* - efecto sobre el cuerpo o cuerpo como efecto de esta operación – concluiremos que es este mismo trabajo de invención operado por el sujeto el que construye un instrumento a partir de cierto material existente haciéndolo funcionar como “órgano fuera-de-cuerpo” (Laurent, 1997). En este sentido, el sujeto se procura a sí mismo una ortopedia auto-fabricada como resultado de su constante y minucioso trabajo para *darse* un cuerpo. Respuesta siempre renovada del sujeto frente a la enajenación radical de la que nadie escapa; un modo de vérselas frente a la ajenidad del cuerpo que lo sitúa al sujeto mismo como creador, artesano de su propia existencia.

La labor a la que se dedica Sean Barron (1992), que tiene al cuerpo como elemento privilegiado, confluye en cierto lazo o al menos en la salida de su estado de repliegue. Su madre lo confirma: “Este mismo verano empezó a hablar. Lo hacía mecánicamente, sin inflexiones, confundiendo el orden de las palabras y mezclando indiscriminadamente los pronombres” (p. 84).

El deslumbramiento que provocan algunos objetos permitirá cierto intercambio o cercanía con otros; momentos que, aunque puedan resultar efímeros, suponen una salida del estado de repliegue a condición de usar esos objetos cautivantes o al menos tenerlos cerca – del cuerpo -. Williams (2015) refiere de esta manera el contacto y cercanía que lograba con su abuela:

La fascinación hipnótica que sentía por las manchitas en el aire me dejaba muy poca sensación de mi propio cuerpo, excepto el choque que me producía la invasión de la cercanía física, también la repulsión. Incluso el consuelo que encontraba cuando mi abuela me tomaba en brazos no era por el hecho de acercarme a ella, sino porque así podía colgarme de la cadena que llevaba al cuello o meter los dedos a través de los huecos de su jersey de punto. (p. 151)

Kaufman (1981) coincide en este punto cuando relata que su hijo Raun, a partir del despliegue de una labor cuya forma y actividad él mismo decide, comienza en el niño cierta intencionalidad de lazo con los miembros de la familia a la vez que nuevos intereses hacen su aparición. Parece confirmarnos que su trabajo le ha permitido pasar a otras escenas e intereses, como ampliando de alguna manera su capacidad de exploración.

Cuando quería girar, quería que alguien lo acompañase. Nos daba la tapa del frasco o el plato para que pudiésemos hacerlo también nosotros. Nos incluía en sus juegos. Era mucho más significativo que la imitación paralela de unas semanas atrás. (p. 116)

Los efectos de este trabajo singular son mencionados por el padre en estos términos: “Raun ahora podía establecer algún contacto visual, aceptaba que lo tocasen por cortos períodos de tiempo, se interesaba en juegos, rompecabezas y música. Comenzaba a notarse en él una creciente relación con la gente. Contacto y más contacto” (p. 90). Y acentúa el creciente interés en la exploración de nuevas escenas que no prescinden de otros:

(...) Se mostraba interesado en las muñecas y comenzaba a jugar con una pequeña muñeca de trapo. (...) Solicitaba cada vez más contacto físico y formas de relacionarse. Pedía que lo lleváramos a andar a caballito, saltaba, le hacíamos cosquillas y rodábamos juntos en la cama. Su habilidad para el lenguaje, la adquisición de nuevas palabras y el uso de pequeñas frases y oraciones, también fue en aumento. (Kaufman, 1981, p. 202)

En tanto el sujeto le inventa esa función inédita, en ese mismo acto, el material deviene su instrumento o herramienta - ortopédico, postizo si pensamos en el lenguaje como órgano fuera-de-cuerpo - que no sólo conviene sino que *sirve* a ese cuerpo en singular. Herramienta inédita, tan alternativa como identitaria para ese sujeto que no cuenta con el auxilio de los discursos establecidos. Así, podríamos conjeturar que dicha operación de invención se verifica en tanto inaugura un lazo posible y el instrumento mismo se confirma como tal en tanto posibilita atravesar ese estado de cosas abriendo a nuevas exploraciones, investigaciones y escenarios.

Se torna manifiesto de este modo el extenso trabajo que pone en ejecución el sujeto, trabajo cuyas características variarán en función de los rasgos singulares que cada uno le imprima. Rescataremos como elemento inequívoco de este quehacer el tiempo que el sujeto invierte allí y la implicación de todo su ser en el mismo. Todo ese proceso de trabajo concierne al ser del sujeto mismo. En palabras de Kristine:

(cuando se iban los terapeutas) y él jugaba solo, daba la impresión de estar completamente concentrado en algo (...), yo no veía que tuviera la expresión perdida. Cuando hacía girar una bola en la mano o dibujaba figuras geométricas una y otra vez, o volcaba las cajas de cereales en el suelo, a mí me parecía que estaba completamente embelesado. Su atención no parecía dispersa ni vacía. Más bien daba la impresión de estar enfrascado en alguna tarea seria e importante. (Barnett, 2016, p. 63)

Esta madre también afirmará: “Ha pasado la mayor parte de su vida intentando comprender las ecuaciones que rigen el universo (Barnett, 2016, p. 314). Jake en el fondo había sido siempre investigador” (Barnett, 2016, p. 306). A lo largo de todo el relato destacará el valor y la complejidad del trabajo operado por el niño, su lógica interna y el

modo en que este proceder en su conjunto la lleva a comprender el modo singular de pensamiento de su hijo.

Nos estábamos enterando de que, en silencio, Jake había estado tratando de entender algunos de los grandes avances científicos. Lo que me asombraba era la creatividad que Jake evidenciaba (...). No repetía como un papagayo la información que había leído (...). Él sabía cómo analizar los datos que había aprendido; entendía lo que significaban. Antes de que supiera leer, cuando creíamos que simplemente se dedicaba a mirar las sombras en la pared, Jake estaba haciendo verdaderos descubrimientos científicos (...). Mi pequeño no andaba perdido después de todo. Sencillamente, estaba trabajando. (Barnett, 2016, p. 127)

Será a partir de toda esta operatoria protagonizada por el sujeto que tendrá lugar, entre otras cosas, la inauguración o el establecimiento de cierto lazo con otros. Un lazo que revestirá las características de lo inédito, original y que nos invita a considerar la posibilidad de un discurso singular para esta modalidad subjetiva; modalidad discursiva posiblemente única cada vez y con cierta materialidad como asiento o soporte.

Un modo de lazo en cierto modo preliminar se establece allí cuando el sujeto *hace uso* del cuerpo de otro en tanto objeto, o mejor, al modo de herramienta. Esto es algo con lo que nos encontramos habitualmente en la clínica; cuando por ejemplo el niño toma la mano de un adulto para que ejecute la acción que él decide no completar: abrir o cerrar una puerta o una canilla, tirar la cadena del inodoro, prender o apagar una luz son algunos ejemplos de esto. O también, modos más originales de hacer uso del cuerpo del otro, al modo de un material con el cual trabajar. Barnett (2016) nos especifica un ejemplo de esto que estamos planteando:

Uno de los juegos preferidos era poner a la gente a dar vueltas (...) elegía a una persona, la llevaba a un sitio en concreto, y luego la hacía girar como si fuera una peonza. Si estabas dando vueltas, no te podías mover de donde estabas, y tenías que mantener la velocidad. (p. 125)

Y su madre continuará especificando este uso singular del cuerpo del otro en los siguientes términos: “Éramos planetas. Jake utilizaba a los niños de la guardería para que hicieran de planetas, los cuales giraban a diferentes velocidades dependiendo de dónde se encontraran en relación al sol” (p. 126).

La disponibilidad de alguien a quien pueda recurrirse, al menos al principio, casi al modo de un objeto, es fundamental para toda la operatoria que el sujeto podrá desplegar como su trabajo original. Objeto-doble lo denominará Jean-Claude Maleval (2011). Sea como fuere, para nosotros reviste relevancia en tanto el cuerpo de ese otro será “usado” de un modo peculiar. Sellin (2011) menciona en más de un pasaje lo importante que es para él “tener una persona fija encadenada a mi modesta persona” (p. 104), para “hacer uso” de ella de modo novedoso, agregaríamos por nuestra parte.

Una niña de nueve años que asiste a la institución despliega un trabajo permanente de gran riqueza y con ininterrumpida dedicación, que parece fundamentar nuestros argumentos.

Desde el inicio y como un elemento que define en general su forma de presentarse, se hace acompañar por algún objeto o resto de éste al que cuida atentamente para que ningún otro niño pueda sacárselo. Este elemento ha ido variando desde su llegada a la institución; desde un simple papelito o cartón, tarjeta de colectivo, alguna que otra pieza de rompecabezas, los picaportes que están a su alcance, hasta maracas o algún otro cotillón plástico, algún juguete o pedazo de éste que sea fácilmente transportable. Estos intercambios de unos elementos por otros parecen aceptados por la niña a condición de respetar ciertas

reglas o pautas fundamentales: que sea posible trasladarlo utilizando sólo su mano derecha y que sirva a la vez para producir algún sonido generalmente repetido e idéntico cada vez con esa sola mano. Ya sea que ella misma decida variar su objeto o que el adulto le ofrezca otra opción, sólo parece aceptable en la medida en que el nuevo objeto reúna estas propiedades o atributos, razón por la cual no podemos más que suponer allí una elección particular de la niña. Cuando están dadas estas condiciones no sólo se dedica frenéticamente a “poner en marcha” a su objeto sino que además acepta participar de las distintas actividades propuestas a lo largo de la jornada. Acordamos en que cierta pacificación le permite recorrer los espacios de manera más autónoma y funciona como antesala de sus posibles producciones y elaboraciones.

Ahora bien, los avatares que sufren los mencionados elementos según los días, como por ejemplo las pérdidas – aunque sean momentáneas – la circulación, los préstamos a otros niños, los intercambios o bien la inclusión de éstos en alguna escena lúdica, hicieron que la niña empezara a dirigirse a los adultos para “pedir” o iniciar un “diálogo” sin recurrir a la palabra y donde la materialidad o lo que con ella sucede no deja de ser el móvil principal. Entendemos que esta forma de solicitud novedosa y única con cada uno de los adultos que trabajan en la institución funda modos de lazos que parecen no repetirse con cada uno de ellos.

En los espacios que compartimos, las “charlas” acerca de lo que haremos con el objeto que eligió cuando ella se vaya al terminar la jornada – dónde lo guardaremos, con qué otro elemento, en qué caja o armario – alternan con el “uso” asignado a los objetos pero reproducido en mis propias manos. A simple vista parecen palmadas, aunque por nuestra parte suponemos que son mucho más que eso; la niña reproduce allí un saber-hacer con el objeto muy difícil de imitar. Se instala aquí un modo de lazo que no se repite – al menos por el momento - con otro adulto además de la posibilidad de variaciones o alternancias en ese

“uso” según mi propia voluntad; elemento que en sí mismo introduce algo del orden de lo inesperado en ese lazo mismo. La niña parece dispuesta a admitirlo en tanto se respeten ciertas condiciones que aparecen como ineludibles para que este encuentro sea viable. Se pone en jaque de este modo la idea de la búsqueda de inmutabilidad como condición sine qua non del sujeto a la hora de transitar los espacios. Suponemos que el sujeto admite variabilidad a condición de respetar ciertos atributos para los objetos elegidos y determinadas pautas para establecer el intercambio. Esta niña acepta, a partir de ciertas condiciones que parecen ser reglas fijas, que yo la sorprenda invitándola a re-inventar ese modo de encuentro cada vez.

Desarrollaremos más extensamente esta idea acerca del objeto como soporte para el establecimiento de un discurso singular en el apartado N°2. Allí propondremos la inauguración de un *discurso material* para esta modalidad subjetiva, resultado de la operatoria de invención que estamos considerando. Modalidad discursiva singular que tendrá su asiento en el trabajo con un material previamente escogido.

Miller (1999-2000) plantea la posibilidad de la invención en tanto el órgano-lenguaje ex-siste al cuerpo, siguiendo los lineamientos de Lacan. En nuestro recorrido este “estar fuera pero en íntima relación” nos resulta de utilidad para explicar lo que el sujeto opera allí a partir de la mencionada materialidad que, previa elección del sujeto en cuestión, ingresa como elemento privilegiado para todo este trabajo de invención que intentamos delimitar. Partimos para esto de la idea de que algo allí acontece, algo quizá se inscribe a partir de este trabajo con el objeto.

El concepto de *invención* está ligado a la noción lacaniana del Otro que no existe (Lacan, 1972). Si el Otro existe, el sujeto es simplemente efecto del significante, el que inventa es el Otro. “El Otro no existe quiere decir que el sujeto está condicionado a devenir inventor, es empujado a instrumentalizar el lenguaje” (Lacan, 1975). Sólo en este sentido acordaremos en que no hay Otro en los autismos y no de la manera en que frecuentemente se

plantea a partir de ciertos indicadores fenomenológicos alejados de cualquier detalle evidente. En palabras de Birger Sellin (2011), allí cuando al sujeto le falte la “prisión” del neurótico, allí cuando estén ausentes las “constricciones de montones de medidas educativas / repugnantes leyes morales y conceptos éticos” (p. 163), tendrá la libertad suficiente para desplegar su trabajo de invención artesanal.

A partir de aquí el acento se desplaza del efecto al uso, al saber-hacer allí. Es este saber-hacer, en este caso con el objeto o material que el sujeto aísla a partir de su elección, el que nos interpela en tanto punto de arranque de un trabajo de invención que eleva a ese objeto mismo al estatuto de instrumento o herramienta. Así, el sujeto es empujado a instrumentalizar cierto material existente sobre el cual ha recaído una elección singular; lo convierte en instrumento o herramienta en la medida en que lo ubica como soporte de su trabajo de invención. Y es este *uso reciclado* del objeto - aquí lo reciclado no es tanto el objeto sino el uso que el sujeto hace de él - el que inicia todo un movimiento de cambio subjetivo en el niño que se pondrá de manifiesto cuando aquél comience a cumplir cierta función de soporte artesanal para el cuerpo del sujeto que culminará las más de las veces con la inauguración de alguna forma de lazo. Por esta razón nos aventuramos a plantearlo como un modo de producción subjetiva posible para los autismos.

El sujeto inventa a partir de un saber-hacer con los objetos de su elección, constituyéndose - inventándose - como efecto de ese mismo trabajo, en la medida en que el Otro no existe.

Este saber-hacer en tanto técnica y destreza singular delimitará toda una operatoria que concierne directamente al *ser*; hará posible un *tener* – un cuerpo – otorgando en el mismo movimiento un lugar para ese sujeto.

Donna Williams (2012) insiste en sus escritos en la importancia de encontrar un lugar que pueda considerar como propio, en el que pueda “sentirse bien consigo misma”, que

contrarreste la sensación de extrañeza y ajenidad que la acompañó siempre. Explica de varias maneras y detalladamente sus esfuerzos y su trabajo en ese sentido al punto de definirse a sí misma como “una cultura que busca un lugar donde pueda ocurrir” (p. 95).

En este mismo sentido comprenderemos la afirmación de Kristine cuando, en relación a su hijo, hace referencia al ámbito científico y universitario:

Nunca había visto a Jake hablar sobre lo que le apasionaba con alguien que realmente supiera a qué se refería (...) allí había alguien que podía debatir con él, cuestionarle, corregirle, retarle y valorarle de verdad. Allí, por fin, se dio una conversación (con el Dr. Pehl, profesor universitario). (Barnett, 2016, p. 187)

En el mismo sentido hace referencia a su propia mirada respecto de su hijo: “ya no veía en Jake a un niño o a un estudiante. Había empezado a verle como lo que era: un científico. Por fin habíamos encontrado un lugar en el que Jake podía ser Jake” (Barnett, 2016, p. 190).

Ciertas afirmaciones de Birger Sellin (2011) deberán leerse acentuando el enorme esfuerzo, por parte del sujeto, de búsqueda de un lugar en el mundo de lenguaje: “para vosotros soy un agobio y para mi un trovador desprovisto de alma” (p. 176). De esta manera alude a lo arduo de su labor constante: “busco yo en una grande general hondísima experiencia la curacion efectiva de mi alma / estoy seguro de encontrar mi puesto en normal sociedad / aunque aun ciertamente necesite mucho tiempo” (p. 167). Al sujeto se le impone la tarea de inventarse un lugar: “preparo mi vida de manera que sea un miembro util de la sociedad / a traves de un libro doy el primer paso” (p. 170).

Sellin (1997) insistirá a través de sus versos en la necesidad de encontrar un lugar en el mundo, al punto de nombrarse a sí mismo como un “buscador incansable”, un “buscador

sin fin” (p. 151). “Desde notieradenadie delladodeaca” (p. 26) nos detalla su intención y su trabajo: “encontrare un nuevo camino salvadoresolitarios / veo a locos exultando al lado de los normales / tambien los mudos cantaran cuando llegue el dia / en que acabe la separacion (...)” (p. 204). Enlaza de varias maneras su trabajo singular a la búsqueda de un lugar: “lo mismo que el agua segun leyes tandistintas busca / segura morada / asi busco yo una morada en la sociedad” (p. 25).

No son pocos los ejemplos a nuestra disposición que vienen a confirmar que el trabajo al que el sujeto se dedica con los objetos está destinado principalmente a poder determinar para sí mismo un lugar para, desde allí, empezar a inaugurar algo del orden del lazo con otros. Kamram Nazeer (2008) relata la estrategia de su amigo Craig con los objetos a su alcance para poder alojarse en la casa de quien lo invitara:

Tuvo que urdir una estrategia que le ayudara a controlarse. Cada vez que se quedaba en casa de un amigo, reordenaba algo. Por ejemplo, si había un montón de libros en la mesa, los colocaba por orden alfabético; si las flores de los jarrones estaban un poco mustias, compraba ramos frescos. Una vez hecho esto o lo otro, introducía su propia coherencia en la situación, volvía a hacerlo cada vez que se ponía un poco nervioso. La última vez que había estado con el amigo al que acabábamos de encontrar había desmontado un ventilador de pie que no funcionaba bien y lo había reparado. (p. 126)

De este modo, cierto tratamiento de los objetos se presenta como recurso del sujeto para hacerse o inventarse un lugar.

Suponemos necesario para nuestro planteo revisar el concepto de “objeto autístico” y lo que con él se ha planteado. Nos proponemos despegar ese objeto de su supuesta función

de favorecedor del repliegue autístico - tal como se lo ha definido en incontables desarrollos - en la medida en que una mirada más aguda lo revela como apoyo, soporte, quizá también materia prima a partir de la cual iniciar un extenso proceso de elaboración, tan singular que se nos presenta como invención. El calificativo mismo de *autístico* para aludir a dicho objeto nos provoca cierta incomodidad. Posiblemente sea necesario, dado el estatuto que le suponemos capaz de adquirir, ensayar otro modo de nominación que esté en consonancia con el lugar y la función que le es reservada en este amplio trabajo del sujeto. Lo material será para nosotros herramienta y soporte de una operación inaugural.

Son varios los ejemplos en los que se pone de manifiesto que las conductas de repliegue autístico aparecen en ausencia del objeto, más específicamente, en ausencia del uso particular que el sujeto elige para ese objeto.

Kamram Nazeer (2008) nos cuenta que cuando no intervenían las marionetas André “pasaba el dedo constantemente por el borde de la barra del bar, daba vueltas al hielo en el vaso o se quitaba motas imaginarias de los hombros” (p. 44). En contraste con estas situaciones, allí cuando intervenía la marioneta en tanto objeto escogido y privilegiado, él mismo estaba disponible para, siguiendo sus reglas y condiciones, iniciar un lazo con otros.

Este planteo se sustenta en un argumento basado en la experiencia clínica; el hecho de que no a cualquier objeto le es posible funcionar como aquél que *sirve al sujeto* para tan extendido trabajo. Esta utilidad que funda su aptitud para ponerse al servicio del sujeto está, según suponemos, en estrecha vinculación con sus atributos o propiedades que permanecen allí disponibles para, en primera instancia, *interesar* al sujeto. Hay entonces, en un primer momento, una elección del sujeto que recae sobre él, y luego la invención para él y a partir de él de lo que proponemos pensar como un *uso reciclado* del mismo; uso éste que asigna necesariamente un nuevo estatuto a dicha materialidad.

Al igual que Sean Barron, Birger Sellin (2011) también pone de manifiesto un tratamiento del objeto que consiste principalmente en “dejar caer”. Hay descrito en ese movimiento de caída, en esa acción misma, toda una operatoria que cautiva al sujeto y que lo invita a proseguir. Es allí, en esa constancia y dedicación, en ese saber-hacer perfeccionado donde leemos o situamos el punto de arranque de todo un verdadero proceso de trabajo del sujeto.

(...) se deja caer al suelo donde hay esparcidos varios centenares de canicas y cuentas de cristal. Birger recoge un puñado de ellas con un vaso de plástico y, a través de sus dedos curiosamente agarrotados, las va dejando caer lentamente al suelo: una actividad que repite incesantemente. (p. 29)

Más adelante se especifica que este saber-hacer admite cierta variación o variabilidad en el objeto a utilizar a condición, supondremos nosotros, de respetar ciertos atributos o propiedades mínimas que parecen exigibles para que puedan resultar electos.

(...) la ocupación preferida de Birger: horas y horas dejaba caer lentamente de sus manos, como hipnotizado, canicas y cuentas de vidrio. Ese mismo juego podía realizarlo con igual intensidad en el jardín o en el parque infantil, haciendo que por sus manos resbalara, en lugar de cuentas de vidrio, arena. (Sellin, 2011, p. 37)

Miguel Gallardo (2007) describe en el libro “María y yo” el comportamiento de su hija en concordancia con el accionar de Sellin (2011). La arena era uno de los elementos que reunía para esta niña las características y condiciones para ser ubicado entre aquellos

predilectos. Realizaba con ella desde muy pequeña una especie de ritual que consistía en dejar deslizar los granos muy cerca de sus ojos una y otra vez.

Esta técnica que el sujeto pone en marcha tiene un efecto de pacificación que permite luego pasar a otra cosa; muchas veces ese pasaje da lugar a la aparición de cierta intencionalidad de lazo o al menos un esbozo de la misma.

Como sostiene Gallardo (2007) “cuando la arena pasa entre sus dedos, María es feliz. Horas y horas viendo caer granitos de arena... como un reloj” (p. 19). A partir de este tratamiento del objeto se abre la puerta a cierta intencionalidad de lazo; Miguel parece confirmar esto cuando relata que es a partir de ese hacer que la niña empieza a emitir especies de “comunicados”. Explica que en algunas ocasiones la niña “detiene su juego para emitir comunicados. Pienso yo que es para que no nos distraigamos o que pensemos que María no está” (p. 19). La lectura que este padre realiza del hacer de su hija nos resulta fundamental; en sí misma propicia el trabajo de la niña en vías de un lazo posible.

Grandin (2006) también referirá que experimenta una sensación de pacificación al dejar caer arena entre sus dedos y lo comparará más adelante con la hermosa sensación que le produce ver su invención en funcionamiento completamente armonioso.

(...) pensé en las similitudes entre la maravillosa sensación de trance que había experimentado cuando inmovilizaba al ganado con delicadeza en la manga y la sensación de ser un zombi que me sobrevinía de niña cuando me concentraba en la arena que se me escurría entre los dedos en la playa. En los dos casos, todas las demás sensaciones quedaban bloqueadas. (p. 306)

Esta elección del sujeto de determinado material con el cual empezar a trabajar, nos confronta con la cuestión ética en la práctica clínica.

Sostenemos junto con Lacan (1959-1960) que “no hay clínica sin ética”; por lo tanto, no habrá para nosotros trabajo clínico posible si no se respeta la elección ineludible y radical del sujeto; elección que pesquizamos en general en su modo de hacerse presente en el espacio y ante el otro, en sus tratamientos de los objetos, de los sonidos, de la palabra. Esto supone considerar su condición como un ser que habla y vive de un modo singular, distinto a cualquier otro.

Habrá que considerar las dos acepciones posibles para esa elección *del* sujeto: por un lado, nuestra elección sobre a qué sujeto nos dirigimos: si se trata de un sujeto definido por un déficit o por un plus del que ignoramos la función; por otro lado, la radical e insondable elección del sujeto de dirigirse o no al otro, y en todo caso de cómo dirigirse, de escoger tal o cual objeto, de querer o no escuchar la palabra.

Suponemos que allí cuando ese objeto se incluye en la operatoria de ese amplio trabajo de invención, comienza a su vez a delimitarse como objeto externo. Cuando la elección del sujeto incluya a ese material en su trabajo singular algo indefectiblemente sucederá con ese objeto mismo; comenzará a delimitarse como algo externo fundando la posibilidad de que el sujeto le invente y asigne una función tan inédita como artesanal. Así, en la medida en que el sujeto se sirve de él, su nuevo uso o función se pondrá también a su servicio amalgamándose de un modo singular con su cuerpo. Este objeto *anima* al sujeto - en contraposición a lo planteado por Frances Tustin (1987) acerca de los “objetos autistas” - en la medida en que éste *lo pone en marcha* inventándole una función que reviste las características de lo artesanal. Será para nosotros materia prima devenida herramienta a partir de la cual se despliega un saber-hacer con el que el sujeto se luce.

Sea como fuere, es posible que este objeto sirva por sus propiedades; allí cuando éstas sean advertidas, recaerá sobre él cierta elección del sujeto. A partir de aquí aquél se instalará al modo de materia prima a partir de la cual iniciar un verdadero trabajo de elaboración.

Dichos atributos lo definirán como elemento valioso a partir del cual comenzar un proceso de producción, de pura producción, invitándolo al sujeto a crear un nuevo uso que se pondrá a su servicio. Un uso reciclado que servirá al cuerpo del sujeto y a toda una compleja operatoria que pondrá en marcha un nuevo modo de estar en el espacio; un modo artesanal de habitar el lenguaje.

Entenderemos que a partir de esta operatoria tendrá lugar una elaboración discursiva que se asentará y edificará a partir del trabajo del sujeto con ese material escogido. Cierta modalidad de lazo que propondremos como *discurso material* parece abrirse paso en estos casos donde se instala el mencionado trabajo sobre un objeto.

Había sido una suerte no privarle de todo aquello que le servía de estímulo en los primeros años. ¿Los cereales que volcaba en el suelo de la cocina? Estaba tratando de calcular el volumen de las cajas. ¿Las redes de hilos de colores que me impedían entrar en la cocina? Eran ecuaciones, mediante un sistema matemático de paralelas que se había inventado. (Barnett, 2016, p. 126)

Un modo artesanal de vérselas con el lenguaje comienza a instalarse a partir del mencionado trabajo del sujeto; los esfuerzos más originales irán en el sentido de fundar un modo de encuentro.

De la misma forma que se puede entender el principio de la suma sin saber lo que es el signo más, Jake había desarrollado su propio sistema de cálculo. Sencillamente aún no sabía cómo escribirlo para que otros matemáticos pudieran entenderlo. (Barnett, 2016, p. 250)

El trabajo artesanal de este sujeto para la elaboración de una especie de código compartido lo lleva a trabajar sobre una teoría en lenguaje matemático, su modo singular de habitar el lenguaje:

Jake había empezado la teoría con una imagen. Ahora necesitaba la notación matemática para describir lo que veía. He llegado a entender que las matemáticas realmente son un lenguaje, una forma de describir lo que las personas como Jake ven. Él ya tenía los rudimentos, pero un concepto de esa complejidad requería un vocabulario del que aún no disponía. (...) llegó a obsesionarse (...) en el empeño de poner aquella imagen que con tanta claridad veía mentalmente en el lenguaje matemático que otros científicos pudieran entender. Empezó a hacer modelos de espacio-tiempo y modelos dimensionales del espacio, y las ecuaciones de las ventanas de casa se hicieron cada vez más largas. (Barnett, 2016, p. 264)

Aquí el sujeto trabaja artesanalmente en la creación de un lenguaje para explicar a otros la forma en que se presenta su sistema de cálculo; toda su operación está abocada a la elaboración de un código para establecer un lazo con otros. Es en este sentido que afirmamos que el trabajo de invención es un verdadero acto de lenguaje.

Esta elección misma que imprime al objeto un tratamiento minucioso particular marca ya un antes y un después en relación al posicionamiento subjetivo, razón por la cual no podemos más que suponer la puesta en marcha de toda una elaboración singular e inédita por parte del sujeto. Esta fabricación, reutilización, reelaboración pone en un primer plano el valor de uso de dicho objeto, como aquello que lo torna útil a cierta elaboración singular. Las primeras elecciones de Jacob Barnett (2016) dan la pauta, a posteriori, de la operatoria de invención que pondrá en juego:

Hacía girar objetos en la mano o sobre una superficie plana, y a veces se quedaba mirándolos con tal intensidad que le temblaba todo el cuerpo (...). Le encantaban las tarjetas pedagógicas de cualquier tipo, sobre todo las que tenían las letras del alfabeto, y se las llevaba a todas partes. Estaba obsesionado con los cilindros, y pasaba horas introduciendo objetos más pequeños en un jarrón vacío. Su preocupación con las sombras, los espejos y la luz le absorbía por completo (...). Desde pequeño había mostrado una curiosa afición a volcar cualquier caja de cereales a su alcance (...). Cuando cogía su suave mantita (...) lo que él hacía era fijar la atención en ella durante largos períodos de tiempo, contemplando las figuras geométricas que creaba la urdimbre del tejido. Su obsesión por los cuadros y cualquier otro estampado de líneas rectas era tan extrema que resultaba alarmante. (Barnett, 2016, p. 50)

Estos primeros elementos que cautivan al sujeto se instalarán como los cimientos sobre los cuales se edificará su trabajo de invención singular.

(...) cuando Jake, de bebé, no fijaba la mirada (...) probablemente estuviera totalmente concentrado en el juego de la luz proyectada en la pared. Cuando ordenaba la gran caja de lápices de colores o se echaba a dormir junto a su reloj imaginario (su reloj era un uso particular que daba al objeto-sombra), Jake ya se sentía atraído por las pasiones que siguen animándole hoy en día: la luz, las leyes que rigen el movimiento de los objetos en el espacio, las diferentes dimensiones de este y el papel que desempeña el tiempo. (...) Jake ha estado enfrascado desde su primera infancia en las mismas cosas que le interesan en la actualidad. (Barnett, 2016, p. 303)

En este sentido, esta primera elección se nos impone como punto de arranque o matriz de todo un complejo trabajo de invención que instituye al sujeto mismo como un efecto de dicho proceso. A esto aludimos cuando hablamos de una primera operación de invención.

Podríamos suponer que antes de que dicho trabajo de invención se inicie los objetos disponibles se prestan como favorecedores de las estereotipias, de la automatización, dejando al sujeto en un estado de repliegue. Algo sucede cuando éste aísla un objeto entre otros, cuando sobre él es posible deslindar una elección específica y singular, para la cual parecen jugar un papel determinante sus detalles más nimios. Algo sucede allí cuando el objeto es pasible de un uso original, cuando es apto para que ese uso se instale como técnica que le permite al sujeto presentarse como experto, especializado en un hacer. En este sentido, la elección misma hace posible la trasmutación de ese objeto en herramienta en la medida en que algo del orden de lo artesanal comienza a instalarse. Quizá podamos reservar el calificativo de *autístico* - como planteara Tustin (1987) - para todos aquellos objetos del entorno sobre los cuales no recae un interés o elección particular. Allí cuando algo de la elección del sujeto se presentifica hay chances de que se inicie todo el proceso de trabajo que estamos considerando. Será nuestra obligación ética otorgar también en la clínica un lugar privilegiado a dicha elección.

En la medida en que esta nueva función que el objeto adquiere es sancionada como tal, éste dejará poco a poco de contribuir a la automatización para ponerse al servicio de la inauguración de un modo inédito de lazo.

En este punto nos tienta la formulación de otro interrogante: si como resultado de este trabajo del sujeto nos es posible suponer un pasaje, si cabe el término, de la automatización a la maquinización para hacer referencia al estatuto del cuerpo allí ¿podríamos aludir a una especie de pasaje, correlativo del anterior, del artificio a la invención para hacer referencia al cambio de estatuto del objeto mismo? Lo dejaremos al menos planteado; y agregaremos que

“mucho antes de ser artistas somos artesanos.” “(...) Toda fabricación, por rudimentaria que sea, vive sobre similitudes y repeticiones, como la geometría natural que le sirve de punto de apoyo (...) y cuando inventa, procede o se imagina proceder a través de un arreglo nuevo de elementos conocidos” (Bergson, 1907, p.63).

Antes de que su invención viera la luz, Temple tuvo la oportunidad de desplegar su capacidad artesanal en distintos ámbitos.

Empecé a diseñar objetos de niña, cuando experimentaba continuamente con nuevos tipos de cometas y aeromodelos. En primaria construí un helicóptero con un avión de madera de balsa roto. Cuando di cuerda a la hélice, el helicóptero en seguida despegó y voló unos treinta metros por encima del suelo. También confeccionaba cometas de papel en forma de pájaros, que arrastraba con mi bicicleta para hacerlas volar. Recortaba las cometas en una única hoja de cartulina y las sujetaba con hilo. Probé diferentes maneras de doblar las alas para aumentar la capacidad de vuelo. Al doblar las puntas de las alas, la cometa alcanzaba mayor altura. Al cabo de treinta años, ese mismo diseño empezó a emplearse en aviones comerciales. (Grandin, 2006, p. 24)

Algo del orden de lo artesanal viene a instalarse para marcar allí una diferencia radical.

Si consideramos las dificultades para establecer cierta diferenciación entre las categorías simbólicas de adentro y afuera descritas en innumerables ocasiones en relación a esta problemática, podremos hipotetizar que antes de toda esta *puesta en función* del objeto sólo para el observador podría definirse como externo. Y en la medida en que a éste le es posible suponer allí una función inventada por el sujeto mismo alguna trasmutación a las

claras se verifica. Allí cuando pueda considerarse ese hacer como algo que viene al lugar de un decir, comenzará a recortarse el objeto como un utensilio que sirve al sujeto mismo.

De este modo, la sanción del otro se torna fundamental permitiendo que este trabajo del sujeto se instale, prospere y se traslade a otras y múltiples áreas que el mismo transita como protagonista. Sostendremos que para poder funcionar como vehículo y favorecedor de ese trabajo de invención del sujeto el analista deberá - también de un modo artesanal que no excluye lo estratégico - arreglárselas para posicionarse como “secretario” del sujeto para que dicho acto se instale. Le asignará siempre a dicho acto el estatuto de algo que “viene al lugar de un decir” (Lacan, 1969) para poder establecer a partir de él los inicios de una trama discursiva original. El trabajo de invención al que hacemos referencia es inseparable del acto que puede pesquisarlo en el detalle; más aún, la captación de dicho detalle es lo que aquí viene instituirse como sanción. Insistiremos sobre la consideración misma del detalle, ya que entendemos al mismo como un elemento central en este planteo. El detalle más nimio, la sutileza más fina, el gesto más ínfimo está en el origen mismo del acto de invención; por esta razón será un elemento a considerar de forma prioritaria a la hora de pesquisar el trabajo mismo del sujeto y pensar las intervenciones. Las sutilezas más finas son allí el germen de tan extendido trabajo esencial al sujeto. Nos lo confirma Birger Sellin (2011): “sin esas simplezas que hacemos y que son normales en nuestros disparatados mundos no puedo vivir” (p. 183).

También Temple Grandin (2006) nos esclarece acerca de este punto y parece confirmar nuestro supuesto respecto de la implicancia de los detalles en los orígenes del acto de invención del sujeto. Le otorga un lugar central a los detalles que obtiene a partir de “mirar como mirarían las vacas”: “Al ganado lo asustan los fuertes contrastes de luz y oscuridad así como las personas y los objetos que se mueven repentinamente (...). Fue cuestión de observar los pequeños detalles que creaban una gran diferencia” (p. 27). Y reafirmando el

papel central de las sutilezas declarará: “las personas pertenecientes al espectro autista tienden a centrarse en los detalles en lugar de en los conceptos más amplios” (p. 51).

Sospechamos que a partir de los detalles más nimios algo nuevo tiene las chances de instalarse; el objeto tendrá la oportunidad de adquirir una nueva función y junto con ella, un nuevo estatuto. Otro lugar preponderante deberemos otorgar a la circulación y el intercambio de dicho objeto.

Si nuestro planteo tiene algún tipo de asidero, dicho objeto en tanto apoyatura y soporte del trabajo de invención, no puede ser calificado de autístico; ese epíteto contradice el valor de su injerencia y participación en la extendida labor del sujeto, apartándolo de lo que a nuestro entender es su verdadera naturaleza. Si en el mismo movimiento en que comienza a delimitarse como algo externo se coloca al servicio del sujeto para que a éste le sea posible a partir de allí inventarle una función, se trata entonces de la invención de un verdadero instrumento, utensilio o herramienta y sólo nos interesará en tanto adquiere dicho estatuto.

Lo que aquí encontramos es el despliegue de un trabajo particular del sujeto con un objeto sobre el cual parece recaer una elección también particular. Este objeto puede, a simple vista, ser cualquier cosa, incluso muchas veces aparece como un elemento de lo más nimio, insignificante y bizarro. Aunque el valor mismo que adquiere para el sujeto nos obliga a repensar su lugar, su función y nos lleva a considerar que no es bajo ninguna circunstancia *cualquier* objeto. Tal como venimos considerando, éste parece adquirir un valor que no se corresponde con su habitual valor de uso y además se le aplica un modo de tratamiento particular, absolutamente artesanal e inédito.

Nos preguntamos ¿a partir de qué cierta materialidad se constituye en algo particularmente valioso para el sujeto? ¿A raíz de qué adquiere este valor, al parecer, inigualable? Consideramos lícito ensayar una respuesta posible.

En este punto entran a jugar de un modo casi decisivo, según nuestro planteo, los detalles mismos del material escogido por el niño. Por esto mismo sostendremos que algo del orden del detalle, de lo sutil, se sitúa en los orígenes del acto de invención operado por el sujeto. Como relata Birger Sellin (1997), esas sutilezas “hacen falta” (p. 76) para permitirle al sujeto su elaboración singular.

Suponemos un papel fundamental a las características, atributos o propiedades del objeto en cuestión, que lo sitúan como un material particularmente apetecible y valioso. Es sobre ellas que parece recaer cierta elección del sujeto, en tanto a partir de las mismas comienza a instituirse ese saber-hacer con él. Esto puede verificarse, entendemos, allí cuando el sujeto admite cierta variación respecto de los objetos utilizados para poner en marcha “su técnica”. En estos casos ciertas características fundamentales – que pueden ser su textura, color, lo sonoro, el material que lo compone, la flexibilidad o dureza, el tamaño o cualquier propiedad que sea para el sujeto cautivante – parecen establecerse como condición para la intercambiabilidad de dicho elemento a la hora de aplicar ese “nuevo uso” inventado. Y allí donde esta elección es leída como tal adquiere el estatuto que la erige en el inicio de un trabajo posible.

La elección de estas propiedades del objeto parece servirle al sujeto para poner en marcha un extenso proceso de trabajo que merece ser considerado como un verdadero acto de invención de algo inédito. En este sentido, hay trabajo posible allí donde el sujeto se dispone a crear a partir de esas mismas propiedades, tal como el pintor usa su lienzo y pinturas. Es el sujeto mismo el que elige cómo y con qué inventar, siendo nuestra principal tarea suponer allí la inauguración de un nuevo uso del mencionado material.

Este uso novedoso parece traducirse, en una primera instancia, en movimientos, alternancias, generación de ruidos o sonidos, sensaciones corporales bien específicas, precisas e idénticas cada vez, a partir del citado elemento unido a alguna parte del cuerpo del

niño. Cuestiones que nos invitan a considerar que allí *sirve* para algo en particular, para ese cuerpo en singular, para ese sujeto a inventar.

Dos niños nos ejemplifican con su proceder acerca de lo que venimos desarrollando. Podremos suponer en el siguiente saber-hacer una técnica que el sujeto aplica y que parece presentarse como el inicio del acto de invención. Nuevos usos se hacen allí presentes para objetos que el sujeto encuentra diariamente a su disposición, un modo reciclado de poner esos elementos en juego.

Nuevamente nos detendremos en un saber-hacer que lo tiene a Luis como protagonista. En este caso, eligiendo principalmente sillas y ocasionalmente la tapa del inodoro; dos elementos que nada tienen que ver entre sí a simple vista pero que cuando nos detenemos frente al uso que el sujeto nos muestra de ellos podemos claramente ubicarlos en consonancia.

Elige una silla entre varias, la para frente a la pared y la empuja levemente con un dedo, su respaldo golpea primero la pared y en segunda instancia el piso haciendo tres golpes en total; siempre igual, la misma caída e idéntico sonido. Con la tapa del inodoro es capaz de reproducir exactamente el mismo golpeteo. Le hace hacer a este objeto la misma caída y reproducir la misma secuencia de golpes. Levanta la tapa, con un dedo la empuja para que haga un golpe hacia atrás contra la mochila del inodoro y en su caída dos golpes más completan la secuencia del triple golpeteo. Las variaciones en el sonido están dadas sólo por la diferencia en los materiales de ambos objetos ya que a partir del uso o técnica que Luis nos muestra el golpeteo y el ritmo es exactamente el mismo. Este uso no sólo aparece como algo inédito sino que además es prácticamente imposible imitarlo, a pesar de los esfuerzos invertidos en ello. Es asombrosa la rapidez con que dispone los objetos en lo que parece ser su exacta posición, a la espera de ser empujados con un movimiento tan leve como sutil. Hay

allí una técnica que el sujeto ha desarrollado sin dudas para la aplicación de esos usos novedosos y reciclados.

Nahuel también nos mostrará de manera insistente su predilección por “dejar caer” objetos. Al principio suponemos que cualquiera le es útil para tal fin pero con el tiempo advertimos que tiene claramente entre ellos algunos preferidos. Las sillas plásticas son un elemento que lo convoca particularmente, invitándolo a hacer un uso y un trabajo sobre él. Si bien las levanta una a una para dejarlas caer, hay algo particularmente llamativo en la manera de alzar la silla y acomodarla para ser arrojada; manipulación que parece más adelante dar lugar a un nuevo uso del elemento.

El “dejar caer” que parece ser la culminación de su acto – ya que luego busca rápidamente otra silla para recomenzar el procedimiento – comienza a posponerse cada vez más dejando cierto protagonismo a los artilugios que Nahuel realiza para levantar la silla, tomarla de los laterales o los apoya brazos si es que tiene, acomodarla con las patas hacia arriba apuntando al techo y ubicar el asiento sobre su cabeza, en algunas situaciones apoyado y otras levemente por encima, como quien, al modo de paraguas se cubriría de la lluvia con una de ellas.

Este nuevo uso que Nahuel procura para tal elemento, al modo de un toldo personal le permitirá de modo más erguido recorrer el espacio institucional, incluirse en alguna propuesta de taller y, lo que es más interesante aún, admitirá de vez en cuando “resguardar” allí a alguien más con él a la vez que intercambiar la silla-toldo.

Muchas veces, en lo que parece ser en una primera instancia un proceder sin sentido como puede ser un movimiento estereotipado, encontramos el germen del trabajo a desplegar por parte del sujeto. Será nuestra tarea habilitar y propiciar el despliegue del mismo.

Birger Sellin (2011) nos aclara acerca de este punto afirmando que de lo que allí se trata es de un verdadero trabajo, verdadera producción del sujeto y en el mismo movimiento,

agregaremos nosotros, *producción de sujeto*. Afirma: “las estereotipias, los berridos, las salidas de tono equivalen a la energía vital que intenta, como sea, manifestarse, recobrar sus derechos. En una palabra, “alcanzar realización”, esto es, “realidad” (p.15).

Hay todo un trabajo de verdadera producción de sujeto en cuyo vaivén el cuerpo del mismo está absolutamente implicado. El epílogo del libro de Sellin (1997) especifica esto mismo: “Birger es un escritor; y como tal ha vuelto, por así decir, a entrar en nuestro mundo, del que se retiró a la edad de dos años” (p. 208). Continúa: “durante el acto de escribir, es Birger quien actúa: es él quien, con el dedo extendido, describe un círculo por encima del teclado, el impulso que da lugar al movimiento de apretar la tecla comienza siempre en su hombro” (p. 215). Sin dudas atañe al cuerpo: “Aquí hay alguien que, entre dolores, pone a la vista lo que significa realmente escribir” (p. 207).

Otras veces, ese tratamiento singular de los objetos será la puesta en acto de cierto concepto para el sujeto, casi al modo de un simbolismo. Kamram Nazeer (2008) relata el tratamiento que realiza de su objeto-tesis, que puede entenderse como la puesta en acto, con lo material como soporte, de un “volver a empezar la tesis”:

(...) suelo reaccionar a las críticas desproporcionadamente: destruyo un objeto que representa lo que ha sido criticado y vuelvo a empezar de cero (la destrucción es muchas veces todo un rito, por ejemplo: imprimo las páginas, hago un avión con cada una de ellas y luego las lanzo todas al jardín de atrás por la ventana; intento dar de comer el disquete con el trabajo a una colonia de hormigas; coso las cuerdas de una raqueta de tenis). (p. 114)

Aquí algo del orden del simbolismo se instala con lo material como soporte. Esta misma función cumplen las puertas y ventanas para Temple Grandin (2006), un simbolismo

que la habilita a salir de su estado de repliegue y avanzar en su tránsito por los distintos espacios institucionales y sociales en general. De este modo lo comentará ella:

No vi el sentido de las relaciones personales hasta que desarrollé símbolos visuales de puertas y ventanas. Fue entonces cuando empecé a entender conceptos como el toma y daca de una relación.

Para enfrentarme a un (cambio) tan grande como dejar el instituto, necesitaba encontrar una manera de ensayarlo, de representar cada etapa de mi vida pasando por una puerta, una ventana o una verja de verdad. (p. 41)

Con una anécdota continuará especificando el valor que revisten estos elementos a la hora de formarse una idea acerca de cómo transitar ciertos espacios compartidos:

Un día la puerta se atascó mientras limpiaba los cristales interiores, y me quedé atrapada entre las ventanas. Para salir sin destrozar la puerta tuve que desatascarla con sumo cuidado. Pensé que las relaciones funcionan igual. También se rompen fácilmente y hay que tratarlas con esmero. Después hice otra asociación entre abrir las puertas con cuidado y el hecho mismo de entablar relaciones. (...) Ser autista es comparable a quedarse atrapada así. Las ventanas simbolizaron mi sensación de desconexión de los demás y me ayudaron a enfrentarme al aislamiento. A lo largo de toda mi vida, los símbolos de puertas y ventanas me han permitido progresar y establecer conexiones inusitadas para algunos autistas. (Grandin, 2006, p. 44)

Desarrollaremos más extensamente esta idea en el último apartado como un elemento más de lo que proponemos con el concepto de *discurso material* en los autismos. Asimismo,

cierto uso reciclado de materiales puede contribuir a la comprensión de algunos conceptos que suelen presentarse tan abstractos como inalcanzables de otro modo para el sujeto.

El concepto de presión barométrica me fue fácil de entender después de hacer barómetros con botellas de leche, láminas de goma y pajitas. Pegamos la pajita a la lámina de goma, que cubría la boca de la botella de leche, y los cambios en la presión atmosférica hacían subir o bajar la membrana de goma y movían la pajita. (Grandin, 2006, p. 142)

Insistiremos en que no cualquier objeto logra constituirse en un verdadero instrumento para el sujeto. Esto será posible en la medida en que dicho material consiga posicionarse como condensador de goce (Laurent, 1997), cuestión que remite directamente al cumplimiento de una función que atañe al cuerpo del sujeto. Ahora bien, la modalidad que adopte el uso mismo de tal elemento nos obliga a pensar en cierta especificidad de dicho uso, uno por uno. Es en este sentido que hablamos de un uso singular, fabricado, inventado y asignado. Quizá lo bizarro no deba atribuirse tanto al objeto mismo sino al uso que el sujeto hace de él y a esto proponemos pensarlo como una *primera operación de invención*. En este sentido y según nuestro planteo, toda invención es invención de un nuevo uso o función, al que llamamos *reciclado*, para el objeto que interesa al sujeto.

Intentaremos rescatar el valor de dicho objeto suponiendo que se presentifica como posibilitador de todo un proceso extenso de elaboración, verdadero trabajo de invención al que entendemos como fundante, siendo el que sitúa al sujeto como tal. En este sentido, constituiría uno de los modos de producción subjetiva posible en los autismos. En palabras de Sellin (2011): “sigo elaborando incesantemente sistemas fantásticos / para dejar de ser un

“sinmi” y un “dentrodemi” (p. 206) (...) en una palabra, “alcanzar realizacion”, esto es, “realidad” (p. 15).

El objeto, o mejor, la función misma de dicho objeto tendrá un papel central en este trabajo de invención que nos proponemos especificar y, lo que torna a este proceso más relevante aún, es que se trata de una función creada, autocreada o reinventada por el propio sujeto. Aludimos a cierta materialidad cuyas propiedades - para nosotros determinantes - la erigen en soporte, artificio exterior al cuerpo del sujeto, quien a partir de ellas se dispondrá a inventar-le una nueva función, un uso inédito.

Este uso reciclado del objeto como primera operación de invención tendrá sus repercusiones en relación al cuerpo, al espacio, a la temporalidad, los objetos cotidianos; en suma, influirá en la delimitación, la construcción o elaboración de todo un mundo posible de habitar.

Allí cuando el lenguaje no se ha constituido como instrumento, al sujeto le quedará la opción de buscar esto en un objeto externo - que tendrá las chances de devenir instrumento o herramienta - para crear, inventar, construir en primera instancia algo del orden del cuerpo y luego todo un mundo posible de ser habitado que no vaya por los carriles del significante, la significación, la simbolización. Quizá la construcción de este mundo posible sea por la vía de la materialidad y a través de ella.

B) El sujeto del que hablamos en el trabajo de invención.

Uno de los pilares fundamentales sobre el cual se asienta todo el presente desarrollo es el profundo y constante trabajo que define a este sujeto como tal. Son compelidos a trabajar incansablemente con paciencia de orfebre y una precisión cuasi quirúrgica; hasta tal punto que se instala el interrogante acerca de si no será justamente esta disposición y entrega al trabajo de invención aquello que puede definirlo como tal; *sujeto inventor*, en tanto tal sujetado a y por la invención, si la entendemos como permanente.

Esta dedicación y entrega a la minuciosa tarea de trabajar es puesta de manifiesto como denominador común en todos los testimonios consultados y también algo que se impone por la experiencia clínica. Birger Sellin (2011) lo explica en estos términos: “(...) estoy trabajando en como transformar las internas importantes leyes de estar loco en leyes del trabajar ejerce sobre mi una llamada fuerza mágica el escribir sobre ello y una fuerza me obliga a silenciarlo” (p. 132).

Él cuenta, utilizando su producción singular en tanto código o lenguaje – para idiotas, como él lo denomina – que es compelido a trabajar: “en mi singular actividad actual que requiere sacrificio perseverancia paciencia tengo puesta la esperanza después de impecables y cobardes años por así decir años muertos inertes / acceder por fin mediante una capacitación a los seres vivos (...)” (Sellin, 2011, p. 150). En sus propios versos enlazará su trabajo singular a la invención: “(...) en total soledad él se pone sencillamente a inventar a maravilla sus propias explicaciones” (Sellin, 2011, p. 68); sin dejar de destacar lo arduo de su labor constante agregará: “desgraciadamente nadie imagina que trabajo cuesta transformar lo asocial en social transformar cambiar ferreamente algo sin sentido en algo pleno de sentido (...)” (Sellin, 2011, p. 121). En varios versos y pasajes definirá su estado como inseparable

de la disposición a trabajar. A partir de esta palabra autorizada nos aventuramos a conjeturar que esa inagotable actividad inventiva será lo que defina al sujeto como tal.

Kaufman (1981) también entenderá la conducta de su hijo como una disposición y entrega a una labor importante que sirve al niño a modo de “consuelo”. Por nuestra parte sostendremos que dicha labor le será imprescindible a su cuerpo y, de manera más general, a todo su ser.

Lo que Raun hacía lo hacía constantemente... ya fuese en nuestra presencia o solo. Sus movimientos eran exigentes. También eran reconfortantes para él, un consuelo. Sólo por momentos, fugaces y aislados, se aventuraba fuera de sí mismo y se animaba a establecer contacto. (...) Teníamos la certeza de la naturaleza constructiva y excitante de sus patrones de comportamiento, y eso sería lo que nos ayudaría a penetrar su universo. (Kaufman, 1981, p. 64)

Del siguiente modo reflexiona sobre la función central y lo imprescindible de ese trabajo minucioso:

Decidimos que sus “ismos” (el comportamiento repetido de hamacarse, girar, el tamborilear de los dedos, etc.) no nos molestaban. En realidad luego de observarlo, sentíamos que sus “ismos” eran medios que utilizaba para tratar de darle sentido a una compleja y extraña red de percepciones. Quizás era su modo, sano, de hacerles frente (...). (Kaufman, 1981, p. 61)

En coincidencia con nuestros argumentos, para estos padres observadores de su niño la labor que el mismo despliega con los objetos es lo que lo define como tal. Subrayamos esta

mirada como posibilitadora del horizonte que se abrirá para el sujeto. Lo definen como “amable, suave y hermoso, feliz consigo mismo y con las fantasías de su universo. Callado y apacible con la capacidad de concentrarse increíblemente en algunos objetos” (Kaufman, 1981, p. 58). En relación al trabajo del niño, despliegue que atestiguan diariamente, afirman: “Raun trabajaba el doble que cualquier otro niño para obtener el mismo resultado” (Kaufman, 1981, p. 208). Y aclaran que “tratar de imitarnos parecía exigirle un esfuerzo y una concentración enormes; aunque era muy rápido con lo que él iniciaba o elegía como comportamiento y actividades” (Kaufman, 1981, p. 93).

Allí cuando se instala una diferencia, como sucede en varios relatos, entre “el mundo” – “el mundofueradelacaja” según Birger Sellin (1997) - y “su mundo” al sujeto no le quedará más opción que dedicarse plenamente a un trabajo tan innovador como artesanal que le permita un tránsito lo menos intrusivo posible. Estará abocado a elaborar una suerte de solución de compromiso – que será para nosotros invención – que le permita habitar el mundo del lenguaje.

El “estado autista” es descrito por varios sujetos como “un mundo otro” plagado de características, sensaciones, percepciones absolutamente singulares, con reglas y normas rígidas que cumplen allí ciertas regulaciones fundamentales. Las diferencias encontradas en las descripciones de estos “mundos privados” ponen de relieve las singularidades de cada uno de los sujetos implicados. Asimismo, todas las menciones harán referencia a la sensación de ajenidad y extranjería que obliga al sujeto a trabajar para procurarse o garantizarse un lugar en el mundo.

Williams (2015) se valdrá de un nombre para referirse a su “estado”: “La Gran Nada Negra”. Recurre a la nominación para poder especificar cómo lo vive: “Siendo más joven, La Gran Nada Negra venía por mí una y otra vez. Me atrapaba como una araña en su red y me

asfixiaba en un vacío. En el vacío no había pensamiento” (p. 124). Con un nivel de detalles que nos transportan a su situación extrema nos cuenta:

La Gran Nada Negra venía y me agarraba varias veces al día. El alarido silencioso siempre estallaba en mi cabeza y se esparcía por la habitación, hasta que al final comprendí que aquello supondría mi muerte. (...) En el vacío no hay conexiones. La voz que aúlla ni siquiera te pertenece, porque no hay tú y no hay voz. Sólo hay ojos que no registran nada en una oscuridad mental y oídos que oyen sonidos tan distantes e inalcanzables como si estuvieran al otro lado de la Tierra. En la nada no hay cuerpo que pueda ser confortado y el tacto sólo confirma la sensación, ya dolorosa, de esa cosa pegada a tu exterior de la que tienes que escapar. Tienes que escapar porque oyes el rugido de grandes olas – enormes, oscuras olas (es el sonido de la sangre que circular a través de los músculos contraídos de tus propios oídos). Respondes al inminente sonido de las *olas* que se acercan. Las *olas* son muerte. En el vacío, te va a atrapar.

Me senté abrazándome a mí misma sobre mi alfombra roja y esperé el impacto. Veintiséis años después, supe que no era una muerte lo que venía, sino emociones. (...) Willie y Carol me habían salvado de la Gran Nada Negra. (...) La Nada todavía alcanzaba a lo que yo conocía como Donna, pero los episodios eran más parecidos a excursiones trimestrales, no visitas diarias. (pp. 124-125)

“Yo no percibo auténticamente el vivir” (p. 108) afirmará, por su parte, Birger Sellin (2011) ya que su estado se le presenta como una “prisión en régimen de incomunicación” y como “estar enterrado vivo” (p. 64). Es vivido como “cortar al hombre de un tajo primeras

sencillas experiencias como esenciales capitales experiencias por ejemplo llorar (...)” (p. 114). Y en estos términos continuará describiendo su modo de estar en el mundo:

De hielo es el mundo por fuera / y por dentro en cambio totalmente ardiente / yo vivo sinmi en un verdadero inmenso cráter de volcan / yo soy personalmente quien mas sufro por mis arrebatos / los vivo como tremendas derrotas y al cabo no he avanzado un solo paso / no quiero esos arrebatos. (p. 159)

La situación que se esmera en describir concierne profundamente a su ser; lo dejará plasmado es el siguiente verso para que no quepan dudas:

(...) somos seres de un mundo distinto / el bien y el mal no existen para nosotros / la moralidad de nuestro mundo es casi siempre dulce o agria / o sea a que me sabe una cosa tambien como es esto al tacto que aspecto exterior tiene o como es al oido. (Sellin, 2011, p. 164)

Las características de “su mundo” harán que el sujeto deba necesariamente entregarse a un trabajo que lo compromete en su ser:

(...) cuantas veces he querido yo ferreamente como tu (se dirige a Gisela, otra “muda” con quien mantiene comunicación facilitada) regresar sencillamente a la mudez y a la quietud de nuestro mundo autista libre de falacia y pleno de dignidad / el mundodepersonasnormales es agotador / sin esas simplezas que hacemos y que son normales en nuestros disparatados mundos no puedo vivir. (Sellin, 2011, p. 183)

E insistirá en vincular su estado con la disposición y la entrega a una minuciosa labor constante: “Quizas se pueda describir el estado autista como una búsqueda desesperada de orden y regularidad” (Sellin, 2011, p. 46).

La incomodidad radical del sujeto será una invitación permanente a la acción, el motor mismo de su detallado y meticuloso trabajo. Como declara Birger: “soy un viajero por un mundo sin meta como entre las continuas infinitesimalidades y un paria en sociedad organizada (...) uno tiene que permanecer en terreno sin fondo / (...) quedarse en la noche del miedo (...)” (Sellin, 1997, p. 22). Y especifica el caos en el que se encuentra: “(...) la realidad aparece diciendo algo que no puede interpretar muy bien uno como yo / la realidad se presenta de un modo sencillamente demasiado caótico” (Sellin, 1997, p. 47). El desorden radical que lo sitúa como extranjero en su tierra será a la vez el responsable de la búsqueda incansable de un lugar por parte del sujeto:

(...) hay una realidad de expresión bajo la superficie de muy insulsa realidad (...) yo vivo en esos universos (...) te saludo más allá de la orilla maravillosa / desde el país solitario de pobres caminantes sin meta que buscan perpetuamente que no saben como encontrar un verdadero lugar de descanso (...) uno que vive y que no vive / envío sencillos saludos como a una isla como a un planeta ajeno. (Sellin, 1997, p. 79)

No nos sorprenderá que el sujeto ponga “manos a la obra” a partir de tal situación de ajenidad; su trabajo aparecerá como una operatoria central que le permitirá hacer-se un lugar, garantizarse un modo de permanencia menos intrusivo.

(...) yo desertor de una juiciosa raza de autistas / yo me defiendiendo del autismo / me empeño en ser libre / hago saber a un llamado mundo de los normales que encerrase

en una concha hacerse el muerto apalearse brutalmente a si mismo librar combate contra uno mismo se termina por propia voluntad. (Sellin, 1997, p. 52)

Esta afirmación del sujeto en relación a su “propia voluntad” será para nosotros la confirmación del lugar central que adquiere y le reserva al trabajo propio; supondremos allí la afirmación de que la salida del estado de repliegue en vías de un lazo posible no es sin un trabajo del propio sujeto. Y leeremos allí cierta intencionalidad de lazo. Por nuestra parte, los esfuerzos estarán dirigidos a ensayar un modo posible de concebir ese trabajo singular porque no dudamos de que al sujeto le es indispensable ponerse a trabajar.

(...) uno como yo necesita sus costumbres (...) otra vez me preguntan por las perlas / por que de entre tantísimo solo ven un sencillo juego de un mundo en que colores luz y excepcionales hombres caóticos insulares son lo mas importante.

(...) pronto escribire (...) una explicacion objetiva de por que hace falta dejar caer y balancearse. (Sellin, 1997, p. 76)

El trabajo se impone como algo verdaderamente necesario; esos procedimientos que parecen absurdos actos “dan a la realidad modos de expresion mas suaves” (Sellin, 1997, p. 187).

Sellin (1997) dedica innumerables versos para hacer referencia a lo imprescindible de su labor, entre ellos destacamos los que nos resultan más esclarecedores. Dirá: “(...) yo me esfuerzo personalmente por hacer todo lo posible / por encontrar una salvacion” (p. 162). Si pensamos en esa “salvación” como el resultado de su trabajo singular de invención, entenderemos que está necesariamente precedido por un momento de exploración y búsqueda constante; así lo mencionará él: “(...) uno como el buscador nueveveceslisto birger sigue

caminando / y seguro que descubrirá caminos transitables / una salida para exquisitos divertidos locos” (p. 179).

El trabajo de invención al que el sujeto dedica su vida será para nosotros lo que lo define como tal; la sujeción a y por la invención será, en nuestro ensayo, lo que defina a esta modalidad subjetiva. “(...) El agua busca un camino hacia el mar / birger busca un camino hacia la vida” (Sellin, 1997, p. 187).

Lo ajeno y extraño que el mundo resulta para el sujeto también es mencionado por Kaufman (1981) cuando afirma que al año y medio “Raun era una criatura nueva en tierra extraña” (p. 25) y que esta ajenidad lo empujará a su labor constante para “poder encontrar nuevas formas de comprender el mundo y extraer algún sentido de sus percepciones” (p. 100).

El caos en el que el sujeto está inmerso implicará de tal modo al cuerpo que aquél no tendrá más opción que iniciar un modo de respuesta que garantice cierta consistencia necesaria para su tránsito allí. Y lo hará a partir de una técnica calculada al detalle que fundará un nuevo modo de estar en el mundo, porque “sobrevivir es una técnica; vivir es un arte” (Horstein, 2009).

Donna Williams (2015) nos acerca un vívido relato de cómo su cuerpo padece este desorden a su alrededor y de los esfuerzos que hará para responder a eso con su “ser”; respuesta subjetiva que definirá su posicionamiento.

Yo estaba empezando otra vez a darme bofetadas y a tirarme del pelo. Deseaba desesperadamente salir de mi propio cuerpo, dejarlo ahí para que lo pisotearan, expuesto al uso y al abuso de los invasores. Estaba molesta con este cuerpo físico y con el modo en que me encarcelaba dentro de él, como entre los muros de una prisión impenetrable. Me parecía más que inútil. Gritaba y mis propios oídos quedaban sordos

aunque ningún sonido salía de mí. Rogaba, pero nada sucedía más allá de los labios con los que esbozaba una sonrisa y de la mirada muerta de mis ojos. Tenía cierta capacidad para experimentar cercanía, pero mi miedo intenso e implacable hacía que ésta fuera una especie de remedo de un sueño inalcanzable. Tal era el precio de lo que se podía haber llamado mi autismo. Iba mucho más allá de la descripción simplista de “retraída”. (p. 176)

Lo impropio de la situación que abrumba al sujeto y lo deja como un extranjero en su tierra, a pesar de ser vivido de un modo absolutamente desgarrador no le impedirá destacar su arte y habilidad como aquello que lo define en su singularidad. Ingenio absolutamente artesanal que tendrá las chances de fundar una diferencia constitutiva.

La casa parecía llena de colores y todo parecía moverse con tanta rapidez que no se podía distinguir, aunque yo siempre lograba hacer los movimientos adecuados. Supongo que es como una persona en estado de conmoción que no recuerda cómo lo hace pero reacciona con gran habilidad. Tal vez sea esta la mejor comparación con la situación en la que yo me encontraba la mayor parte del tiempo. (Williams, 2015, p. 51)

Será apelando a esa destreza y habilidad de sus recursos como el sujeto inventará distintas maniobras para hacer uso de su cuerpo. Modos artesanales de modelar una consistencia elemental para hacer uso del mismo. Se tratará entonces de la invención de un cuerpo a partir de una consistencia modelada a su medida. Donna especificará: “Empecé a sentarme, hecha un ovillo, dentro de la alacena. Cerraba los ojos tratando de perder toda

sensación de mi propia existencia, de tal manera que en mi mente pudiera entrar en el mundo de Carol” (Williams, 2015, p. 33).

En estos mundos las categorías de espacio y tiempo se alejarán de las convenciones sociales basadas en un orden simbólico regulador. Aún así, la manera en cómo llegan en algunos casos a funcionar de modo orientativo para el sujeto pone de manifiesto la operatoria de invención del mismo. Sostendremos que el sujeto es aquí quien inventa un modo de concepción singular para estas categorías que en algunos casos se fundamenta a partir del trabajo de asignación de un uso nuevo a determinada materialidad. Pesquisamos que cierta materialidad o la idea de ella funciona como apoyatura y sostén a la hora de aprehender estas categorías.

Hay múltiples referencias a cómo se las arregla el sujeto para pensar el concepto de espacio y de tiempo y para que en cierta medida dichas categorías puedan funcionar como marco regulador. Esto dependerá casi exclusivamente de la inventiva y la originalidad del sujeto, ya que se tratará de un marco de referencia absolutamente singular. Birger Sellin (2011) dirá “que el tiempo reemplaza un poco el marco total eterno centrifugo unidimensional en que vivimos en tanto que seres humanos” (p. 109). En los siguientes términos especificará su percepción del tiempo:

(...) poco se sabe que rumbo llevan nuestros pensamientos si las relaciones de tiempo y lugar son absurdamente inexplicables / yo no logro dividir el tiempo como las gentes llamadas normales / mis puntos de orientacion son banalidades como simplemente las horas de comer y de dormir y las horas de levantarme / el tiempo despedazado no puedo buscarlo / ese tiempo ha sido perpetua e irrecuperablemente extinguido del reino de quien creo el tiempo / yo llamo tiempo despedazado al tiempo que se pone a disposición de cada persona. (p. 197)

Ante su vivencia particular de “estar donde no hay segundos / donde no hay horas / donde el tiempo continuo no apremia / cesan las limitaciones / eternidad unificadora” (Sellin, 1997, p. 177) deberá apelar a sus recursos para de alguna manera ordenar su vivencia del mundo; “(...) un solitario se orienta por la luz y la oscuridad no acepta reloj ninguno el reloj de los solitarios es un llamado sistema visible de claroscuro” (Sellin, 2011, p. 123).

En este punto haremos coincidir a Jacob Barnett (2006) quien pone en marcha su actividad de invención para, con elementos que son de su interés, elaborar un “reloj” original a través de luces y sombras.

El modo en como el sujeto vive “su mundo” se instalará como el motor mismo de su trabajo de invención singular. Henri Bergson (1907) declarará para nuestro apoyo que “lo que hacemos depende de lo que somos; pero es preciso añadir que somos, en cierta medida, lo que hacemos, y que nos creamos continuamente a nosotros mismos” (p.27). Temple Grandin (2006) parece coincidir con esta acepción cuando afirma: “he descubierto que soy “lo que hago” en lugar de “lo que siento” (p. 212). Y su elaboración de todo un sistema complejo, un “sistema de creencias correlativo” (p. 281) será lo que le permite no sólo incorporarse a un espacio de trabajo de manera exitosa sino comprender el mundo que la rodea.

Cuando yo trazaba mi vida en el mundo de los símbolos visuales, no sabía que la mayoría de la gente no vivía dominada por un miedo constante. El miedo alimentaba mis obsesiones, y mi vida giraba alrededor de los intentos de aplacarlo. Recurría cada vez más a símbolos visuales porque creía que podía ahuyentarlo si conseguía entender el significado de mi vida. Llegué al punto de que todo lo que hacía adquiriría un significado simbólico en mi mapa visual. Creía que una comprensión intelectual de los grandes interrogantes filosóficos de la vida acabaría con mi ansiedad (...) mi

mundo de símbolos visuales era muy complejo. Como pensadora visual, sólo podía entender el mundo así. (p. 259)

Esta invención singular deviene central en la vida del sujeto: “nunca habría podido realizar mi trabajo si no hubiese desarrollado un sistema de creencias correlativo” (Grandin, 2006, p. 281).

De manera contundente Grandin (2006) otorgará un lugar central al acto mismo; incluso llega a ubicarlo como el soporte de cierto lazo que logra entablar: “Valoro los resultados positivos y medibles más que las emociones. Mi concepto de lo que constituye una buena persona se basa en lo que hago en lugar de en lo que siento” (p. 274). Sus elecciones le posibilitarán cierto encuentro:

Nunca encajé con los demás, aunque tuve unas cuantas amigas que se interesaban por lo mismo que yo, como esquiar y montar a caballo. La amistad siempre giraba en torno a lo que yo hacía en lugar de a lo que era. (p. 150)

En el marco de nuestros planteos no se tratará de dos cuestiones independientes en la medida en que el acto se nos impone como aquello que define a esta modalidad subjetiva como tal. El concepto de acto definirá para nosotros el estatuto que reviste la operatoria de invención en su conjunto.

Entenderemos, a lo largo de todo este desarrollo, que la implicación en cierto trabajo minucioso, artesanal y permanente será lo que defina a este sujeto como tal. Y este saber-hacer será el verdadero responsable del cambio de estatuto del sujeto; una técnica maestra calculada al detalle que lo sujetará a y por la invención. Escenario maestro entre cuyos

intrincados despliegues de una técnica especializada tendrá lugar el viraje subjetivo que intentamos delimitar.

Judy Barron (1992) cuenta que su hijo “lo único que parecía desear era que lo dejaran en paz para hacer todas las cosas extrañas que se le ocurrían” (p. 64) y advirtió que “sin su interferencia era feliz, parecía completamente enfrascado en lo que quería hacer” (p. 20). En este sentido comentará el avezado proceder de su hijo:

Se apoderaba de una caja entera de “Meccanos”, le quitaba la tapa y tiraba el contenido dentro de su placard. Era evidente que, como casi todo lo que hacía, sus actividades significaban algo para él, aunque yo ni siquiera pudiera imaginar qué estaba haciendo. Nunca trataba de ocultar sus actos, y siempre respondía con furia o con frustración cuando se lo detenía. (p. 52)

Sean mismo especifica el valor que para él reviste su trabajo: “mi atención estaba fija en lo que estaba haciendo en ese momento: estaba cien por ciento concentrado en eso. Lo que ella (su madre) me decía no tenía ningún significado, porque lo que yo quería hacer bloqueaba sus palabras” (Barron, 1992, p. 33). Además, esta experimentada labor singular detentará una clara funcionalidad: “Lo que quería era ser libre, practicar los juegos de repetición que yo mismo me había inventado. Después de todo, no podía fracasar con las cosas que yo había elegido hacer” (Barron, 1992, p. 64).

Esta operación de invención que venimos considerando dará como resultado no sólo un cambio en la función misma del objeto – y por ende en su estatuto todo - sino que además y fundamentalmente posibilitará a partir de su realización un viraje absoluto respecto del estatuto mismo del sujeto. En contraposición a muchos desarrollos teóricos que niegan o invalidan la posibilidad de la existencia subjetiva en los autismos, por nuestra parte

rescataremos una afirmación de Jacques-Alain Miller (1999-2000) en su texto “La invención psicótica” para intentar fundamentar y definir qué decimos cuando hablamos de sujeto o producción subjetiva posible en esta modalidad específica. El estatuto del sujeto que intentamos delimitar deberá entenderse en consonancia con la siguiente afirmación: “*El órgano-lenguaje del sujeto produce un ser hablante, es decir, le otorga el ser, pero al mismo tiempo, le otorga también un tener, su tener esencial que es el cuerpo*” (párr. 46).

Según nuestro planteo, la invención como acto de lenguaje le otorga el *ser* – sujeto autor, actor, artesano y protagonista – pero al mismo tiempo le otorga también un *tener*, su tener esencial que es el cuerpo. Se instalará a partir de aquí todo un trabajo permanente para darse un cuerpo; edificación artesanal, reciclada y a medida de una consistencia tan esencial como fundante.

En la línea de lo que venimos planteando, la función inventada a cierto material escogido por el niño - que en tanto ingresa a ese trabajo empieza a configurarse como algo externo - le otorga el *ser* definido como sujeto autor, inventor, artesano, protagonista y a la vez efecto de dicho trabajo subjetivo de invención. Birger Sellin (1997) podrá, a través de su trabajo de invención, nombrarse a sí mismo como “poeta” y “portavoz” de otros “mudos” – antes de que esta operatoria tuviera lugar se refería a sí mismo como “*unsersinmi*”, “un ser sinyo”, un no ser humano -. En cada autorreferencia el sujeto alude al trabajo incansable que lo define como tal: un “pensadorcontracorriente” (p. 150), “un buscador sin fin” (p. 151). Podremos suponer que el trabajo singular de elaboración es lo que le permite a Sellin (1997) comenzar a nombrarse de otro modo, pero destacaremos que aún cuando el sujeto se define como el “autista de la mas pura cepa” alude a alguna forma de lazo; ésta será para nosotros posible a partir del extenso trabajo que él pone en ejecución. Nos dice: “(...) un autista como sacado de un manual / un autista de la mas pura cepa / autista como uno se lo imagina como

azote de la humanidad autista de primer grado sin arabescos ni adornos / excepto uno / que tengo un amigo” (p. 23).

Como mencionamos en el párrafo anterior, la función inventada a cierto material escogido por el niño le otorga el *ser* definido como sujeto autor, inventor, artesano y protagonista. Con añadidura y en el mismo movimiento otorga un *tener* en tanto es esa misma operación la que - según nuestra hipótesis - comienza a esbozarse como un acto necesario para, entre otras cosas, dotar al cuerpo de cierta consistencia, constituyendo ese tener esencial que es el cuerpo. Operatoria que propondremos considerar como un verdadero *acto de lenguaje* en la medida en que habilita e inaugura un lazo posible con otros.

El acto de invención de Sellin (1997) será el responsable de cierta consistencia corporal que estaba anteriormente ausente: “Anda más erguido, actúa con más aplomo, su mímica es más clara (...) se golpea a sí mismo menos veces y con menos violencia” (p. 236).

Como referimos en el apartado anterior, Sean Barron (1992) realizará un minucioso trabajo con algunos objetos elegidos, labor que parece estar abocada a investigar las profundidades. Avanzará en esta labor al punto de inventarse una forma de medición en la que el elemento utilizado para tal fin es el propio cuerpo. Todo este proceso dotará al cuerpo de una consistencia tal que le permitirá instalarse en ese hacer como una verdadera herramienta al servicio de esa compleja operatoria; el cuerpo entero hará las veces de instrumento de medición.

Es su madre, Judy, quien confirmará que a partir de toda esta minuciosa maniobra calculada al detalle iniciada y ejecutada por el niño – operatoria que entendemos por nuestra parte como un verdadero acto de invención – comienza poco a poco a desvanecerse ese estado de repliegue sobre sí mismo y en ese mismo verano Sean comienza a hablar, en una clara intencionalidad de lazo con otros.

Será una tarea delimitar el estatuto de la mencionada consistencia corporal para determinar si puede ser planteada como algo que requiere de ese trabajo de invención en su carácter de permanente - quizá sea necesario considerar ese sí mismo en interjuego constante con este inventar-se y cada invención como una auto-inventión -. Entendemos que el estatuto que proponemos para el cuerpo debe ser solidario de la idea de sujeto que estamos considerando; en este punto la disposición al trabajo constante y minucioso atravesará ambos conceptos determinándolos.

Donna Williams (2012) explica con una riqueza sin igual su disposición al trabajo de un modo constante para garantizarse cierta consistencia corporal necesaria en su continua búsqueda de un lugar en el mundo.

Consideré el paralelismo entre los cimientos de un edificio y los fundamentos de mis formas de *hacer*. Yo había sido como un castillo de naipes, sin vigas y sin cimientos. Mi tejado caía sobre mí constantemente y las paredes había que reconstruirlas y reforzarlas sin cesar, a falta de estructuras de sostén. Pensé en todas las cosas que no podían entrar en mi casa porque sus cimientos no estaban hechos para soportarlas. Pensé en la falta de ventanas en mi castillo de naipes, y en mi puerta, que siempre estaba abierta o cerrada, pero que carecía de bisagras que permitieran los accesos libres, no estructurados, las entradas y salidas que una casa debería permitir. No tenía chimenea, de modo que mi casa estaba llena de humo y así quedaba mermada mi capacidad para encontrar sentido y conexiones. Pensé en la forma en que “el mundo” llegaba hasta mí a través de las grietas entre las cartas. (p. 153)

Otro de los objetos predilectos de Jacob Barnett (2016) eran unas tarjetas didácticas del abecedario que son presentadas en el relato como algo sobre lo cual el sujeto trabaja y que, además, están a su vez en íntima relación con su cuerpo:

Esas coloridas tarjetas le gustaban más que nada en el mundo, y les tenía tanto apego como otros niños a sus mantas preferidas o a los ositos de peluche (...). Jake las coge cuando sale (del supermercado). Tengo que arrancárselas de las manos para poder ponerle la camisa. ¡Hasta se las lleva a la cama! (p. 15)

Además, un elemento singular será también mencionado como algo que tiene un evidente efecto sobre el cuerpo: “(...) le encantaba el estampado escocés, (...) era la única cosa que le calmaba cuando le dolían los oídos (...)” (Barnett, 2016, p. 29). Conjeturamos que el uso reciclado del objeto es hacedor de cuerpo, de modo constante y radical.

Encontramos en el relato una estrecha relación entre el trabajo que el sujeto realiza con los objetos y el propio cuerpo. Su madre explica los artilugios que él utiliza para procurar a su cuerpo un espacio lo suficientemente enmarcado y seguro y cómo esto mismo le permitirá cierto tratamiento particular de algunos objetos:

Al igual que muchos niños autistas, a Jake le gustaba estar en pequeños espacios cerrados. La parte inferior de su armario era su lugar preferido para poner en fila sus cochecitos de juguete. Cuanto más pequeños eran los rincones, mucho mejor. A menudo se metía en el estante inferior del mueble que teníamos en el cuarto de estar, o en uno de los pequeños contenedores de plástico donde guardábamos los juguetes (...) o encima de unas toallas en un pequeño cesto de la ropa. (Barnett, 2016, p. 51)

Supondremos una primera operación de invención allí cuando Temple Grandin (2006) le asigna un uso reciclado, inédito a un objeto de su interés – la manga de manejo de ganado – que consiste principalmente en la aplicación de este artefacto sobre su propio cuerpo. Es con esta operación como punto de partida que le será posible “inventarse” un cuerpo, otorgándole a éste una consistencia que está ausente antes de su invención. A su vez, esta invención *de* cuerpo – invención de una modalidad del “tener” – le permitirá a Grandin desarrollar y extender toda su labor de invención, proliferación que le permitirá de alguna manera instalarse socialmente ya que dedicará su vida entera a la creación de sistemas para mejorar el tratamiento y traslado del ganado. Entenderemos que a partir de una invención inicial que “hace cuerpo” le será posible al sujeto desplegar su enorme operatoria de invención que se verá multiplicada en cada espacio que el mismo decida transitar haciendo posible de este modo un nuevo habitar.

Ella misma nos relatará cómo, a partir de la asignación de un uso nuevo a la manga de manejo de ganado, logra cierta consistencia corporal que modifica su modo de estar en el mundo. Este uso reciclado modificará también el nombre de dicho objeto; a partir de este nuevo estatuto en el que se convierte en una verdadera herramienta para el sujeto pasará a denominarse “máquina de abrazar” confirmándonos una vez más que ese uso nuevo concierne al cuerpo del sujeto. El cambio de nominación será solidario de ese cambio de estatuto para el objeto.

Desde siempre recuerdo que he odiado que me abrazaran. Aunque deseaba experimentar esa agradable sensación, me abrumaba demasiado. Era como si me cubriera una gran ola de estimulación, y reaccionaba como un animal salvaje. En cuanto alguien me tocaba, necesitaba huir, se me fundían los plomos. Sentía una sobrecarga y tenía que escapar, a menudo con brusquedad. (Grandin, 2006, p. 91)

Esa primera operación de invención no será sin una etapa previa de investigación por parte del sujeto; como si se dispusiera a probar ese uso reciclado hasta dar con el elemento indicado al cual aplicárselo. Una vez establecido esto el sujeto habrá modificado su estatuto todo.

Yo era de las que buscaba presión. A los seis años me envolvía en mantas y me metía debajo de los cojines del sofá, porque la presión me relajaba. En primaria me pasaba horas soñando que construía un aparato que me presionaba el cuerpo. Visualizaba una caja con una funda inflable en la que podía tumbarme. Era como estar totalmente encajonada entre colchonetas.

Después de visitar el rancho de mi tía en Arizona, se me ocurrió la idea de construir un aparato así, inspirándome en la manga de manejo de ganado que allí vi por primera vez. (...) me fijé en que algunas reses se relajaban al verse comprimidas entre los paneles laterales. Ésa debió ser la primera vez que me identifiqué con las vacas, porque pocos días después, tras un intenso ataque de pánico, me metí dentro de la manga. (...) Durante una hora, más o menos, estuve tranquila y serena. Mi constante ansiedad había disminuido. Fue la primera vez que me sentí realmente a gusto con mi cuerpo. (Grandin, 2006, p. 91)

Y continuará especificando su invención singular en los siguientes términos:

(...) construí con paneles de contrachapado, inspirándome en la manga de manejo, la primera máquina de abrazar del mundo. Entraba en la máquina a cuatro patas y luego me aplicaba la presión a ambos lados del cuerpo.

Con el paso de los años mejoré el diseño de mi máquina. La versión más avanzada tiene dos paneles blandos rellenos de espuma que ejercen presión a ambos lados del cuerpo y una abertura acolchada que me rodea el cuello. Gradúo el nivel de presión accionando una palanca de una válvula de aire que desplaza los paneles para comprimirme el cuerpo. Puedo controlar con precisión la cantidad de presión que recibo. Lo más relajante es aumentarla y reducirla poco a poco. El uso diario de la máquina de abrazar me alivia la ansiedad y me ayuda a distenderme.

De joven prefería una presión intensa, casi hasta el punto de hacerme daño. (...) Cuando aprendí a soportar la presión, modifiqué la máquina para que fuera más suave y delicada. (Grandin, 2006, p. 92)

El sujeto mismo distinguirá a través de su relato un antes y un después de dicha operación de invención; especificará que a partir de allí le fue posible “tener” un cuerpo como nunca antes, incluso confirmará que comenzó a “ser capaz de soportar contactos físicos breves, como una palmada en el hombro o un apretón de manos” (Grandin, 1997, p. 97). Sospechamos que a partir de esta operación de invención como punto de partida al sujeto le será posible transitar los distintos espacios sociales que va eligiendo en su vida. Tal como Temple nos relata, a partir de esta operatoria singular se instalará su pregunta de tesis que la impulsará a continuar sus estudios de Posgrado. Allí cuando están dadas las condiciones al sujeto le será posible propagar su trabajo singular multiplicándolo para habitar cada espacio de su interés. Temple reflexiona: “(...) creo que entiendo al ganado gracias a mi autismo. Al fin y al cabo, si no me hubiese aplicado yo misma la manga de manejo, es posible que nunca me hubiese planteado cómo afectaba al ganado” (Grandin, 2006, p. 152).

La operación de invención, tal como la entendemos, será siempre apertura a nuevas escenas; construcción de un cuerpo consistente dispuesto al intercambio con otros.

Algunas personas encontraban sospechosa mi máquina, pero a mí me servía para dos cosas: primero, me proporcionaba estimulación y confinamiento, lo cual me ayudaba a relajarme; segundo, constituía un entorno tibio, suave y confortable que me ayudaba a recibir y brindar afecto. (...) Cada una de las mejoras carcome un poco más mi muro de evitación táctil. (Grandin, 1997, p. 117)

En este sentido, la invención como acto supondrá la creación de lazos y espacios de intercambio que son en sí mismos apertura de nuevos horizontes para el sujeto.

Muchas veces, mientras estaba en la máquina de apretar, experimentaba sensaciones placenteras y pensaba en el amor. Cuando era niña quería tener un cuartito de un metro de ancho por un metro de alto. La máquina de apretar que construí era ese cuartito secreto y codiciado de los sueños de mi niñez. A veces temía que la máquina llegara a dominarme y no pudiera sobrevivir sin ella. Luego me di cuenta de que era sólo un dispositivo de contención hecho con sobrantes de madera terciada. (...) Cuando estaba en la máquina me sentía más cerca de personas como mi madre, el señor Peters, el señor Brooks, el señor Carlock y mi tía Ann. Aunque era sólo un aparato mecánico, atravesó mi barrera de evitación táctil y pude percibir el amor y la preocupación de esas personas y fui capaz de expresar mis sentimientos hacia mí y hacia los demás. Era como si una puerta plegadiza hubiera sido abierta, revelando mis emociones. (...) El aparato no sólo me permitía expresar mis sentimientos sino que, como sólo recurría a la relajación / estimulación después de haber completado mis tareas escolares, me servía también como incentivo. (Grandin, 1997, p. 89)

La atribución de “su” invento a sí misma, esa especie de “patente de invención”, brindará al sujeto el soporte necesario para iniciar un lazo, pero esta vez como autor e inventor. “Finalmente llegué a un punto en el que pensaba en mi máquina con placer y afecto. Esto me permitió tener una actitud más amistosa hacia otras personas. Incluso comencé a referirme a *mi* aparato” (Grandin, 1997, p. 109). Una vez que el sujeto se sabe autor, creador de su herramienta podrá fundamentar su relevancia:

(...) el uso de la máquina no podía ser perjudicial. En la universidad yo estaba haciendo grandes progresos en lo que respecta a la comunicación con la gente. Esta mejora en mi relación con los demás la atribuí a mi calumniada máquina de apretar. La máquina me permitió aprender a ser amable, a sentir empatía, a saber que gentileza no es sinónimo de debilidad. Estaba aprendiendo a sentir. (Grandin, 1997, p. 96)

Grandin (2006) también menciona en su libro las invenciones de otros sujetos para arreglárselas con su cuerpo. Operaciones que pueden entenderse, siguiendo a Jacques-Alain Miller (1999-2000), como invenciones mínimas, aunque que por nuestra parte preferiremos considerarlas como los inicios de una operatoria más amplia. En estos términos refiere lo que será para nosotros una primera operación de invención:

Tom (Mc Kean) lleva correas de reloj muy ajustadas en las dos muñecas. Las aprieta al máximo, sin llegar a cortar la circulación de la sangre. También diseñó un traje de presión, un traje de neopreno con un chaleco salvavidas inflable en el interior. Puede graduar la presión soplando aire por la válvula del chaleco. (Grandin, 2006, p. 94)

Cuando hablamos de *sujeto* en los autismos aludimos al efecto de un trabajo de producción subjetiva que definimos en lo esencial como una operación de invención a la que entendemos como fundante, constante, artesanal y permanente. Sostendremos que dicha operación se centrará en la invención por parte del sujeto de una nueva función, un nuevo uso que denominamos *reciclado* para cierto material. A partir de aquí éste comenzará a delimitarse como elemento externo, siendo además el soporte mismo de toda esta labor. Una vez que adquiere esta función inventada por el niño se pondrá en íntima relación con su cuerpo otorgándole a éste una consistencia que nos invita a pensar en un tener un cuerpo, contrariamente a lo que suele afirmarse respecto de estos casos.

Los autistas a veces tienen dificultades con los límites de su cuerpo. Son incapaces de determinar por el tacto dónde acaba su cuerpo y dónde empieza la silla en la que están sentados o el objeto que sostienen con una mano (...). Las partes del aparato que retenían al animal parecían una continuación de mi propio cuerpo (...). (Grandin, 2006, p. 50)

Allí cuando el sujeto le invente y asigne esa nueva función, en ese mismo acto, dicho material podrá distanciarse lo suficiente para diferenciarse y erigirse en instrumento o herramienta que no sólo convendrá sino que *servirá* a ese cuerpo en singular.

Kamram Nazeer (2008) usaba para consolarse en algunas situaciones que lo incomodaban, una pinza cocodrilo en el bolsillo. Hacía de ella un uso que le facilitaba muchas veces el contacto con otros. Lo explica así: “jugueteo con ella para tener algo en qué concentrarme mientras hago una cosa más difícil, como explicar a una amiga por qué no le devolví una llamada” (p. 44).

Este objeto que llevaba consigo a todas partes tendrá para él un efecto pacificador permitiéndole transitar ciertos espacios sociales. Nos cuenta en detalle y con un ejemplo el uso que de ella hacía:

La abrí y la cerré. La abrí y la dejé abierta. Metí el dedo entre las fauces y la solté. Saqué el dedo y me la puse un momento en la mano. La pinza de la ropa era un recurso de coherencia local. Me concentraba en lo que hacía con la pinza y todo lo demás pasaba a un segundo plano. No tenía que preocuparme por la manera de estar en la fiesta. Podía tomarme un descanso concentrándome en la pinza, cosa mucho más fácil de entender y manipular. (Nazeer, 2008, p. 124)

En otros casos el uso que el sujeto elige hacer de cierto objeto implica al cuerpo lastimándolo, muchas veces al extremo de la automutilación. El relato sobre André nos ejemplifica al respecto:

Era dolorosamente tímido, y digo dolorosamente en sentido literal, porque solía jugar con clips, los desdoblaba, se introducía la punta debajo de la uña y no se la sacaba hasta terminar la frase que estuviera diciendo. (...) Así se concentraba mejor, o bien, lo hacía mecánicamente, a propósito; decía que al clavárselo, las palabras le salían de la boca. (Nazeer, 2008, p. 21)

En este punto, insistiremos en que dicha operación de invención se verifica en tanto inaugura una forma posible de lazo – a la que entenderemos como una modalidad discursiva original - y el instrumento mismo se confirma como tal en la medida en que posibilita otro

armado y consistencia corporal presto a iniciar nuevas exploraciones, investigaciones, nuevas escenas.

André se dedicaba a la confección de marionetas, objeto éste que oficiaba de sostén para sus conversaciones, incluso para aquellas que sostenía telefónicamente (Nazeer, 2008). Las llevaba al club de ajedrez que frecuentaba, en tanto herramienta que posibilitaba cierta vida social. En este sentido, el trabajo que el sujeto realiza con las marionetas se nos impone como respuesta singular para vérselas con el lenguaje. Además, advertimos en el relato la idea del lenguaje como actuación que nos servirá de fundamento a nuestro planteo acerca de la invención como acto de lenguaje. Kamram Nazeer (2008) explica la situación de André del siguiente modo:

(...) seguía resultándole difícil dominar un sistema dinámico, el del habla o conversación. Posiblemente las marionetas le ayudaran a multiplicar su capacidad de intervención, a falta de algo mejor. En vez de adaptarse sin salirse del sistema, había encontrado una forma de aumentar el número de situaciones en las que podía actuar.
(p. 31)

Esta modalidad discursiva original con este objeto como soporte implicaba, tal como suponemos, ciertas reglas, lógica y dinámicas propias.

Y así, cuando no entendía del todo lo que decía otra persona, cuando no era capaz de explicarse adecuadamente o necesitaba demasiado tiempo para hacerlo, dejaba literalmente de ser él, repudiaba las obligaciones del papel que estaba desempeñando y adoptaba otro. Además, a través de las marionetas podía ser irónico, por ejemplo. Cuando quería hacer un comentario irónico, utilizaba una marioneta. De esa forma, no

decía nada que no fuera verdad literalmente o que contradijera un comentario suyo anterior; eso lo hacía la marioneta. (Nazeer, 2008, p. 31)

Donna Williams (2015) también nos acercará a través de su relato un modo de lazo que ella misma planteará como superador, en tanto logra comunicarse con algunas personas en un momento en que esto era impensado. Esta modalidad de intercambio no estará exenta de reglas específicas que se impondrán como fundamentales e ineludibles, así como de un objeto o material particularmente elegido que oficiará de mediador.

Me encantaba leer el directorio telefónico. Había aprendido a hacer llamadas sin costo desde la cabina telefónica que había en la esquina y repasaba sistemáticamente la lista de teléfonos, llamando al primer nombre y al último de cada letra. Les explicaba que eran la primera A, la última B, etc. En ocasiones me colgaban, a veces me regañaban, pero como todo lo que yo hacía, una vez que lo empezaba lo tenía que acabar. Lo importante era que había pasado de los objetos a comunicarme con las personas. La cabina telefónica era mi salón de clase convenientemente impersonal. (...) Mi fascinación por los libros de direcciones adquirió una nueva dimensión. Estaba avanzando desde las cosas hacia la comunicación y el apego. (p. 59)

El trabajo que despliega Fabián, un niño de 8 años, nos permitirá continuar con nuestras elaboraciones. Advertimos que elegía, casi como carta de presentación, irrumpir en los espacios con un grito ensordecedor que tornaba verdaderamente difícil la permanencia a su lado. Este modo de transitar los espacios fue variando y su grito cediendo en la medida en que empezaba a encontrar poco a poco lugares y elementos que lo convocaban; mostraba un creciente afán de “pedir” aquello que quería o le interesaba.

Comenzó a desplegar toda una serie de ademanes, gestos y mímicas para “solicitar” el objeto que lo convocaba o la actividad que elegía realizar, sin abandonar el mutismo que parecía decidido a mantener. Aunque sostenerlo parecía tornársele cada vez más complicado. Cuando los adultos nos mostrábamos desorientados, no comprendiendo lo que “decía”, el niño insistía con gestos y ademanes más visibles intentando hacerse entender; recurría a la exageración involucrando su cuerpo entero. Apretaba fuerte sus labios como para que no se le escapara ninguna palabra, y hacía un despliegue corporal representando lo que quería en el momento.

Cuando sostuvimos en el tiempo esa “incomprensión” de sus solicitudes, a Fabián no le quedó más opción que empezar a soltar su voz en su afán por conseguir lo que se proponía. Comenzó a hacerlo, aunque de un modo muy peculiar. Parecía haber aceptado “usar” su voz con variaciones en el tono y, además, con un soporte material como condición para cederla.

Empezó a asistir a la institución acompañado de un muñequito de tela, similar a un almohadón, al que presentó como “Frigi”. Cualquier cosa que Fabián solicitara nos sería comunicado por “Frigi”; del mismo modo debíamos remitirnos al muñeco para decirle lo que queríamos decir a Fabián. Usaba ese almohadón para decir o actuar lo que quería, refiriéndose a sí mismo en tercera persona. La presencia de este soporte material se tornó condición para que Fabián pudiera usar su voz, aunque notoriamente modificada.

Con el paso del tiempo, en el frenesí de las conversaciones y de la búsqueda y el interés creciente por cada vez más diversidad de temas – principalmente animales, pero de manera más general Fabián parecía estar recuperando el tiempo de mutismo, no cesaba de proponer temas de conversación y preguntar sobre los contenidos más diversos; un evidente deseo de aprender se fue instalando, cuestión que nos permitiría más adelante la aventura de una integración escolar – comenzó a olvidarse por momentos de la utilización del almohadón.

El muñeco muchas veces entorpecía la manipulación de otros objetos razón por la cual poco a poco su deseo de saber fue prescindiendo del soporte material a partir del cual lo advertimos.

Cuando notaba que había olvidado asir el almohadón para alzar la voz, levantaba rápidamente su mano o el dedo índice y lo movía al compás de sus palabras, como mostrándonos que aún requería de cierto soporte material, aunque ya soslayado, para que su voz pudiera circular.

El ser y el tener que definirían al sujeto posible que intentamos delimitar viene a constituirse cada vez en este trabajo de invención fundante, constante, artesanal y permanente. ¿Por qué permanente? Si consideramos a este sujeto como un trabajador e investigador incansable y a su vez acordamos con la idea de la existencia de tal trabajo de invención que lo tiene como protagonista, nos veremos llevados a suponer que el mismo se pone en ejecución, se despliega y se multiplica en cada espacio que el sujeto transita y del cual se apropia para habitar de un modo novedoso y conveniente. De ahí la insistencia en su carácter permanente.

Cuando el sujeto no cuenta con los discursos establecidos se ve obligado a erigirse en un incansable y permanente trabajador. El relato de cada uno de los testimonios que recorreremos no es más que un recorte en la historización de todo ese trabajo que está destinado a propiciar – propiciar-se - un lugar para el sujeto. Alguien como Birger Sellin (2011) “busca desesperado su lugar en esta vida, quiere dejar de ser un dentrode mi, esa es la meta que se ha propuesto vislumbrando orillas” (p. 65). Explicará en “su lenguaje para idiotas” lo que implica no disponer de los discursos comunes, los discursos establecidos:

(...) como va a saber uno como funcionan las cosas si lo han excluido de la sociedad las palabras verdaderamente importantes no las conoce (...) en total soledad el se

pone sencillamente a inventar a maravilla sus propias explicaciones respuestas totalmente absurdas primitivas basura a espuestas. (p. 68)

Todos los sujetos tendrán la tarea de encontrar para qué sirve el lenguaje, encontrarle una función; se trata de una tarea que implicará a cada uno. Las diferencias en esta operatoria – respuestas al traumatismo de *lalengua* - traducirán la disponibilidad o no de los discursos típicos. Cuando ellos no estén disponibles el sujeto quedará irremediamente sujetado a la invención.

(...) desgraciadamente nadie imagina que trabajo cuesta transformar lo asocial en social transformar cambiar férreamente algo sin sentido en algo pleno de sentido requiere mas energia de lo que vosotros podeis echar claramente de ver / un proceso asi se espera realmente de todos en todo momento pero nadie pregunta como es de dificil yo cobarde me esfuerzo por tener una vez éxito de verdad. (Sellin, 2011, p. 121)

Donna coincidirá en este punto al definir al autismo como “una forma de dar sentido a las cosas” (Williams, 2012, p. 232), observación que viene a destacar el trabajo incesante y radical que le tocará protagonizar. En relación a éste mencionará dos personajes de su invención que tendrán a su cargo funciones fundamentales y no desconocerá que arreglárselas para encontrar un modo de respuesta al traumatismo de *lalengua* es algo que implica a todos:

En el interior de todos nosotros existen mecanismos de lucha y escape para la supervivencia. Willie era la personificación de mi respuesta a los miedos exteriores – era mi respuesta de lucha. Carol personificaba mi respuesta de escape – huir de los

temores que sentía como provenientes del interior de mi misma, del miedo a la emoción. (Williams, 2015, p. 172)

De manera detallada en varios pasajes de su narración especificará el rol central que desempeña su invención y el punto de inflexión que supondrá en su vida, al punto de situarla como una operación favorecedora del aprendizaje y el lazo social:

Irónicamente, la autocomplacencia de mi madre en su propio mundo y su rechazo del mío me proporcionaron la soledad y la intimidad que me permitieron estudiar y enseñarme cosas a mí misma: mis personajes. De otro modo es posible que nunca hubiera sido capaz de desarrollar mi intelecto a través del personaje de Willie, y una habilidad para comunicarme a través del personaje de Carol. Fueron estos dos mecanismos los que me ayudaron a vivir independientemente y me salvaron de vivir en una institución. (Williams, 2015, p. 226)

Podremos suponer que las sucesivas operaciones de invención consolidadas con su apoyatura en los objetos son las que permiten ir configurando el cuerpo, o mejor, la consistencia misma del cuerpo, como algo del orden de la maquinización. Williams (2015) también hará referencia con una precisión sin igual a los artilugios que pone en escena para darse un cuerpo con distintos materiales al modo de aparejos:

Abrí mi viejo cofre y saqué mis encajes, mis campanas y mis botones. Día sí, día no, me sentaba durante horas a mirarlos y a ordenarlos, después los desordenaba y los volvía a ordenar. Me estaba dando un baño en la libertad de ser yo. Tenía un sólido sentido del hogar y de pertenencia dentro de mi propio cuerpo. Ya no me maltrataría

más. Ya no iba a permitirle a nadie más que me maltratara. No iba a permitir que me empujaran más allá de lo que era capaz de experimentar con el yo intacto. (pp. 217-218)

Al no saber de “un modo constante dónde estaba su cuerpo en el espacio” intentaba comprobarlo mediante su “reflejo, dándose palmadas o fijándose en las reacciones de otra persona” (Williams, 2015, p. 267). También le gustaba “llevar campanillas, porque con ellas siempre podía oír dónde estaba” (Williams, 2015, p. 267). Además, “cepillaba mi cuerpo, aunque se me saltaran las lágrimas, a pesar de la sensación de que carecía de vida, a pesar de que era triste comprender que me pertenecía por mucho que yo sintiera que no” (Williams, 2015, p. 269). Y todos estos esfuerzos confluirán en una extensa maniobra minuciosamente calculada al detalle que le permitirá delimitar artesanalmente una consistencia anteriormente ausente permitiéndole de este modo un uso nuevo del cuerpo:

Poco a poco había empezado a distinguir la temperatura mejor que antes. Ahora apartaba la mano del agua caliente y sentía un escozor que se llamaba *quemarse*, cuando me salpicaba con agua hirviendo. Podía soportar abrazarme a mí misma y había empezado a tocarme, de un modo básico, con algunas personas especiales. Estaba consiguiendo darme cuenta mejor de cuándo tenía que ir al lavabo, sin estar a punto de estallar. (Williams, 2015, p. 269)

De alguna manera Williams (2015) enlazará el origen de sus invenciones a ciertos objetos, en concordancia con lo que venimos proponiendo; convalidando de alguna manera que los objetos tienen algo que ver en el origen del asunto.

Escribir el libro hizo que mi control sobre *mi mundo* fuera frágil, quebradizo, al haberlo dejado tan expuesto. Poco a poco iba habiendo menos y menos cosas en las que poder refugiarme. Al haber renunciado a Carol y a Willie, todo lo que quedaba eran cosas, un mundo de objetos. Éste era el mundo por el que yo había empezado. Era el lugar que existía antes de la creación de aquellos personajes. (pp. 87-88)

Allí cuando este meticuloso trabajo esté ausente la vivencia del cuerpo aparecerá para el sujeto como algo del orden de lo fragmentado, insoportable y abrumador. De este modo lo narrará Williams (2015) con su particular e insuperable claridad:

Si tocaba mi pierna, sentía sólo en mi mano o en mi pierna, pero no en ambos al mismo tiempo. Mi percepción de todo el cuerpo era por pedazos. Yo era un brazo o una pierna o una nariz. A veces, una parte podía estar muy presente, pero el pedazo al que iba unido lo sentía tan de madera como si fuera la pata de una mesa, igual de muerto. La única diferencia era la textura y la temperatura. (p. 268)

De igual manera, Birger Sellin (2011) hará referencia a su cuerpo como algo indomeñable allí cuando no esté disponible su recurso a la escritura:

el miedo se apodera de mi sencillamente primero tengo una sensación curiosa en la zona del estómago luego el miedo se incorpora arteralmente como una fiera maligna contra todo el cuerpo. Y entonces tiene que gritar, pues un pobre birger no conoce otra manera de arrancarse el miedo del alma. (p. 69)

Grandin (2006) por su parte aludirá a su falta de consistencia corporal y dejará entrever que este desasosiego funcionó de alguna manera como el motor mismo de su trabajo singular.

Llegué a la pubertad a los 14 años, y con ella a los ataques de nervios. Empecé a vivir en un continuo estado de pánico escénico, un estado similar al que se experimenta cuando uno tiene su primera entrevista importante para un trabajo o debe hablar en público (...) la ansiedad se apoderaba de mí sin ninguna razón (...). Cuando se me pasaba la ansiedad, tenía ataques de colitis o unas migrañas terribles.

(...) La ansiedad alimentaba mis obsesiones y también me motivaba. Es probable que nunca me hubiera puesto a trabajar por mi cuenta ni me hubiera interesado por el bienestar de los animales si no me hubiese impulsado la sobreexcitación (...). Consideraba los ataques de pánico una especie de señal de que había llegado el momento de avanzar hacia la siguiente puerta y de dar un nuevo paso en mi vida (...). Los ataques de ansiedad más leves me inducían a escribir páginas y páginas en mi diario (...). (p. 167)

Sea como fuere, a partir de que el sujeto escoge un elemento como privilegiado entre otros valiéndose del mismo, algún cambio o trasmutación ya se verifica, instituyendo a esa elección primordial como el inicio de todo un trabajo posible. En primera instancia, en relación a la puesta en juego del cuerpo allí, y de manera más general podremos situar una modificación que atañe a toda su forma de presentarse, al posicionamiento subjetivo en su conjunto. Supondremos que algo allí se inscribe a partir de este trabajo original con el objeto.

El uso que Sellin (2011) le imparte a sus “perlas” – una actividad consistente en “dejar caer” de un modo peculiar y con un ritmo también particular – se instalará como

trabajo distintivo del sujeto que le permitirá, a partir de allí, la elaboración de lo que definirá como un “sistema”. Una serie de preguntas que denomina “sistema para idiotas” y que será, en este relato, la antesala de lo que es presentado como verdadera invención del sujeto: “un lenguaje para idiotas” con una gramática particular y una forma de escritura también original, privada de cualquier tilde y signo de puntuación.

Él mismo explica la creación de este sistema y el papel que juega en este proceso fundante su preciado objeto; nuevamente se detallará la injerencia del elemento escogido en el origen del trabajo de invención del sujeto.

(...) yo aseguro las heladas etapas del día confeccionando un llamado catalogo ferreo e importante de preguntas en serie un sistema para idiotas emanado asi del miedo. De esos “sistemas para idiotas” forman tambien parte las canicas de cristal, para birger un mundo lleno de simbolismo. Ellos (los sistemas) procuran conocimientos del mundo de las personas sin valor social en la vida (...). El dejar caer las bolitas es una estereotipia que pone en un estado de autentica embriaguez yo solo repito de modo visible lo que la soledad produce de modo invisible. (...) una cosmovision desde la perspectiva de los autistas es como un barco que se hunde e inventa locuras para no notarlo yo soy el primer oficial de ese barco y mis locuras tienen autentica magnitud autocreativa de pasota. (Sellin, 2011, p. 69)

Creemos encontrar en declaraciones de este calibre ciertos elementos dispuestos a ratificar los argumentos desplegados en el presente ensayo.

El sujeto “repite de modo visible”, es decir, pone en acto un trabajo con el objeto singularmente escogido como un modo de inventar alguna “locura” que lo rescate de esa sensación de hundimiento que describirá con la analogía del barco, con el objetivo de

minimizar ese miedo que lo apabulla. Esos sistemas creados serán, según nos dice, los encargados de brindar algún tipo de conocimiento acerca de su modo de estar en el mundo. Además, esta modalidad de invención es “autocreativa” según él mismo declara; es en sí misma – y cómo no serlo – productora de sujeto.

El sujeto allí inventa, o mejor, se-inventa artesanalmente. Deslinda, a partir de la puesta en escena de un acto semejante, un lugar para él procurándose de este modo la consistencia necesaria que el “tener” supone. Como un verdadero pionero se erigirá a partir de aquí en causante y autor de su “ser”.

Birger mismo describirá, con “su lenguaje” como recurso, la manera en que concibe su trabajo singular, aquél que le permitirá dejar de pensarse y nombrarse como un ser inferior, no humano, un “sinmi” para comenzar a referirse a sí mismo como un verdadero “poeta” y además “portavoz” de ese colectivo de los “mudos” y “solitarios”.

Una palabra pronunciada o escrita es como un monumento y visible para todos los hombres / yo quiero erigir esos monumentos / hacer surgir como un escultor de bloques de piedras grandiosas escenas / yo quiero esculpir un bloque así / los temas son bloques sin labrar que descansan en mi mundo. (Sellin, 2011, p. 167)

Explica su proceso de invención de poesías a partir analogías con ciertos materiales: “(...) trituro las palabras que asemejan microscopicos granos de arena / por verdadera poesia entiendo yo la busqueda de la primera expresion sencilla y singular mediante la estética (...)” (Sellin, 2011, p. 162). Nos confirmará una y otra vez su trabajo de invención: “(...) hasta los libros científicos los leo enteros en poquísimo tiempo pero invento mucho tambien incluso cuentos y poesias” (Sellin, 2011, p. 99). Aunque no será sin un esfuerzo supremo de su parte: “(...) ese unico y ferreo solitario se esfuerza por inventar una primera unica férrea valiosa

poesía conceptual” (Sellin, 2011, p. 108), “(...) yo sinyo soy un esclavo de la prodigio fuerza del miedo” (Sellin, 2011, p. 190) “el sersinsimismo del reino de las oscuras figuras” (Sellin, 2011, p. 65).

Su saber-hacer versos y poesías le permitirá a Birger referirse a sí mismo en otros términos, como un auténtico trovador: “yo compongo versos directamente como otros poetas como otras personas pensantes reales (...)” (Sellin, 2011, p. 140), “(...) transformo eficazmente un sufrimiento en arte (...)” (Sellin, 2011, p. 160) y a partir de esto “estoy al servicio de otros autistas como su portavoz ordinario” (Sellin, 2011, p. 66). Poco a poco el sujeto se irá corriendo del lugar de “no humano” para comenzar a situarse del lado de las artes porque “sobrevivir es una técnica; vivir es un arte” (Horstein, 2009). A partir de ahora será un poeta que nos regalará sus versos para que conozcamos de qué va su mundo: “(...) como un poeta volvere a tomar partes de una experiencia lo cambiare y le dare una forma que refleje las verdades generales de los llamados solitarios seres de este mundo” (Sellin, 2011, p. 121). Y lo que revestirá mayor relevancia para nuestros argumentos: ya no estará solo en esta nueva empresa: “(...) queremos ser una nueva generacion de mudos / un tropel con canciones y canticos nuevos / como hasta hoy nunca oyeran los que hablan / jamas encuentre un mudo entre todos los poetas / queremos ser por eso los primeros (...)” (Sellin, 2011, p. 187).

A este trabajo de invención del sujeto con el objeto como soporte lo entenderemos, según ya hemos adelantado, como una primera operación de invención. Matriz o primera invención a partir de la cual se establecerán las bases para que esa operación fundante pueda ir trasladándose a otras y múltiples áreas. Esto mismo nos llevará a considerar la posibilidad de la existencia del cuerpo en situación de invención permanente, interrogando de este modo a una serie de desarrollos teóricos que afirman la inexistencia del cuerpo en los autismos, argumentando a partir de los postulados del Psicoanálisis acerca de la constitución del cuerpo en las neurosis.

El sujeto inventa a partir de un saber-hacer con los objetos de su elección, al modo de una técnica artesanal, constituyéndose -inventándose- como efecto de ese mismo trabajo en la medida en que el Otro no existe. En este punto la técnica no podrá deslindarse de la figura misma del técnico, quedando enlazada indefectiblemente a la cuestión del “ser” (Ortega y Gasset, 1965). “El Otro no existe quiere decir que el sujeto está condicionado a devenir inventor, es empujado a instrumentalizar el lenguaje” (Lacan, 1975). Debemos comprender el concepto de *invención* ligado a la noción lacaniana del Otro que no existe (Lacan, 1972).

Esta idea de la instrumentalización del lenguaje será una cuestión central para nuestro planteo acerca de la posibilidad de un “discurso material” en los autismos; modalidad discursiva original que se pondrá en ejecución a partir del despliegue de trabajo con un objeto o material que hará las veces de soporte. Sostendremos que a partir de la puesta en juego de un saber-hacer con el objeto, técnica que hace de éste un instrumento, se establecerá una compleja operatoria que, fundando un nuevo estatuto para el sujeto, dará lugar – las más de las veces y allí cuando se propicie su desarrollo y ejecución – a una forma de lazo singular que nos invita a pensar en un “discurso material”; modalidad de intercambio cuya base y fundamento se alzarán sobre una materialidad particularmente seleccionada.

En esta línea debe entenderse nuestro supuesto acerca de que hay en los autismos un sujeto posible en tanto el mismo *se* inventa su *ser* - erigiéndose a partir de esto como inventor - y también su *tener* esencial que es el cuerpo - en tanto le fabrica cierta consistencia a su medida -. El sujeto, artesano de su ser, se inscribirá a partir de aquí en el dominio de las artes, enlazando para siempre su ser a la técnica frente a la cual se revela como un experto. El utensilio que inventa será un suplemento inexorable del artesano (Ortega y Gasset, 1965), enlazado a partir de aquí a su viraje radical, incluso encausándolo.

Este saber-hacer, en tanto técnica meticulosa y especializada, se constituirá en la sede de este modo de producción subjetiva en la medida en que a partir de su despliegue y

realización podremos asistir a un cambio radical en su modo de presentarse, de circular y transitar los diferentes espacios.

Kaufman (1981) nos detallará la especialidad de su hijo, un *hacer* que contradice la imagen de niño replegado sobre sí mismo, sin interés ni conexión con la realidad. El sujeto pone en escena un acto frente al cual no podemos más que considerarlo como un verdadero experto.

Lo mirábamos durante horas mientras giraba en el piso de la cocina, y hacía girar a todos los objetos redondos. Los platos, las tapas y las fuentes. Las ollas y las pelotas. Esa vez, descubrió una caja de zapatos, rectangular. La levantó del suelo y la tuvo en sus manos unos veinte minutos. No se movió...la acariciaba de vez en cuando, tocando el cartón con los dedos mientras paseaba los ojos por los bordes. Entonces, de repente, puso una de las puntas en el suelo, la equilibró con su mano izquierda y la hizo girar con la derecha. No hubo prueba ni error. Había utilizado su mente analíticamente y con gran sofisticación para obtener lo que quería. Antes de moverse o de probar una vez, había analizado el potencial de la caja como objeto giratorio. Sólo tenía diecisiete meses. Increíble, asombroso y diestro. Una forma de comportamiento que daba a entender el vasto campo de inteligencia que presentíamos bajo la superficie de sus extrañas pautas. (pp. 66-67)

Este recurso que el sujeto pone en ejecución con una destreza sin igual dará lugar, las más de las veces, a la apertura de nuevos horizontes extendiendo, aumentando y renovando su escenario de exploración del mundo.

(...) levantaba un plato para hacerlo girar, tomándolo tan cuidadosamente del borde. Con gran precisión movía su pequeña mano y el objeto salía girando a través del cuarto. Después otro plato, después otro. Raun sólo se levantaba para recuperarlos cuando terminaban sus viajes. Entonces se sentaba de nuevo, repitiendo lo que había hecho y gozando con los movimientos del plato. (Kaufman, 1981, p. 79)

Cuando Raun tuvo el espacio disponible para hacer el despliegue de su labor, y allí cuando él mismo lo consideró oportuno “se animó a más; caminaba lentamente alrededor, exploraba de vez en cuando las paredes y los artefactos, y luego se sentaba en el suelo y miraba hacia las luces” (Kaufman, 1981, p. 81). Para un niño que nunca antes había reparado más que en los objetos pasibles de ser girados, esto debía ser celebrado como una apertura a nuevos intereses.

El rol protagónico del sujeto en la fabricación de su “ser” y su “tener” que venimos considerando parece confirmarse en cada uno de los testimonios recorridos; además inferimos que podremos encontrar los suficientes indicios clínicos que fundamenten nuestros supuestos. Las diferencias que se pondrán de manifiesto entre las múltiples soluciones traducirán las singularidades de las respuestas de cada uno de los “sujetos autores” implicados. Lo heterogéneo de las resoluciones fundamentará el uno por uno, convalidando el uso del plural para “los autismos”.

Birger Sellin (2011), el “hacedor” de poesías, le otorgará a la escritura un lugar central a la hora de dar cuenta de su respuesta peculiar. Este rol fundamental de la escritura para el trabajo que desplegará el sujeto será también un ingrediente que encontramos en otros relatos.

El mismo Sellin (2011) hará referencia a su trabajo de escritura; se referirá a él como una “transformación”, e incluso, con desechos. Este tipo de declaraciones nos alientan en nuestra propia búsqueda y argumentación del proceso de invención que intentamos postular.

Él mismo explicará su proceso de creación: “(...) birger pone todo el saber en medio del monton de los embrollados despropositos literarios que ha leído y compone a partir de ellos sus propios despropositos (...)” (p. 153). Habrá, como especificidad de su trabajo mismo, una suerte de pasaje de “desechos” a cierto arte poético, andamiaje reciclado para el sujeto que reviste el carácter de una verdadera invención del ser.

(...) una vez mostrare como transformo eficazmente un sufrimiento en arte / por desgracia aun es poco lo que puedo sacar a la luz (...) una poesía que vislumbra tan claramente orillas (...) que no me juzguen por ella / pues no es mas que lo que se dice desechos. (Sellin, 2011, p. 160)

Utilizará, en consonancia con otros relatos, la analogía con objetos concretos para explicar el procedimiento en su proceso singular de elaboración:

Yo me esfuerzo en hacer fatigosas poesias / pero un obstaculo imprevisto es mi desasosiego y mi atormentado espiritu / trituro las palabras que asemejan microscopicos granos de arena / por verdadera poesia entiendo yo la busqueda de la primera expresion sencilla y singular mediante la estetica / esta definicion alcanza un apogeo culminante en los poetas asiaticos. (Sellin, 2011, p. 162)

Consideramos de un enorme valor y una belleza supina la definición que será capaz de realizar de su propia elaboración – la poesía – ya que encerrará en sí misma la definición de producción subjetiva, tal como la entendemos para los autismos.

A Birger su ser autor, poeta o trovador lo definirá como tal; el trabajo que realizará con los objetos – perlas, computadora – le otorgará la consistencia corporal necesaria – el

“tener” – que lo habilitará a proseguir con su saber-hacer con el lenguaje. Esto cambiará radicalmente el estatuto de su “ser” erigiéndose así en autor, poeta, “hacedor” de poesías. La escritura devendrá fundamental, acto esencial e intrínseco al ser del sujeto: “sobre los actos obsesivos quiero decir / seguro que todo mejorara cuando por fin escriba otra vez / cosas muy expresivas / muy expresivos son mis modos de pensar fueradelaniebla” (Sellin, 1997, p. 181); “(...) es un tormento vivir si no escribo” (Sellin, 1997, p. 46).

Este “pensadorcontracorriente” y “buscador sin fin” (Sellin, 1997) será como escritor que se-inventa para hacer su entrada a cierto lugar tolerable de “el mundo fueradelacaja” (Sellin, 2011). Para este sujeto como para otros la escritura ocupará un lugar central y sustancial en este vasto proceso de viraje subjetivo.

La construcción a partir de desechos o restos de cosas permitirá que el sujeto entre en escena como un verdadero artesano, tal como hemos fundamentado a partir de algunos ejemplos previamente. Grandin (1997) aludirá a su destreza para armar y construir distintos artefactos o dispositivos incluso con elementos en desuso. Esta habilidad para componer y construir de modo novedoso le permitirá incluirse de manera destacada en varios espacios sociales.

Una materia que hacía que la escuela me resultara tolerable eran las actividades artísticas: crear algo especial con cartulina, pintura o engrudo. Desde muy pequeña era aficionada a construir cosas. (...) Evidentemente, un plan de estudios centrado en el arte me hubiera alentado a aprender. (p. 39)

Esta destreza singular es destacada también en el relato de su propia tía; comentará acerca de su notoria y fructífera estadía en la granja a partir de la cual comenzó la concreción de su proceso de invención singular.

Teníamos suma necesidad de instalar una barrera sobre un guardagigante muy poco funcional; una barrera que pudiera abrirse sin necesidad de bajar del auto. Temple construyó un modelo con fósforos e hilo, calculando las dimensiones y los pesos, y posteriormente una barrera de tamaño normal que podía abrirse tirando de una cuerda desde el auto. La barrera se abre accionada por la cuerda y unos pesos agregados, permanece abierta el tiempo necesario para que pase el auto y luego vuelve a cerrarse. (Grandin, 1997, p. 86)

El trabajo de invención que venimos delimitando supondrá la elección de determinado material como punto de partida y cierta consistencia corporal junto con la delimitación de un sujeto protagonista en un saber-hacer, como productos de dicha operación fundante. Doble cambio de estatuto: el objeto se recortará como externo para devenir herramienta y el sujeto se instalará como artesano y creador en un saber-hacer que desplegará de manera privilegiada e irrepetible. Para continuar con nuestros desarrollos intentaremos circunscribir el estatuto que reviste todo este complejo proceso de invención que en su conjunto se nos impone como modo posible de producción subjetiva en los autismos.

Apartado N° 2:

El trabajo de invención como acto de lenguaje

En este apartado se pondrá en primer plano la *inauguración de un lazo posible* como resultado o consecuencia del trabajo de invención que describimos detalladamente en el apartado anterior. Nos detendremos de esta manera en el estatuto mismo que puede adquirir toda esta compleja operatoria. En este punto nos interesa, retomando la idea de discurso como lazo social fundado en el lenguaje (Lacan, 1969-1970), poder adentrarnos en la idea de una forma discursiva singular, absolutamente original, que se las arregla para erigirse sorteando la posición de enunciador; que evita muchas veces los carriles de la voz y del significante. Modos de lazos que tendrán a la materialidad como principal soporte.

Sospechamos además que entre quienes utilizan el lenguaje algo del orden de lo material se introduce e instala como soporte y vehículo para *hacer uso* o alzar la voz. En otros casos la injerencia de lo material aparecerá como recurso retórico del sujeto.

Podremos recortar y especificar algunos ejemplos que parecen confirmar nuestra idea de la invención como acto de lenguaje.

Daniel Tammet (2006) presentará su lenguaje privado al que denominará “Mänti”, precedido por la elaboración de un código minucioso con los elementos de su interés: los números. Esta invención será presentada como una verdadera obra de arte, expresión tangible de su propio ser:

Desde que puedo recordar, he experimentado los números de la manera visual y sinestésica. Son mi primer lenguaje, en el que suelo pensar y sentir (...).

(...) De niño y durante varios años acaricié la idea de crear mi propio lenguaje, para aliviar la soledad que solía sentir y disfrutar de la delicia que experimentaba con las palabras. (...) Continué soñando que un día hablaría un idioma que sería sólo mío (...) y que expresaría algo de lo que era ser yo. (...) Escribía palabras en trozos de papel según se me ocurrían y experimenté con diversos métodos de pronunciación y construcción de frases. Llamé “Mänti” a mi idioma, de la palabra finesa mänty, que significa pino. (...) El Mänti es un proyecto en curso con una gramática desarrollada y un vocabulario que cuenta con más de mil palabras. En Mänti intento conseguir que los términos reflejen las relaciones entre distintas cosas: “Hamma” (diente) y “hemme” (hormiga, un insecto mordedor), o “rät” (cable) y “rätio” (radio), por ejemplo. El Mänti existe como una expresión tangible y comunicable de mi mundo interior. Para mí, cada palabra tiene color y textura, y es una obra de arte. Cuando pienso o hablo en mänti me siento como si pintase en palabras. (p. 89)

Los recursos de invención que el sujeto pone en marcha estarán destinados a habilitar alguna suerte de intercambio anteriormente ausente. Daniel sostendrá, en este sentido, que “las mismas capacidades que me apartaron de mis semejantes de niño y adolescente, y que me aislaron de ellos, ahora – de adulto – me ayudaban a conectar con otras personas y a hacer nuevos amigos” (Tammet, 2006, p. 110). Por nuestra parte sostendremos que esto será posible para el sujeto una vez consolidada su operatoria constituyente de invención.

En el caso de Birger Sellin (1997) el acto de lenguaje parece materializarse a través de la escritura con el ordenador como soporte; supondremos que esto implica una elaboración mucho más sofisticada por parte del sujeto y no una mera “comunicación facilitada”. Allí, con ese acto como punto de partida se desplegará una modalidad discursiva original, típica,

específica y peculiar que él mismo titulará “lenguaje para idiotas”; un lenguaje sin añadidos que en su modalidad exclusivamente escrita le permitirá cierto lazo social.

André también nos mostrará – porque en general este proceso es algo que “se muestra” - este acto de invención en tanto acto de lenguaje cuando a través de sus marionetas como soporte material de la voz logre entablar ciertos diálogos y transitar algunos espacios sociales como el club de ajedrez que frecuentaba con ellas (Nazeer, 2008). Habrá también en este caso, como en general sucede, reglas inquebrantables y rígidas a condición de las cuales este lazo será posible. Lo que este sujeto propondrá como regla principal será no interrumpir cuando las marionetas tienen la palabra.

Jacob Barnett (2006) ejemplificará lo que venimos exponiendo con su proceso de invención a través de distintos materiales en desuso, cuyos nuevos usos vendrán a su auxilio para la elaboración de un sistema matemático visual. Éste llevará al sujeto a querer elaborar un lenguaje que le permita socializar ese sistema singular que será presentado como su primer lenguaje.

Por su parte, Donna Williams (2015) nos deleitará con varios pasajes en los que declarará “hablar a través de objetos”, cuestión que apuntaremos como argumento en nuestra propuesta de la existencia de un discurso material para esta modalidad subjetiva. Afirmará: “Hablar a través de objetos era mi fuerte. Cuando hacía que mis palabras fueran materiales y concretas, no caían vacías al suelo” (p. 152). En relación a una ocasión frente a clases explicará: “usé las palabras tratándolas con amor e intimidad, como los objetos que habían promovido mi propia forma de explorarlas, compulsiva y obsesivamente, de explorar sus sensaciones, sus variaciones, sus categorías y su uso como cosas con las que jugar” (p. 188). Y con la siguiente descripción pormenorizada e inequívoca nos brindará una versión de lo que intentamos postular con el concepto de *discurso material*:

Mi encuentro con Malcom me enseñó el contraste entre lo que en otro tiempo llamaba *mi mundo* y aquello que ahora llamaba el mundo de *simplemente ser*. *Simplemente ser* era un lugar rico y bello donde el lenguaje no tenía que ser necesariamente con palabras, al modo usual de *el mundo*. *Mi mundo*, diferente de este simplemente ser, era un lugar donde la única bendición era la no existencia, y las estrategias de supervivencia eran las de mantener la seguridad hallada en no existir. (...) Un mundo hecho de objetos, naturaleza, formas, colores, sonido, ritmo y textura (...). (Williams, 2012, pp. 235-236)

Será a partir de este lenguaje singular que esquivo la enunciación como le estará permitido iniciar y sostener cierto lazo con otros:

Apunté con el dedo hacia las luces y las líneas, siguiendo su contorno, con mis manos moviéndose rápidas por el aire, trazando trayectorias, mientras mis ojos lanzaban muchos más destellos que mis palabras. Ian indicaba la simetría de cada *cosa* del mismo modo. Hablábamos el mismo lenguaje.

Estuvimos mirando los destellos del agua. Mis dedos danzaban frente a mí, como si estuvieran tocando el piano en el aire. (...) Era el lenguaje de *simplemente ser*. (Williams, 2012, pp. 244-245)

En el mismo sentido, describiré una modalidad particular de lazo que establece con alguien sin dudas significativo; una especie de diálogo donde la materialidad allanará el escenario haciendo de éste un espacio propicio y devendrá vehículo y facilitador de dicho encuentro, al modo de cierto código compartido.

Olivier y yo fuimos aportándonos cosas para que el otro las experimentara. Nos estábamos comunicando, *tocándonos* y conmoviéndonos mediante objetos. Olivier tenía colecciones de lentejuelas y abalorios. Se pasaba horas y horas cosiéndolos en intrincadas formas. Yo le dejaba flores y él me hablaba a través de ellas. No tenía que explicarle que los objetos hacían las veces de personas o las simbolizaban. Olivier ya usaba este sistema.

Olivier y yo hablábamos silenciosamente e indirectamente a través de la música que compartíamos. Nos adentrábamos en la noche armados de walkmans.

Éramos capaces de estar simplemente en compañía. Recogíamos hojas de árbol y nos las intercambiábamos. Unas aterciopeladas, para sentir su tacto, otras muertas para oír el ruido cuando se quebraban. Golpeábamos ramitas cerca de nuestras orejas y nos hacía gracia su sonido (...). (Williams, 2012, p. 228)

Cuando aludimos a esta compleja operatoria como acto de lenguaje nos proponemos enfatizar cómo el sujeto, a través de un cierto saber-hacer que despliega y exhibe como una técnica cuasi irrepetible, consigue salir de su estado de aislamiento y repliegue logrando poner en escena la decisión de iniciar un lazo que tendrá siempre características particulares. Entenderemos que el sujeto muestra de este modo una incuestionable decisión. Será para nosotros, como plantea Lacan (1967) en el Seminario XV, un verdadero acto de decisión del sujeto mismo.

No sólo elegirá cómo y con qué inventar sino que además, decidirá cuándo ese proceso está lo suficientemente elaborado para, a partir de un hacer que lo ubica como avezado actor, disponerse a iniciar un lazo con otros. Donna parece coincidir cuando afirma que “para que nuestro lenguaje tenga algún significado, uno debe ser capaz de relacionarse

con él. En mi caso, cuando la relación era demasiado directa, los muros se elevaban” (Williams, 2012, p. 233).

Estas categorías de invenciones que mencionamos se instalarán como modos particulares de aparejamiento entre cuerpo y lenguaje. Serán para nosotros modos artesanales, materiales y reciclados de habitar el lenguaje que vendrán a instalarse como respuestas del sujeto frente al dilema que le plantean el cuerpo y los órganos. Encontrará por esta vía un modo artesanal de respuesta frente al traumatismo de *lalengua*.

Quizá este modo de lazo que inventa un soporte material para el intercambio se permita ensayar una respuesta a la pregunta de Lacan (1967) en el “Discurso de clausura”: “¿Cuándo se verá que lo que prefiero es un discurso sin palabras?”

Sostendremos que algo del orden del lazo se inaugura y que el mismo tiene su origen a partir del trabajo original del sujeto con un objeto. En la medida en que a posteriori nos sea posible verificar la inauguración de ese lazo singular, se resignificará el trabajo de invención del sujeto como acto. Propondremos considerarlo, además, como un verdadero acto de lenguaje. Para fundamentar esta idea haremos un recorte de dos planteos fundamentales que vendrán a nuestro auxilio a modo de argumentación a la vez que funcionarán como apertura de nuevas vías de interrogación.

Retomando el concepto de “*acto*” para especificar el estatuto del trabajo de invención que estamos proponiendo, ensayaremos una definición del mismo a partir de los siguientes planteos: por un lado, ciertos lineamientos deslizados en el Seminario XV de Lacan (1967-1968), “El acto psicoanalítico”; por otro lado, indagaremos en el ámbito de la lingüística, territorio esclarecedor y ampliamente visitado en diversos desarrollos psicoanalíticos. De este terreno se retomarán algunos planteos de John Searle (1969) en “Actos de lenguaje”.

La razón de este rodeo tiene que ver por un lado con la idea de que en los autismos las alternancias tienen estructura de lenguaje y, por el otro, con la pregunta - que insiste - acerca

de si puede el sujeto crear, asumir, inventar un modo de discurso - en tanto modo singular, original de lazo - sorteando la posición de enunciador o armando un soporte para esto y que no vaya por los carriles del significante. ¿Puede esta forma discursiva asumir otras vías que no son necesariamente las de la voz - siguiendo el planteo de Jean-Claude Maleval (2011) - ni las del significante? Quizá pueda ser pensada por el lado de la materialidad y a través de ella, en tanto “*saber-hacer*” con ella, que ubica al sujeto como actor, artesano, inventor.

Para Birger Sellin (2011) la computadora se incorporará como el soporte material que le permitirá poner a circular su invención: su propio lenguaje; un lenguaje sin añadidos, con una gramática particular y con el cual escribirá cada uno de sus excelentes poemas que pondrán de manifiesto la belleza y sutileza de sus elaboraciones. En su biografía se afirma: “La fosa en la que se hundiera a los dos años se abrió en la pantalla del ordenador, y con tal multiplicidad de matices y tan extraña belleza del lenguaje que los padres no salían de su asombro” (p. 62).

Este saber-hacer alumbrará al sujeto como autor, verdadero trovador y “poeta” que se pronunciará – o al menos eso intenta – como representante de los “mudos”, tal como él denomina a los autismos. En un intento de situar “su lugar” lo pronunciará en consonancia con los demás “poetas mudos”, erigiéndose a sí mismo en una especie de representante de los mismos – el poeta “delossinmi” (Sellin, 2011) – y poniendo de manifiesto su intención de que “su lenguaje” sea el vehículo para que los mudos poetas puedan de una vez alzar la voz. Él explicará su proceso de escritura y pondrá así de relieve su “ser poeta”:

(...) luego a esas historias ferreas solitarias les doy un tinte imaginario nadie reconocera sin mas en ella los relatos de un artista solitario como un poeta volvere a tomar partes de una experiencia lo cambiare y le dare una forma que refleje las

verdades generales de los llamados solitarios seres de este mundo pero ha de ser sencillo y claro como un agua. (Sellin, 2011, p. 121)

En consonancia con nuestros argumentos, en varios pasajes y versos enlazará su definición de los autismos como “mudos” a su propia invención: la poesía.

Ahora por fin escribo un himno sobre el gozo de hablar / un himno para mudos autistas y para ser cantado en asilos y casas de locos (...) canto este himno desde las profundidades del infierno y hago un llamamiento a todos los mudos de este mundo / haced del canto vuestro himno / descongelad los helados muros / y luchad contra la marginacion / queremos ser una nueva generacion de mudos / un tropel con canciones y canticos nuevos / como hasta hoy nunca oyeran los que hablan / jamás encuentre un mudo entre todos los poetas / queremos ser por eso los primeros / y nuestro cantar no puede pasar inadvertido / para mis mudas hermanas son mis versos / para mis mudos hermanos / nos tienen que oír y que dar un lugar donde poder vivir con todos vosotros / en una vida de esta sociedad. (Sellin, 2011, p. 187)

Hay, por parte del sujeto, cierta sensación de extranjería, una ajenidad respecto del lenguaje que hará las veces de motor impulsando esta compleja y tentadora labor de creación de un “lenguaje propio”.

Lo intolerable del lenguaje es un denominador común entre los testimonios consultados y esta incomodidad radical se nos impone como la principal fuerza impulsora de la elaboración de una respuesta; solución inédita y singular frente al trauma de *lalengua*.

Encontramos algunas referencias a lo insoportable de la lengua materna y sus inevitables implicancias en el cuerpo. Se constituirá en promotor de ese extenso trabajo peculiar en tanto atañe sin dudas al cuerpo del sujeto.

Birger Sellin (2011) dice a su tutor “según vas hablando tu yo padezco tormentos infernales” (p. 104). Y especificará al detalle el modo en que vive el lenguaje:

(...) el chirriar de los coches me duele en los oídos (...) duele cuando al modular los micrófonos simplemente todo se descontrola también me duelen otros ruidos en primer lugar los ruidos de la siniestra institución conversaciones de los tutores y de otros auténticos elegidos hablan ellos con tal entusiasmo y con tal barullo el volumen de voz y el barullo son insufribles. (p. 141)

A partir de este efecto de cuerpo explicará su complicado modo de estar con otros: “(...) me resulta imposible evitar la irritación / cualquier ruido me produce dolor” (Sellin, 2011, p. 156). Además: “nos es imposible hablar porque nuestra inquietud interior es extraordinaria e incluso ataca los nervios (...) yo la llamo abismohacedor de inquietud” (Sellin, 2011, p. 176). Y describirá de la manera siguiente su propio mundo:

(...) un mundo en que todo se vuelve soledad cuando entra en contacto con el / cuando un ser se sumerge en ese mundo sin un mismo / pierde el control propio y de su entorno / del tiempo del obrar / como una extraterrestre figura mental formada de diversos átomos y vislumbradora de orillas y arrojada fuera formando agujeros dondequiera que aterriza y dejando un rastro de miedo y soledad / tanto miedo que la tierra a duras penas lo soporta / en ese mundo no puede haber risas / y la tristeza no tiene lágrimas. (Sellin, 2011, p. 165)

Lo abrumador del lenguaje también será descrito por Donna Williams (2015) así como los recursos a los que apela para tolerarlo:

Cuando el tono de la voz de alguna persona me perturbaba, empezaba a parpadear. Del mismo modo, me ponía a subir y a bajar el volumen del televisor, quebrando las voces, pero contenta de ver las imágenes, o me tapaba los oídos intermitentemente. Esto parecía simular de un modo consistente la dificultad que en ocasiones tenía para escuchar a las personas. (p. 61)

Lo intolerable e ininteligible del lenguaje insistirá y obligará al sujeto a valerse de artilugios para sortearlo. Donna persistirá en su comparación a la hora de describir esta experiencia:

Todo lo que captaba tenía que ser descifrado como si tuviera que pasar por una especie de complicado procedimiento de revisión. Algunas veces la gente tenía que repetir una oración varias veces, porque yo la oía a pedazos y la forma en que mi mente segmentaba sus frases en palabras me dejaba a menudo con un mensaje extraño e ininteligible. Parecía un poco como lo que ocurre cuando uno se pone a jugar con el botón del volumen del televisor. (Williams, 2015, p. 86)

Encontramos coincidente en este punto la descripción que nos acercará Daniel Tammet (2006):

Escuchar a otras personas no me resulta fácil. Cuando alguien me habla suelo sentir como si estuviese intentando sintonizar con una emisora de radio en particular y que mucho de lo que dice entra y sale de mi cabeza como si hubiese interferencias, sin acabar de entenderlo. (p. 43)

Temple Grandin (2006) también se expresará acerca de sus dificultades para comprender el lenguaje hablado, lo intrusivo y abrumador que resulta por momentos y sus inconvenientes para seguir el ritmo de las conversaciones. Además, nos enseñará las estrategias que pone en juego para moverse frente a esta dificultad de la mejor manera posible. Las reglas o sistemas que ella misma crea le servirán para incorporar una modalidad de intercambio; una función similar tendrá lo que designa como “su primer lenguaje”: el pensamiento en imágenes. Dirá: “los ruidos fuertes me afectaban mucho (...) llegaban a causarme auténtico dolor” (p. 96). Aunque el principal problema será con la palabra: “el problema surge al procesar sonidos complejos como las palabras habladas” (p. 98).

Enfatizará su vivencia de ajenidad y la enlazará directamente al extenso trabajo que debe necesariamente poner en ejecución:

(...) los autistas piensan de otra manera. Para ella (su madre) es como tratar con alguien de otro planeta (...). He observado que, cuando varias personas están juntas y se lo están pasando bien, su conversación y sus risas siguen determinado ritmo. De pronto se ríen todas a la vez y luego pasan a hablar en voz baja hasta que vuelven a prorrumpir en un nuevo ciclo de risas. A mi siempre me ha costado adaptarme a ese ritmo y suelo interrumpir conversaciones sin darme cuenta de mi error. El caso es que no puedo seguir el ritmo. (Grandin, 2006, p. 132)

Deberá poner en marcha en primera instancia un trabajo de investigación del mundo, de las personas, de las cosas, tal como describe Neus Carbonell (2013) en estos casos.

Estaba siempre observando, intentado averiguar cuál era la mejor manera de comportarme, pero nunca encajaba. Tenía que pensarme en cada interacción social. Cuando los demás se derretían por los Beatles, yo consideraba su reacción FSI: fenómeno sociológico interesante. Era una científica que intentaba entender las costumbres de los nativos. Quería participar, pero no sabía cómo.

En mi diario del instituto escribí: “Uno no debe ser siempre un observador – el observador frío e impersonal – sino que debería participar”. (Grandin, 2006, p. 202)

En este preciso sentido afirmaremos que luego de una etapa investigativa al sujeto no le quedará otra opción que disponerse a trabajar para, de modo siempre inédito y novedoso, procurarse un lugar en el mundo donde el lazo pueda ser iniciado y tolerado.

Para un autista la realidad es una masa confusa de acontecimientos, personas, lugares, sonidos e imágenes que interactúan. Parece que nada tiene límites claros, orden ni significado. Gran parte de mi vida consiste en intentar distinguir el patrón que se esconde detrás de todo. Las rutinas establecidas, los horarios, las rutas concretas y los rituales contribuyen a poner orden en una vida insoportablemente caótica. (Grandin, 2006, p. 107)

Birger Sellin (1997), por su parte, aún teniendo en claro el rumbo que intentará seguir, no dejará de subrayar la sensación de extravío que conforma el escenario en el cual debe ponerse a trabajar: “quiero ser escritor / pero ando errante en país extraño” (p. 152), y aclara:

“somos sin excepcion seres extraños en la tierra” (p. 179). Lo ensordecedor del lenguaje caracteriza el terreno en el cual deberá operar su trabajo de invención:

cuando oigo lenguaje hablado me hace un efecto en realidad tambien desagradable / porque el hablar fabulosamente alto / tambien conversaciones acusticas bajas zumban impetuosamente en mi oido / como bramido del mar / excepto hablar fino muy lejano / tambien cuando otros hablan en otras habitaciones hago la experiencia de que eso tiene un sonido mas agradable / (...) vivo el lenguaje como algo terrible / y sin embargo me gustaria tanto poder hablar.

(...) todos los ruidos son verdaderamente muy dificiles de aguantar / necesito trabajosos mecanismos de defensa / para aguantar (...) sonidos cotidianos / en mi se distorsionan todos los sonidos / incluso la respiracion de una impecable persona / (...) por eso respiro yo tambien tan fuerte / (...) no se podria aguantar el soportar todo sin proteccion (...) puedo decir con seguridad que casi todos los ruidos me hacen daño. (Sellin, 1997, p. 158)

Daniel Tammet (2006) coincidirá en que este desorden exterior es vivido como algo que atañe sin dudas al cuerpo propio; nos cuenta que “si de repente se oía un ruido, como alguien llamando a la puerta, me resultaba doloroso, como si se hiciese añicos la experiencia” (p. 44).

Habrá por parte de Sellin (1997) un interés explícito y una pregunta del sujeto que insistirá respecto de “cómo funciona el lenguaje”; declarará su atracción por la lingüística e incluso solicitará estudiar sobre el tema. Esta elección del sujeto marca ya el rumbo de su trabajo de invención singular: “su lenguaje sin añadidos, para idiotas”. Ante la pregunta que le formularan sobre qué le gustaría estudiar, apreciamos su respuesta: “una materia sobre

como funciona en realidad el lenguaje birger remedia la falta de una importante experiencia social (...) un deseo es la lingüística sin el lenguaje vivo de todo el mundo un mudo se entrega totalmente al lenguaje tambien” (p. 140).

Tammet (2006) y Williams (2015) compartirán con él esta atracción respecto del lenguaje, cuestión que se verá plasmada en los procesos singulares de invención de cada uno de los sujetos implicados. Donna pronunciará:

Me gustaba la lingüística porque desmontaba el lenguaje y lo volvía a armar. Mostraba que todas las lenguas pueden descomponerse en diferentes tipos de sistemas. La clase consistía en una serie de diagramas y ciclos. En ella me sentía como pez en el agua. (Williams, 2015 p. 147)

Por otra parte, este interés aunado a otro elemento fundamental en su vida como es la música, la llevará a inventar un modo propio de escribirla. Donna se dispone a inventar un tipo de escritura musical:

Al principio escribía música clásica. No era capaz de leerla en el papel y tampoco era capaz de escribir bien mi propia música. Me limitaba a recordar mis piezas (...). A medida que se volvieron cada vez más complejas, desarrollé la estrategia de escribir el tempo empleando una serie de puntos y rayas de diferentes tamaños, y aprendí a escribir el tono encima de esos puntos y rayas, usando letras y flechas que mostraban si el tono era ascendente o descendente. Traje a casa unos libros de teoría musical y aprendí un poco sobre la notación corriente, aunque en gran parte me seguía basando en mi propio sistema. (Williams, 2015, p. 148)

Sellin (1997) no sólo “se entrega al lenguaje” como él mismo declarará, sino que justamente será a través de la invención de una forma particular del mismo que se ubicará como protagonista, inventor, verdadero trovador. En su libro se afirma: “el joven enviaba sus “comunicados al mundo superior” en un lenguaje que nadie había escuchado hasta entonces (...) no sólo sabía leer, sino que hasta producía literatura” (p. 5). Y “alzando su voz” a través de la invención de “su lenguaje” leemos: “nuestro escribir es una importante aportación / una extraordinaria posibilidad de expresión de personas dadas por muertas como lo eramos nosotros / a los insulares nadie los percibe si ellos no escriben (...)” (p. 23).

Sospechamos que el objeto pulsional - la voz - requerirá en estos casos de un soporte material para poder ponerse en circulación. Retomando la afirmación de Jean-Claude Maleval (2011) acerca de que el autista rehúsa el objeto voz, quizá podamos considerar que no se trata tanto de un rehusamiento sino más bien del establecimiento de un soporte material como condición para el despliegue de la misma, tal como las marionetas de André – por citar un ejemplo - ponen claramente de manifiesto. Y quizá sea este un proceso que acompaña al estatuto del cuerpo como maquinización. La maquinización del cuerpo, que supone la adherencia de un objeto - en tanto herramienta - al cuerpo del sujeto tendría como correlato la necesidad de un soporte material para “alzar la voz”. Punto crucial de nuestros fundamentos acerca de la noción del habla no tanto ligada al objeto voz sino antes bien como un verdadero acto.

Como puede entenderse a partir de afirmaciones como las de Birger Sellin (2011), el hablar será en estos casos un acto singular: “he notado que existe en nosotros la facultad de hablar pero que debemos estar de algún modo como bloqueados” (p. 219). Por lo cual, “escribir es mi primer paso para salir de ese otro mundo” (p. 220).

Hay en este caso, a partir del acto de escritura, un movimiento que impulsará al sujeto a salir de su estado de repliegue y lo invitará a ciertos intercambios sociales, algo que

también encontramos en común en el relato de Donna Williams (2015) aunque habrá desde ya ciertas diferencias que traducirán los matices originales de cada sujeto. A Donna por ejemplo, le estará permitido también el uso del lenguaje oral.

Sellin (2011) nos comentará: “yo ideaba cualquier cosa para salir de este modo de ser la idea mas idiota fue cuando pense que valia lo de perder los estribos a partir de ahora ya no necesito ese metodo pues ahora se escribir” (p. 92). Y el proceso de escritura se instalará como aquello a partir de lo cual el sujeto se define:

(...) yo sin escribir no soy un verdadero ser humano pues es la única forma de expresion que tengo ademas es la unica manera de poner de manifiesto como pienso eso lo hago tambien pero todavia es muy dificil casi una paliza me parece. (Sellin, 2011, p. 95)

Aunque en varios pasajes Birger dará a entender que para él “salir de la caja” es sinónimo de empezar a utilizar el lenguaje oral, afirmando de distintas maneras que la escritura le resulta insuficiente para tal salida, paradójicamente encontramos también numerosas aseveraciones que ubican al acto de escritura como una salida al “mundo superior de los humanos” (Sellin, 2011), como él lo mencionará. Será la escritura lo que le permitirá acceder al mundo de “los sencillos” (Sellin, 2011), la gente de “el mundo” que lleva una vida sencilla, sin laberintos. En más de un verso declarará su descontento por “no poder hablar” aunque paralelamente con el acto de escritura se pronunciará como el “portavoz” de los “mudos”, el “poeta de los sinmi” (Sellin, 2011). No podremos más que destacar en este punto la paradoja a todas luces evidente que esto implica. Tal como trabajará Lacan (1967-1968) en el Seminario XV, el acto en el campo del Psicoanálisis, se sitúa bajo el paradigma de la paradoja. No deberemos desconocer que será a partir de los efectos que nos aproximaremos

al acto; a partir de esto no dudaremos de que el acto tiene efectos. Por nuestra parte, agregaremos que Birger es el portavoz, aunque “mudo”, que ha logrado instalar cierto soporte material que haga las veces de vehículo para que esta voz tangible e instrumental pueda propagarse. Él mismo afirma: “en mi calidad de autista estoy al servicio de otros autistas como su portavoz ordinario (...) gritando regresaremos de pantanos del silencio” (Sellin, 2011, p. 66).

Enfatizará de esta manera el valor que reviste lo escritural: “si yo no escribiese acabarían muriendo mis solitarios pensamientos también mis historias personalísimas morirían sin más pero yo se escribir todo para que simplemente nada muera sino que siga viviendo (...)” (Sellin, 2011, p. 120). Y continuará especificando la función de la escritura: “yo me repito por la sencilla razón de que una sola idea que se marcha sucumbe ferreamente en el caos una poesía es una posibilidad de fijar pensamientos” (Sellin, 2011, p. 134).

Aunque Sellin (2011) declarará respecto de su estado de repliegue que “no ve una salida de la caja de (su) persona ni tampoco basta este importante escribir” (p. 136), por nuestra parte afirmaremos que hay con la escritura y a través de ella una salida “al mundo” y un lazo posible; lazo cauteloso, selecto y bien singular principalmente con sus padres y su tutor respondiendo de manera escrita preguntas que ellos le formulan. Esta situación paradójica abrirá paso al acto de invención del sujeto cuya confirmación estará dada por sus efectos.

A favor de nuestra argumentación él mismo referirá: “en mi aparece un ser hundido en tan monstruoso caos / me ahogare en el / a no ser que encuentre una salida de este odioso laberinto / una ayuda fantástica es esto de escribir” (Sellin, 2011, p. 158). El efecto de su operación de invención será un lazo posible: “quiero ceder a otros sin envidia esa forma de interacción / pero sin cariñosa ayuda no lo consigo / lo que más me ha ayudado a salir del cajón ha sido escribir” (Sellin, 2011, p. 154).

Este acto de escritura viene a instalarse como recurso del sujeto en lo que a esta altura podremos mencionar como su propia intencionalidad de lazo. Habrá allí, según nuestra lectura, un marcado interés por el lazo social. El proceso singular de invención vendrá en auxilio del sujeto para ocupar poco a poco el lugar que dejarán vacante las estereotipias iniciales. El sujeto mismo comentará: “cuando yo era mas pequeño las estereotipias podian calmar un poco / ahora ya no ayuda nada solo escribir” (Sellin, 2011, p. 177). A este respecto, se tratará de un recurso vivido como liberación: “solo escribiendo puedo ser totalmente libre / vivo sometido a tal tension / que muchas veces exploto” (Sellin, 2011, p. 215).

Sostendremos que la sensación de ajenidad que será permanentemente vivenciada por el sujeto no anulará ni invalidará el intento de intercambio por parte del mismo. Antes bien, toda su inventiva estará destinada a elaborar alguna forma de lazo que respete ciertas reglas y condiciones bien novedosas y particulares, aquellas que serán en sí mismas las garantías de que dicho lazo ocurra y, por qué no, se multiplique. De este modo confirmará Sellin (2011) su propósito de intercambio: “Un autentico solitario se las compone mal cuando se mezcla con la gente sencillamente no conoce sus costumbres un solitario es un verdadero retraido secretamente anhela un ferreo solitario la importante compañía de los otros ferreos cobardes” (p. 116).

La particularidad de su proceso de escritura debe ser entendida en consonancia con un movimiento del sujeto que apunta a iniciar un intercambio con otros. Escribirá: “(...) tambien busco amistad / pero cuando estoy por fin en compañía de personas / me falta el comportamiento que expresa afecto / no tengo ni palabras ni gestos / nada mas que la escritura (...)” (Sellin, 1997, p. 167).

Se contactará con otro “poeta mudo” en los siguientes términos: “querido uwe (...) nosotros oponemos resistencia a la soledad escribiendonos / uno como tu se ha convertido para mi en ingenioso amigo (...)” (Sellin, 1997, p. 31). Porque “hasta un mudo quiere

comunicarse / hasta el tiene derecho de hablar” porque “sin hablar somos aparatos muertos aislados derrumbados” (Sellin, 2011, p. 147) aunque hablando - deberemos considerar la posibilidad - no sólo con la voz puesta en juego. Hablar será para nosotros actuar, en el amplio sentido de este término.

Asimismo, la dimensión de lo artesanal estará para nosotros implicada en este acto de lenguaje. Lo artesanal, en tanto singular e irrepetible, será un elemento intrínseco del proceso de invención en tanto acto de lenguaje cuya operatoria intentamos delimitar. Acordaremos con Birger en que “hablar es también un arte excelente” (Sellin, 1997, p. 185).

Birger hablará en primera instancia a sus allegados y a “colegas mudos” a través de la utilización del ordenador como soporte de su propia voz; y nos hablará a toda una comunidad más amplia, incontable, a través de la publicación de sus libros, tal como hiciera Donna Williams (2012) con su biografía. Con estas palabras hará referencia Sellin (2011) a la función que cumple su publicación: “me alegro de hablar en un libro a la gente / eso me hace realmente feliz / preparo mi vida de manera que sea un miembro útil de la sociedad / a través de un libro doy el primer paso” (p. 170).

De forma reiterada y en varios testimonios los actores y autores fundamentarán su extenso y minucioso trabajo en la necesidad de encontrar un lugar que pueda ser vivido como propio. Sellin (1997) en incontables poemas alude a “los mudos y las mudas” incluyéndose en ese grupo y proponiendo encontrar, a través de sus poesías y con su lenguaje atípico y singular, “un lugar en esta sociedad”. En este mismo sentido cuando Williams (2015) haga referencia a su labor constante la vinculará con la necesidad de encontrar un lugar definiéndose a sí misma como “una cultura en busca de un lugar donde pueda ocurrir” (p. 95).

¿Podremos plantear que la invención como acto de lenguaje con reglas singulares creadas por el sujeto mismo habilita a cierta forma discursiva entendida como lazo inaugural

posible? Tal vez esta forma de proferir sorteando la posición de enunciación consista en la creación de ciertas reglas - de lenguaje - separadas de toda relación directa al cuerpo pero con lo material, la cosa, el objeto como soporte. Modo artesanal de aparejamiento entre cuerpo y lenguaje. Aquí la materialidad deviene herramienta para el acto mismo y el sujeto, si no enunciador, sin dudas es actor y protagonista. Como afirma Donna Williams (2012) respecto de sus propias palabras: “Más que habladas eran emitidas. Venían del repertorio mental almacenado en un “yo teórico”, una especie de guion mental escrito para un personaje que desempeñaba el papel de alguien a quien algunas personas llamaban Donna” (p. 48).

Incluso ella, para quien el uso de la palabra hablada es posible, se apartará del lugar de enunciador - las palabras son emitidas, de modo cuasi impersonal - y destacará la preeminencia de cierto elemento - especie de guion mental -; como si afirmara: “no soy yo, es el guion mental quien habla”. El sujeto para tomar posición, no de enunciador pero sí de actor y protagonista, se soportará en la materialidad de algún objeto o elemento que le servirá a tal fin. André con sus marionetas así como Fabián, el niño que trabaja con su almohadón llamado “Frigi”, son claros ejemplos de los que estamos postulando. Williams (2012) también construirá de manera artesanal un soporte material de este tipo que le permitirá cierto intercambio y acercamiento con otros.

Hice una marioneta en mi clase de arte dramático en el curso de profesora. Era un gato peludo llamado Moggin, con la nariz rosada, bigotes, ojos blancos de gato y orejas de vinilo. Se movía por mi mano como un gato de verdad. Se escondía de la gente a la que yo no quería mirar aunque siguiera mirándolos. Podía ser tocado o saludado por la gente que me gustaba de un modo que yo no podía. Rodeaba mi cuello con sus patas de gato y me abrazaba, cuando yo no podía pedir, ni tolerar, que me

abrazaran. Moggin era mi puente hacia el tacto y la proximidad, así como Perro Viajero había sido mi puente para mantener el yo en compañía. (p. 158)

¿En qué sentido el trabajo de invención que estamos proponiendo podrá ser pensado como acto de lenguaje? Retomaremos algunas puntualizaciones de Searle (1969) que nos servirán para poner en tensión nuestros conceptos a la hora de considerar esta forma de producción *del* sujeto.

Para Searle (1969) el “acto de lenguaje” será la *producción* o la emisión de una realización de frase *en ciertas condiciones*. Y estas producciones serán las unidades mínimas básicas de la comunicación lingüística (Searle, 1969). Por nuestra parte, destacaremos esta cuestión de la *producción*, en tanto elemento relevante para nuestro planteo. Se tratará de una producción que, en tanto acto, constituye la unidad básica de cierta comunicación.

Searle (1969) sostendrá que “la unidad de la comunicación lingüística no es el símbolo, palabra u oración sino la producción o emisión del símbolo, palabra u oración al realizar el acto de lenguaje” (p.31). De este modo ubicará el germen de la comunicación en un acto de producción por parte del sujeto. Su hipótesis será la siguiente: “hablar un lenguaje es realizar actos de acuerdo con reglas” (p. 31). Y agregará que “los actos de habla o lenguaje se realizan característicamente al emitir sonidos o al hacer trazos” (p. 47). Sus reflexiones sobre los actos de lenguaje serán útiles para comprender las condiciones generales de producción y recepción de los discursos-en-situación. Este elemento contextual será también relevante para lo que intentamos delimitar.

En relación a lo que nos ocupa y siguiendo estas afirmaciones de Searle (1969) nos aventuramos a plantear que el origen del lazo singular que estamos considerando comienza a emplazarse a partir de la producción del sujeto con un objeto o material como soporte; un saber-hacer experto que definirá al sujeto como actor en una modalidad discursiva original

cuyas reglas o normas tan imprescindibles como ineludibles la definen como tal. Serán estas reglas peculiares un elemento central en nuestra conjetura acerca del trabajo de invención como acto de lenguaje al punto de sospechar que a ellas queda circunscripta la inmutabilidad que el sujeto quiera conservar.

La posibilidad de reglas diferentes entre los distintos actores será mencionada por John Searle (1969) en estos términos, respecto del campo que lo ocupa:

Es posible que otras personas, en lo que supongo que es mi grupo dialectal, hayan interiorizado reglas diferentes y que, consecuentemente, mis caracterizaciones lingüísticas no encajen con las suyas. Pero no es posible que mis caracterizaciones lingüísticas de mi propia habla sean generalizaciones falsas (...) mi conocimiento de cómo hablar un lenguaje incluye el dominio de un sistema de reglas. (p. 23)

En este punto destacaremos el papel de las reglas como algo al parecer intrínseco al acto mismo que despliega el sujeto. Será a partir de ellas que se pondrá en escena el saber-hacer perfeccionado al que hacemos referencia y con ellas como condición, medida y resguardo será posible el intercambio que el sujeto decida realizar. Para Searle (1969) la hipótesis será que “mi uso de los elementos lingüísticos está controlado por ciertas reglas” (p.23); para nosotros, el uso nuevo y reciclado que el sujeto aplica al material electo estará también controlado y regido por reglas de carácter inapelable y las mismas saldrán a relucir allí cuando el sujeto se decida a iniciar un intercambio con otros, como medida y condición de dicho intercambio.

En relación a su hipótesis Searle (1969) afirmará que hablar un lenguaje consiste en realizar actos de habla - o lenguaje -, actos tales como hacer enunciados, dar órdenes, plantear preguntas, hacer promesas y así sucesivamente, y más abstractamente actos tales como referir

y predicar y; en segundo lugar, que esos actos son en general posibles gracias a, y se realizan de acuerdo con, ciertas reglas para el uso de los elementos lingüísticos. Estos actos serían realizados no por las palabras sino por los hablantes al emitir palabras; poniendo así el énfasis en los sujetos mismos, en sus acciones, sus *usos*. En este sentido interesará a nuestro planteo.

Los actos de habla serán para el filósofo un saber-hacer con los elementos lingüísticos que estará siempre sujeto a ciertas reglas, de las que supone, puede haber variación entre un hablante y otro. Por nuestra parte, la operación que proponemos como acto de lenguaje se mostrará como un saber-hacer con ciertos materiales previamente seleccionados a los cuales se les inventará un uso nuevo. Las reglas o normas, imprescindibles en esta operación, no sólo determinarán las particularidades de dicho uso reciclado sino que plantearán las posibilidades y condiciones del intercambio con otros.

El uso de las marionetas que realizaba André tenía ciertas normas o reglas inquebrantables. Nunca se podía interrumpir a las marionetas. A él se le podía interrumpir pero por nada del mundo se le podía quitar la palabra a las marionetas (Nazeer, 2008). Aquí, las normas o reglas intrínsecas a su acto de lenguaje se presentan al modo de las *reglas constitutivas* que menciona John Searle (1969) respecto del lenguaje como acto.

La relevancia de dicha regla es tal que la misma se impondrá como condición ineludible para que el intercambio pueda producirse. Kamram Nazeer (2008) comentará que “siempre había esa barrera entre él y cualquier otra persona, incluida Amanda (su propia hermana, con quien vivía): todas las conversaciones tenían que respetar en todo momento ese elemento metódico” (p. 48). También especificará el lugar que adquiere el objeto para el intercambio cuando aclara que “las marionetas no representaban exactamente diferentes puntos de vista ni aspectos completamente diferentes de su personalidad, pero imaginé que seguiría una especie de pauta que regulaba el recurso a unas u otras según la ocasión” (p. 41).

Respecto de la relevancia de estas reglas fundamentales Nazeer (2008) plasmará otro ejemplo:

Las estrategias de los autistas tienen ciertas reglas que permiten el intercambio. Por ejemplo, una chica cambiaba su comida en función de la letra elegida en el día. Si elegía la “P”, por ejemplo, cambiaba su manzana por un plátano. Ella decía la letra que le tocaba ese día y así tenía una base para el intercambio. (p. 45)

Insistiremos en subrayar la importancia de estas reglas en tanto se nos imponen como condición insustituible para que el intercambio pueda producirse. En este sentido acordaremos con la denominación que Searle (1969) propone para ellas: *constitutivas*. Será creando, instalando y respetando fielmente estas normas primordiales que le será posible al sujeto salir de su estado de repliegue y entrar en intercambio con otros, siempre con estas reglas como regulación, medida y condición.

Donna Williams (2012) explicará en qué consiste “su ley”; recurso del sujeto que se instalará como cláusula insoslayable a la hora de iniciar un intercambio con ella:

Mi mundo era un cuerpo espiritual. Había sido mi hogar, mi yo, mi vida, mi sistema entero para dar sentido a aquel lugar bastardo llamado *el mundo*. Me había sentido forzada a no reconocer como propia o a rechazar cualquier parte de *mi mundo* expuesta o tocada por el mundo. Ésta era mi ley, una suerte de proceso de descontaminación o válvula de seguridad para el mantenimiento de la cordura, dentro de los confines de una jaula de la que no se podía escapar. (...) Esta ley llegó al extremo de gobernar todas mis sonrisas y mis miradas, mi forma de hablar y mi acento mis gustos, mi propia manera de moverme, de pensar, de desear, así como mi entera percepción de quién era Donna. (...) Podía compartir solamente en la

medida en que nada de lo que compartiera o la forma en que lo compartiera fuera *yo*. (pp. 13-14)

Barron (1992) por su parte, precisará una de sus reglas, aquella que le permitía incluirse en una mesa para compartir una comida con otros:

Yo tenía una regla con respecto a los vasos de agua cuando nos sentábamos a comer. Para mí el agua era insípida, no excitante. Por lo tanto, no debía ser servida con la comida en un restaurante. Esa era mi regla (si se violaba) me ponía furioso, me hacía sentir indefenso e incapaz de controlar la situación. (p. 72)

A partir de otra regla que implicaba además una especie de trabajo corporal para contrarrestar o neutralizar sus efectos negativos, le era posible a este niño compartir un viaje en auto con su familia.

Me resultaba odioso estar en el auto y que tuviéramos que doblar a la izquierda (...) sólo importaba cuando estábamos en el auto (...). Era sencillo: girar a la izquierda era “tonto” y girar a la derecha era “mejor” (...) era una de mis convicciones (...). Identificaba el giro a la izquierda con la estupidez. Cuando doblábamos a la izquierda, me inclinaba en esa dirección, neutralizando el movimiento del auto: de esa manera sentía que estábamos doblando a la derecha.

Cuando subía al auto, yo me tenía que sentar en el lado derecho del asiento trasero y Meg (su hermana) en el izquierdo, porque el derecho era mejor. A veces, para negar que doblábamos a la izquierda, me hundía en el asiento trasero para no poder ver por dónde iba el auto. (Barron, 1992, p. 97)

Birger Sellin (2011) también hará referencia a leyes y normas propias, aquellas a partir de las cuales podrá iniciar su proceso de invención singular.

(...) hago en mi interior mucha poesia pero de una manera que no se corresponde con las leyes del arte poetica / tengo leyes propias que se salen del marco de los mezquinos y circunspectos exploradores de poetas / yo intitulo ese arte mia el artemundinterior de todos los idiotas y autistas / con nuestro arte escalamos las cimas de las hondonadas de la miseria humana (...). (p. 200)

A este respecto, Grandin (2006) hará alusión a un sistema de reglas particulares que funcionarán como ordenadoras en el momento de transitar algunos espacios sociales.

Para los autistas, las reglas son muy importantes, porque nos concentramos intensamente en cómo hay que hacer las cosas (...). Clasifico las reglas según su importancia lógica. Es un árbol algorítmico complejo de toma de decisiones. Para cada decisión social que tomo, sigo un proceso de decisiones lógicas y me baso en mi intelecto. Los sentimientos no rigen mi decisión; es todo cálculo. (p. 149)

Además, inventará un sistema complejo y minucioso para la toma de decisiones; un sistema clasificador de las reglas de “el mundo”, como recurso absolutamente singular para vérselas con la ley.

Diseñé un programa de toma de decisiones para que me ayudara a decidir cuándo se podía infringir una regla clasificando las malas acciones en tres categorías: “muy

mala”, “pecado del sistema” e “ilícita pero no mala”. Las reglas clasificadas como muy malas nunca debían violarse. (Grandin, 2006, p. 149)

Williams (2015) coincidirá en lo constitutivo de estas reglas y lo imprescindible de respetarlas para que sea factible el encuentro con otros; estas normas vitales que pueden resultar muchas veces incomprensibles no dejarán de inyectar cierta lógica reguladora de dicho lazo. En el relato acerca de una desventura en su lugar de trabajo y frente a la mirada atónita de su jefe que suponía había contratado a una “niña descarriada”, declarará: “No se daba cuenta de que yo ya estaba funcionando de acuerdo con una serie de reglas muy rigurosas, aunque éstas no eran compatibles con la vida de una persona sociable, bien adaptada y segura de sí misma” (p. 103). Éstas serán las condiciones a partir de las cuales aceptará participar de “el mundo”:

El profesor pensaba que tenía enormes problemas. En cambio, a mí me parecía que yo no les había preguntado a ellos por su mundo, que no tenía deseos de participar en él y que, si debía hacerlo, sólo lo haría en las condiciones que decidiera. (Williams, 2015, pp. 70-71)

Con estas reglas como medida le será posible iniciar y sostener una forma de lazo: “Yo era bonita, alegre y algunas veces entretenida, pero no sabía jugar “con” niños. Como mucho, podía *inventarme* juegos o aventuras muy simples y algunas veces permitía a los otros participar, mientras lo hicieran siguiendo mis reglas” (Williams, 2015, p. 41).

A partir de estos numerosos ejemplos se nos impone una especie de paralelismo entre los *actos de lenguaje* entendidos como un saber-hacer con los elementos lingüísticos sujeto a

ciertas reglas y la *invención como acto* en tanto saber-hacer con elementos u objetos concretos a los que se les inventa un nuevo uso - un uso que denominamos *reciclado* para destacar lo que éste tiene de irrepetible - también sujeto a ciertas reglas siendo éstas absolutamente singulares, cuasi privadas, selectivamente compartidas en modos originales de lazos. Este paralelismo se fundamentará a partir de la idea de una modalidad discursiva singular con lo material como soporte, para la cual propondremos del concepto de “discurso material”.

Esta forma de discurso material, tal como la entendemos, vendría a instalarse como correlativa de la maquinización del cuerpo tan característica en estos casos. Será para nosotros el correlato de dicha maquinización en lo que respecta a un lazo posible; un modo de lazo original que traduce la intencionalidad del sujeto para iniciarlo y sostenerlo.

Nuestro posicionamiento ético nos obligará a leer allí una intención o decisión del sujeto de iniciar un intercambio. El inicio de esta compleja operatoria primordial implicará, por parte del sujeto, un acto de decisión (Lacan, 1967-1968).

Creemos encontrar al respecto otro punto de encuentro con Searle (1969) a partir de la siguiente declaración:

Considerar una instancia como un mensaje es considerarla como una instancia producida o emitida. (...) Los actos de habla son las unidades básicas o mínimas de la comunicación lingüística. Una manera de llegar a ver este punto consiste en preguntarse a uno mismo: ¿cuál es la diferencia entre contemplar un objeto como una instancia de comunicación lingüística y no contemplarlo así? Una diferencia crucial es la siguiente: cuando considero un ruido o una marca hecha sobre un trozo de papel como una instancia de comunicación lingüística, como un mensaje, una de las cosas que debo suponer es que el ruido o la marca fueron producidos por un ser o unos seres

más o menos semejantes a mí mismo y que fueron producidos con ciertas clases de intenciones.

Si considero el ruido o la marca como un fenómeno natural semejante al murmullo del viento entre los árboles, o a una mancha del papel, los excluyo de la clase de la comunicación lingüística (...). Además, no solamente debo suponer que el ruido o la marca han sido producidos como resultado de una conducta intencional, sino que debo también suponer que las intenciones son de un género muy especial que es peculiar a los actos de habla. (Searle, 1969, p. 26)

En el ejemplo que sigue la invención del sujeto hará posible su incorporación social en la escuela, su permanencia con otros en el aula a partir del respeto de ciertas pautas específicas. Lo que será situado como un elemento central en esa operatoria es el cuerpo del niño; proceso que parece coincidir en sí mismo con la maquinización de dicho cuerpo. Sean Barron (1992) lo explicará en estos términos:

Como era tan intensa la presión para que me sometiera a ciertas maneras de hacer las cosas – y yo no conseguía seguir las normas – desarrollé mis propias defensas. Una de ellas fue simular que era un ómnibus. Tenía mi propia ruta, lo mismo que cada uno de los ómnibus estacionados frente al colegio. Los corredores eran mis caminos, y tracé mi ruta y la seguía exactamente todos los días. Necesitaba la sensación de tener control; despreciaba a mi ómnibus del colegio por ser siempre uno de los primeros en llegar, por controlarme, así que a lo largo de los corredores adopté una ruta que significaba que sería la última persona en llegar a cualquier lugar adonde me dirigiera. (p. 173)

Las reglas específicas establecidas habilitarán y determinarán tanto la circulación como el intercambio del sujeto en ese espacio social al modo de una ley que comanda y regula dicho encuentro. En este sentido, se nos impondrán como reglas constitutivas de un lazo posible. Además, este circuito minuciosamente reglado traducirá de alguna manera el itinerario de ciertos elementos que provocan fascinación en el sujeto: la elección particular de este material determinará las características del proceso de invención que el sujeto esté dispuesto a desplegar.

El trabajo de invención como acto supondrá, al decir de Lacan (1967-1968), “franquear un cierto umbral” - en la medida en que otro estatuto se establecerá tanto para el objeto como para el sujeto - y que “allí un sujeto se habrá manifestado” (Lacan, 1967-1968) - no representado por un significante, en el sentido del sujeto del Inconsciente; pero si un sujeto se manifestará como técnico experto, protagonista del acto mismo -. Su ser actor y autor será notorio y evidente en este escenario propiciatorio. El acto será la invención misma que realizará el sujeto con el objeto como soporte. Dicha invención será siempre invención de un nuevo uso del material que proponemos como reciclado para destacar lo irreplicable que hay en él; además toda esta operatoria se verificará por sus efectos (Lacan, 1967-1968). Afirmaremos que este acto de invención tiene efecto: la producción *de* un sujeto. No se trata tanto de un acto de habla que ubica al sujeto como enunciador sino de un acto de lenguaje que, mediante un objeto o materialidad hará posible cierto lazo singular ubicando al sujeto como actor; un artesano que, tal como André con sus marionetas, se armará un soporte material para poner a circular su voz tangible y artesanal.

Partimos de la idea de que en los autismos las alternancias tienen estructura de lenguaje y de que será posible “hablar” incluso sin palabras si ponemos el acento en el acto que el sujeto está dispuesto a desplegar y exhibir. Porque “hablar un lenguaje es tomar parte en una forma de conducta gobernada por reglas” (Searle, 1969, p. 31). En este punto, nuestros

ejemplos parecen confirmar dicho posicionamiento. Sellin (2011) brindará su acuerdo cuando afirme: “quiero contar una autentica historia una vez un solitario hablo algo sin palabras algo sencillamente en su aislada valiosa lengua una lengua de seres solitarios como un ser impecable loco llamado birger” (p. 121).

Habr  por parte del sujeto una disposición a elaborar o inventar una suplencia para vérselas con el lenguaje: modo artesanal de articular cuerpo y lenguaje. Un despliegue que dará cuenta de la búsqueda de un lugar en ese mundo del lenguaje a partir de la elaboración de algo que será presentado, las más de las veces, como un lenguaje propio, privado. Éste mismo será para nosotros un selecto modo de lazo que le permitirá al sujeto como pronuncia Birger “remediar la falta de una importante experiencia social” (Sellin, 2011, p. 140).

Respuesta inédita del sujeto frente al traumatismo de *lalengua* (Lacan, 1972-1973) a partir de un saber-hacer destacado; uso singular del lenguaje de un modo “distinto al lenguaje vivo de todo el mundo” (Sellin, 2011, p. 140) que, además, no renuncia a la intencionalidad de lazo ya que “un mudo se entrega totalmente al lenguaje tambien” (Sellin, 2011, p. 140). Sellin (2011) referirá acerca de su modo particular de lenguaje: “amo sobre todo el lenguaje / que hace de mediador entre los hombres / un lenguaje nos da dignidad e individualidad / sin el lenguaje no soy nada” (p. 165). Y para nuestra consideración aclarar : “un lenguaje inactivo no equivale a falta de inteligencia la inhibición en el hablar puede tener diversas funciones interiormente apaciguadoras niveladoras” (p. 200).

Es por su efecto mismo que nos aproximamos al acto (Lacan, 1967-1968). En este punto sostendremos que la operación de invención que intentamos especificar tendrá un efecto-de-cuerpo (Miller, 1999-2000) que nos permitirá pensar en una producción *del* sujeto, en los dos sentidos del genitivo: su elaboración singular que se pondrá en escena como una técnica precisa, pero también la producción *de* un sujeto posible a partir de all . Una vez más

el a posteriori se instalará como lógica que torna congruente cierta lectura clínica del proceso que estamos considerando.

Lacan (1967-1968) introduce en el Psicoanálisis la función del acto en tanto ese hacer - psicoanalítico - implica profundamente al sujeto. Respecto de lo que venimos sosteniendo insistiremos en que en ese saber-hacer con el objeto que nombramos como trabajo de invención el sujeto está profunda y absolutamente implicado; será ésta una operación que concierne al ser. El sujeto del que hablamos será puesto en acto gracias a la dimensión de la invención. Habrá allí franqueamiento del orden establecido en tanto otro estatuto será posible para el sujeto a partir de dicha operación y una decisión - que el acto supone - se instalará del lado del sujeto mismo.

Lacan (1967-1968) afirmará que “el acto tiene el lugar de un decir que transforma al sujeto”. Por lo tanto, no se tratará de un decir, mucho menos de un hablar, pero vendrá a ese lugar del decir transformando al sujeto, franqueando un orden establecido. Este acto de invención que proponemos vendrá a subvertir la posición del sujeto. El acto es el franqueamiento de un orden, franqueamiento que resulta de una decisión tomada frente al encuentro del sujeto con lo imposible (Sara Lía Chiavaro, 2002).

El acontecimiento vendrá a situarse como la consecuencia no calculada, suplemento azaroso de aquel acto. “No toda palabra es un decir. Un decir es del orden del acontecimiento” (Lacan, 1973-1974). En nuestro planteo reservaríamos el valor de acontecimiento para la consecuencia de dicho trabajo de invención; esto es, un modo de producción subjetiva original - una modalidad de sujeto - como efecto de todo ese trabajo y la inauguración de un modo inédito de lazo, una forma discursiva con lo material como asiento y soporte que intentará sortear la enunciación. Además, como afirmáramos en varias oportunidades, el sujeto mismo será para nosotros el principal responsable y hacedor en ese inventar-se. Birger en relación a esto comentará que “por razones excepcionales (está)

elaborando un plan preciso para que un ser totalmente desprovisto de si mismo se transforme ferreamente en un ser como otra gente” (Sellin, 2011, p. 128). Esto no será sin un extenso y minucioso trabajo en el cual el sujeto estará absolutamente implicado; esta operatoria concierne sin dudas y de manera privilegiada a su “ser”. De esta manera destacará lo arduo de su labor: “nadie imagina que trabajo cuesta transformar lo asocial en social transformar cambiar ferreamente algo sin sentido en algo pleno de sentido” (Sellin, 2011, p. 121). Y en este punto la sutileza excepcional de Donna Williams (2012) nos brindará la definición de esta modalidad de producción subjetiva como “una forma de dar sentido a las cosas” (p. 232) enlazando de este modo la operatoria de invención singular a la producción misma del sujeto.

Para el autor estadounidense que venimos consultando la teoría del lenguaje es parte de una teoría de la acción, simplemente porque hablar es una forma de comportamiento regida por reglas (Searle, 1969). De allí que “lo interesante no sea el sistema formal de estas reglas del juego, sino el juego mismo” (Searle, 1969). Sin dudas se tratará en nuestros supuestos de un juego singular con minuciosa lógica interna y todo un sistema formal de reglas absolutamente calculadas al detalle que harán del mismo algo artesanal e irrepetible.

El uso de las marionetas como acto de lenguaje nos resulta esclarecedor también en este punto: “A André le costaba mucho mantener la actuación. No podía hacerlo solo, tenía que recurrir a las marionetas y contar con la ayuda de sus interlocutores (que no debían interrumpirlas)” (Nazeer, 2008, p. 41). Se destacará asimismo el acto que implica por parte del sujeto: “La conversación es una especie de actuación en público, y André, que no es capaz de seguir plenamente las conversaciones en las situaciones normales de la vida, las convertía en actuaciones más explícitas aún” (Nazeer, 2008, p. 33). Un complejo acto de lenguaje donde el sujeto tendrá a su cargo la puesta en escena y el principal papel.

Será este trabajo de invención de un nuevo uso para cierta materialidad lo que se nos impone como un verdadero acto de lenguaje en la medida en que, a posteriori, se verificará un lazo inaugural. Porque “hablar un lenguaje es tomar parte en una forma de conducta - altamente compleja - gobernada por reglas”. “Aprender y dominar un lenguaje es aprender y haber dominado esas reglas” (Searle, 1969, p. 22). Además, el “conocimiento de cómo hablar un lenguaje incluye el dominio de un sistema de reglas que hace que mi uso de los elementos de ese lenguaje sea regular y sistemático” (Searle, 1969, p. 23); en síntesis, “hablar consiste en realizar *actos* conforme a *reglas*” (Searle, 1969, p. 31). Y esto mismo será patognomónico del modo subjetivo que estamos considerando.

Si bien Kamram Nazeer (2008) ubica el uso de las marionetas por parte de André como una defensa más contra la grieta de lo que denomina “coherencia local”, es decir, no hace una distinción entre ese uso y cualquier actividad repetitiva u “obsesiones”; por nuestra parte propondremos otra lectura para ese tratamiento en consonancia con nuestro posicionamiento ético en la clínica.

El uso original de ese objeto se pondrá al servicio del lazo social en tanto el sujeto recurrirá a él eligiéndolo como soporte para iniciar y sostener una conversación. A partir de esto, la misma revestirá de un modo más explícito aún el carácter de una actuación. Este objeto será en sí mismo una herramienta que servirá al cuerpo del sujeto como recurso para vérselas con el lenguaje. En definitiva, toda operación de invención del sujeto constituirá una forma de vérselas con el lenguaje. Para la modalidad de invención que proponemos se tratará de un modo reciclado y artesanal de aparejamiento entre cuerpo y lenguaje.

Subrayamos la importancia de esas reglas *constitutivas* en tanto pesquisamos el lugar privilegiado que adquieren en varios de los testimonios consultados. También ellas nos invitarán a considerar el trabajo del sujeto allí invertido en tanto es él mismo quien las crea según ciertos estándares o parámetros singulares. Una vez que éstas son establecidas e

instituidas como esenciales y *constitutivas* - al decir de Searle (1969) - rigen el complejo sistema inventado por el sujeto que al modo de un lenguaje propio inaugura cierto lazo a condición de respetar estas pautas mínimas.

Respecto de lo que para él serán estas *reglas constitutivas* Searle (1969) sostendrá:

La estructura de un lenguaje es una realización convencional de un conjunto de reglas constitutivas subyacentes que proporcionan las bases para especificaciones de conducta y crean otras nuevas. Crean o definen nuevas formas de conducta. Dichas reglas constituyen una actividad cuya existencia es lógicamente dependiente de las reglas; así parecen definir la acción en sí misma. El lenguaje funciona como los juegos -baseball, ajedrez-; las reglas no sólo dicen cómo jugarlo, sino crean la posibilidad misma de jugarlo. (p. 47)

Será en este sentido que los indicadores lingüísticos revestirán su significación al tener en cuenta el lugar o circunstancia del juego que los contiene, es decir, el contexto. La situación contextual permitirá la generación de una conducta significativa - que será, para nosotros, el trabajo propio del sujeto - inscrita en el acto de lenguaje, con el cual aludiremos a la operatoria de invención en sí misma. De este modo, la intención del sujeto adquirirá significación en el escenario particular donde el lazo podrá inaugurarse y proliferar. Por su parte, estas normas fijas determinarán el uso asignado para el material así como la regulación del lazo posible a partir de ello.

Donna Williams (2011) en su testimonio distinguirá entre “su mundo” y “el mundo” y definirá al primero como un *sistema* entero para dar sentido a “el mundo”. Es decir, “su mundo” será nombrado y definido como un sistema complejo con reglas propias dedicado a dar sentido, a ordenar y clarificar el mundo de todos. Creará lo que ella misma denomina “*su*

ley” que al modo de una *regla constitutiva* consistirá en no reconocer como propia o rechazar cualquier parte de “su mundo” expuesta o tocada por “el mundo”. En relación a esta ley, con ella como regulación y medida, se dispondrá a establecer ciertos lazos que de manera paulatina irán extendiéndose a diferentes ámbitos de su interés.

El pensamiento visual del que hablarán Temple Grandin (2006) y Daniel Tammet (2006) entre otros, se presentará como recurso del sujeto para construir un lenguaje al modo inverso del sistema significante. También Jacob Barnett (2016) hará lo propio con su sistema matemático visual. Modalidad de lenguaje que nos invitará a pensarlo como un verdadero acto de invención del sujeto. Forma discursiva propia entendida como acto de lenguaje que será también, y en la misma medida, acto de invención singular.

Daniel Tammet (2006) lo especificará de la manera siguiente:

(...) la secuencia de mis pensamientos no siempre es lógica, pero aparece como una forma de asociación visual. (...) Podía visualizar las palabras en mi cabeza, basándome en la forma que tenían sus letras (...) por ejemplo, “dog” (perro) está compuesta por tres círculos con una línea ascendente en la primera letra y un bucle descendente en la última. La palabra se parece bastante a un perro si imaginamos que la línea ascendente es la oreja y el bucle descendente la cola. Las dos “oes” en “look” (mirar) me recuerdan un par de ojos. (p. 31)

Especificará la función que adquiere este código novedoso, al servicio de cierta empatía que permita algún lazo con otros significativos:

(...) desde que puedo recordar, he experimentado los números de manera visual. Son mi primer lenguaje, en el que suelo pensar y sentir. (...) Normalmente me resulta

difícil comprender las emociones o saber cómo reaccionar ante ellas, así que utilizo los números como ayuda (...) si un amigo me dice que se siente triste o deprimido, me imagino a mí mismo sentado en la oscura cavidad del número 6 para ayudarme a experimentar el mismo tipo de sensación y así comprenderla. Si leo en un artículo que una persona se siente intimidada por algo, me imagino a mí mismo junto al número 9. Siempre que alguien describe una visita a un lugar hermoso, yo recuerdo mis paisajes numéricos y lo feliz que me siento en su interior. Lo cierto es que los números me ayudan a comprender mejor a otras personas. (Tammet, 2006, p. 8)

Este primer lenguaje para el sujeto será lo que viene al lugar de respuesta singular frente al trauma de *lalengua* (Lacan, 1972-1973). El trabajo al que se dedicará con esos elementos privilegiados – los números – lo llevarán a concluir su invención singular: un idioma al que define como propio y denomina Mänti.

Este afán por crear otro lenguaje, un lenguaje propio, singular, privado en algún punto, con reglas y pautas rígidas, pondrá de manifiesto la incomodidad generada por la lengua materna; algo que encontramos como denominador común en los recorridos por los diferentes testimonios a partir de las situaciones de ajenidad, o mejor, de extranjería descritas por los sujetos.

Kamram Nazeer (2008) también destacará esta cuestión en su relato acerca de André:

Tal como me confirmaba André, el problema no era la complejidad del lenguaje, sino el dinamismo: que una palabra pudiera tener más de un significado o, a la inversa, la posibilidad de decir lo mismo de varias formas, cada una con un matiz distinto (...). Por eso era tan estimulante crear un lenguaje artificial, conseguir que los ordenadores hablaran bien. Como decía uno de los carteles de André, “la comprensión natural del

lenguaje (CNL) no consiste en entender el significado del texto y el habla solamente, sino en relacionar pautas. (p. 29)

Jacob Barnett (2016) también nos esclarecerá acerca de este punto en la medida en que todos sus esfuerzos irán en el sentido de poder “traducir” lo que se presenta para él como su primer lenguaje: un lenguaje matemático visual para el cual tratará de inventar alguna escritura que habilite el intercambio con otros.

Judy Barron (1992) también aludirá a la relación de su hijo con el lenguaje destacando una inmensa sensación de extrañeza y un aparente intento de lograr cierto lenguaje propio:

(...) para Sean el lenguaje era una maraña que él tenía que desenredar dándole una forma coherente. Era como si estuviera inventando un idioma propio, en lugar de aprender a reproducir lo que hacía años oía. Tal vez, pensé, realmente nunca nos ha escuchado hasta ahora, cuando tiene una evidente necesidad de hacerse comprender. (p. 84)

A partir de este relato se deslizará una vez más la idea de que este impulso hacia la invención por parte del sujeto va de la mano de una creciente intencionalidad de lazo o intercambio con otros. Podríamos en algún punto suponer que no existirá una sin la otra, al modo de: habrá puesta en juego de toda la operatoria de invención allí donde el sujeto ha llevado a cabo una decisión, una insondable decisión que concierne al ser, de abrirse y disponerse a alguna forma de lazo. Esa decisión marcará ya un viraje radical en su posicionamiento subjetivo. Advertiremos este acto a posteriori, por sus efectos.

Sean Barron (1992) explicará también esa sensación de extranjería que le provoca el lenguaje y agregará además una afirmación que decidimos subrayar porque ubica al

lenguaje mismo como herramienta; alusión que aportará en el sentido de lo que venimos exponiendo. Más que el lenguaje en tanto órgano, destacamos esta definición del mismo como herramienta enfatizando de este modo la cuestión material a la que el sujeto deberá encontrarle una función o inventarle un uso definitivamente inédito y singular. Barron (1992) especificará: “(...) yo todavía no tenía noción de lo que era conversar, ni cómo lo hacía la gente (...) me sentí un ser de otro planeta... no tenía más idea acerca de cómo comunicarme con los demás que la que podía tener un marciano” (p. 189). Y se explayará en su idea del lenguaje como herramienta:

(...) no tenía la capacidad para expresar mis sentimientos en palabras (...). No tenía la menor idea de que se pudieran usar de esa manera las palabras. Para mí el lenguaje era simplemente una sensación de mis compulsiones: una herramienta para usar en mi comportamiento repetitivo. (Barron, 1992, p. 172)

Esta elaboración singular que culminará en un “lenguaje propio” será también ejemplificada por Birger Sellin (1997) cuando explique y describa su “lenguaje para idiotas y mudos”; un lenguaje sin añadidos que admitirá, según dice, cierta traducción al lenguaje de todo el mundo, el “mundo de los vivos” (Sellin, 1997). Aunará sus esfuerzos para la creación de ese lenguaje:

(...) deseo poder utilizar para lenguaje mis organos bucales (...) pero yo aun estoy muy lejos de hablar (...) quiero esforzarme por encontrar un lenguaje / un lenguaje como el que tiene todo ser humano / un buen lenguaje en beneficio de cognitivos apreciables procesos mentales y tambien del ilustrerroneo mundo cientifico. (p. 117)

Un idioma sin agregados, exclusivo para cierta categoría de criaturas que podrán a partir de él incluirse en la serie de los “poetas mudos”. Es decir, destacaremos que algo del orden de la filiación, en tanto lugar, será garantizado con este lenguaje exclusivo, cuasi privado.

(...) hoy tengo ganas de contar lo que pasa en la institucion en Tonukohass quiero dejar esta palabra significa no te excites en el idioma sin añadidos es un idioma para todos los denominados tontos lo he inventado yo para ese idioma hay tambien una gramatica personal asi que riokeea es los pelos de la trenza son largos (...). (Sellin, 2011, p. 98)

Este lenguaje con características novedosas, que prescinde de cualquier tipo de tilde y signo de puntuación “le da a la capacidad de comunicación del autista, un aire de íntimo secreto intransferible” (Sellin, 2011, p. 8). Así lo describirá su autor:

(...) nuestro lenguaje proviene mas bien de las profundidades de la soledad / es un total y agitado primer comienzo / se alimenta de frescor y de azules esperanzas / no siente aprecio por esos falsos giros de palabras porque trasplanta sin efectismo lo que vive en el alma (...). (Sellin, 1997, p. 138)

El prologuista reconocerá la labor del sujeto con estos términos: “(...) el lenguaje de Birger posee un valor estético propio que no solo contrasta con su apariencia exterior. La autenticidad de ese lenguaje nacido de una situación de extrema indigencia es, posiblemente, inalcanzable para un escritor intelectual normal” (Sellin, 2011, p. 32).

Habrá una lógica interna y reglas fundamentales que garantizarán la puesta en circulación de esta forma novedosa de lazo.

(...) sus textos est n plagados de repeticiones, de latiguillos, de extrañas y originales combinaciones de palabras, de elipsis, de curiosas construcciones sintácticas, de expresiones acumulativas que no sólo no aparecen en ningún diccionario sino que, unidas a una sintaxis a veces arbitraria, pueden convertir el texto en un verdadero jeroglífico.

Birger escribe exclusivamente las letras del alfabeto alemán, prescindiendo de toda clase de signos: ni puntos, ni comas, ni guiones, ni tan siquiera signos de interrogación (...). (Sellin, 2011, p. 75)

Será con esta forma del lenguaje que el sujeto iniciará su extensa elaboración y composición de poesías y versos recurriendo a ciertas deformaciones escriturarias, paralogismos y neologismos, haciendo de ellas una forma de expresión absolutamente irrepetible, la cual será, además, pasible de traducción: “(...) tu buscaras lo que realmente puedas citar cuando das un cursillo (se refiere a su madre que usa sus escritos para dar cursos de comunicación facilitada) porque traduces a un lenguaje correcto las lindas historias cortadas porelmismopatron de un tal birger (...)” (Sellin, 2011, p. 141).

Con esta elaboración singular que admitirá traducción le será posible al sujeto tomar una distancia suficiente respecto de “su mundo” para poder abocarse a describirlo y relatar detalladamente los avatares de dicho escenario. Será con su invención como herramienta que lograr  armar un relato sobre de las particularidades de ese territorio que lo impulsa e instiga a un trabajo permanente. Como se afirmará en el Epílogo:

Birger no se ha curado del autismo (...) pero el lema de su primer libro – “quiero dejar de ser un dentrodemi” – ya está superado.

Desde entonces, Birger se encuentra, pues en constante interacción con su entorno inmediato; sabe decir lo que piensa, sabe expresar deseos y tomar decisiones. (Sellin, 1997, p. 227)

Su invención revestirá para nosotros el estatuto de un verdadero acto de lenguaje donde el sujeto ya no es “un ser sinyo” (Sellin, 1997, p. 24) sino un poeta, un auténtico trovador.

Destacaremos, además, que en este caso el trabajo de invención le permitirá al sujeto “contar” su vida a partir de la representación. Sellin (1997) “actúa” su estado de repliegue para una película sobre su vida. A partir de esto, lo que lo definirá ya no será su estado autista sino su “ser actor”; esto modificará indefectiblemente el estatuto del sujeto. “En su película no se limitó a dejarse filmar, sino que trabajó como actor. “Representó” a un autista para el público. Hacía sus estereotipias, no cuando le venía en gana hacerlas, sino cuando quería el director (...)” (Sellin, 1997, p. 234).

Respecto del *discurso* John Searle (1969) sostendrá que es un espacio en el que se genera la *actividad* del hablante, no aquella actividad individual instintiva o emotiva y difícilmente cognoscible, sino la que se manifiesta gracias a la *competencia* del hablante, es decir, por su conocimiento intuitivo de las reglas subyacentes del lenguaje, que le permitirán la exploración de todas las potencialidades lingüísticas (Searle, 1969). En el marco de nuestro planteo, el lazo entendido como forma discursiva original será resultado del minucioso trabajo particular del sujeto; un saber-hacer con el objeto que es regido por ciertas reglas que él mismo establece o inventa. Será aquí el sujeto quien con su trabajo mismo se ubicará como

productor de un inédito discurso. Propondremos un “discurso material” como resultado y efecto de esa operación primordial de invención en tanto acto de lenguaje.

No nos privaremos de mencionar lo que Searle (1969) postulará como “principio de expresabilidad”:

(...) el principio de que cualquier cosa que pueda querer decirse puede decirse no implica que cualquier cosa que pueda decirse puede ser comprendida por otros, ya que esto excluiría la posibilidad de un *lenguaje privado*, un lenguaje que fuese lógicamente imposible de comprender a cualquiera excepto a la persona que lo habla.
(p. 30)

Si bien no lo desarrollará, este punto no puede más que remitirnos a cada una de las complejas e inéditas soluciones singulares que venimos comentando.

Daniel Tammet (2006) con la invención de su lenguaje propio al que bautizará “Mänti” parece haber alcanzado el sueño de varios. Esto mismo fue precedido por la construcción de un código propio, sustituyendo letras por números; por ejemplo “24 1 79 5 3 62” cifraba la palabra “DANIEL” (p. 56), nada menos que su nombre propio. Lo más propio y más ajeno a la vez, su nombre, cifrado, *traducido* a su propio lenguaje. Ciframiento que pondrá de manifiesto cómo la invención atañe a lo más propio, lo más íntimo del sujeto; será sin dudas un acto que concierne al ser. Él mismo explicará este código singular:

(...) Emparejaba las letras del alfabeto: “ab”, “cd”, “ef”, “gh”, “ij”, etc. Y otorgaba a cada pareja un número del 1 al 13: ab=1, cd=2, ef=3, gh=4, ij=5, etc. Luego sólo había que distinguir entre cada letra de la pareja. Lo hacía añadiendo un número aleatorio si quería utilizar la segunda letra de cada pareja. Si no, simplemente escribía el número

que correspondía a la pareja a la que pertenecía la letra. Así pues, “24” significaba la segunda letra de la segunda pareja: “d”, mientras que “1” representaba la primera letra de la primera pareja: “a”. (Tammet, 2006, pp. 56-57)

Este código supondrá un uso particular e inédito de aquellos elementos que para Tammet (2006) revisten un valor excepcional: los números; material ineludible y sustancial en tanto el sujeto *pensará* a partir de ellos. Su carácter insoslayable los determinará como material a partir del cual el sujeto podrá inventar. Acerca de su propia elaboración declarará:

(...) Continué soñando que un día hablaría un idioma que sería sólo mío y que expresaría algo de lo que era ser yo. (...) Llamé “Mänti” a mi idioma. Es un proyecto en curso con una gramática desarrollada y un vocabulario que cuenta con más de mil palabras. (Tammet, 2006, p. 89)

Esta invención conjugará los elementos que son fascinantes e indispensables para el sujeto – los números – con su decisión de iniciar un lazo; una especie de solución de compromiso que a partir de un trabajo con los elementos de su interés confluirá en la elaboración de un código que habilitará cierta traducción y nos permitirá hablar de un lazo discursivo original. Discurso material en el que los elementos de interés del sujeto harán las veces de materia prima para la elaboración del mismo.

Nombraremos como *discurso material* a cierta forma de lazo singular que tiene su asiento o soporte en el trabajo del sujeto con un objeto. Con él y a partir de él inventará un nuevo uso – reciclado - para el mismo al tiempo que establecerá las reglas específicas para dicho uso; reglas *constitutivas* que harán posible el despliegue de su técnica original. A partir de aquí logrará entrar en escena presto a sostener un intercambio inédito. Serán estas mismas

reglas las que determinarán las condiciones en las que dicho intercambio podrá sostenerse; en tanto “constituyen una actividad cuya existencia es lógicamente dependiente de esas reglas” (Searle, 1969). Entenderemos que con un procedimiento semejante el sujeto se armará un soporte material para poner “su voz” en circulación, a condición de entender el habla como un acto del sujeto.

En un intento de especificación agregaremos que entre quienes han logrado usar el lenguaje como instrumento pesquemos algunas cuestiones que intentaremos ubicar como componentes del discurso material que sugerimos. Si nuestro planteo tiene algún tipo de asidero, no descartaremos la posibilidad de deslindar otros elementos que permitan delimitar la modalidad discursiva que consideramos. Mencionaremos por un lado la analogía permanente con objetos que los sujetos utilizan al modo de un recurso de traducción entre dos lenguajes; por otro lado, el recurso a cierto simbolismo que se nos presenta más bien como un código propio. Este elemento será descrito como recurso subjetivo que permitirá cierta orientación y responderá de alguna manera al orden de lo privado; el primero, si bien lo suponemos enlazado a éste, será presentado como cierto recurso de *traducción* para dar cuenta de algo que es “pensado” en otro lenguaje. En ambos encontramos el recurso a lo material o a cierto elemento que, de manera retórica o al modo de símbolo, oficia de soporte.

Temple Grandin (2006) presentará “sus puertas y ventanas” como un recurso que la acompañará en los cambios que deba transitar: “(...) elegí deliberadamente las puertas simbólicas para que me ayudaran a avanzar” (p. 136). A partir de esto edificará todo un sistema de símbolos que le permitirá transitar los distintos espacios sociales, así como entender el mundo de lenguaje: “(...) los símbolos autistas, a un autista pueden proporcionarle la única realidad tangible o la única manera de comprender el mundo” (p. 45). Estos símbolos a partir de elementos concretos vendrán en auxilio del sujeto como recurso para vérselas con los conceptos abstractos, de gran dificultad de aprehensión:

Con la edad aprendí a convertir las ideas abstractas en imágenes para poder entenderlas. Visualizaba conceptos como paz u honradez por medio de imágenes simbólicas. Imaginaba la paz en forma de paloma, una pipa de la paz india o secuencias de televisión o de documentales de la firma de un tratado de paz. Para representar la honradez veía una mano sobre una Biblia en un juzgado. La noticia sobre una persona que devolvía, con todo el dinero, un billetero que había encontrado me sugería la imagen de una conducta honrada.

El Padrenuestro me era incomprensible hasta que lo desglosé visualmente en imágenes concretas. El poder y la gloria estaban representados por un arco iris y una torre eléctrica. (Grandin, 2006, p. 39)

Con este recurso Tammet (2006) se formará una idea de lo que es la amistad: “Me la imaginé como una mariposa, simultáneamente hermosa y frágil, que una vez que vuela pertenece al aire y que cualquier intento de atraparla sólo la destruirá” (p. 85). También nos explicará cómo este artilugio viene en su auxilio para comprender las abstracciones:

Las palabras abstractas me resultan menos fáciles de comprender y en mi cabeza guardo una imagen de cada una que me ayuda a deducir el significado. Por ejemplo, la expresión “complejidad” me hace pensar en una trenza de cabello, muchos mechones entretejidos formando un todo. (p. 84)

Nos tienta la formulación de estos recursos del sujeto como componentes característicos de la modalidad discursiva que intentamos delimitar, aquella que tiene a lo material como sostén fundamental. El objeto vendrá en auxilio no sólo para organizar el

mundo entero sino también para permitirle al sujeto dar cuenta o especificar acerca de esta extensa operatoria; allí cuando el sujeto haya proliferado en su actuación inaugural podrá empezar a dar cuenta acerca de esta inédita organización que se nos impone como invención.

Cuando me dan una estimación del tiempo, la visualizo en mi cabeza como una masa estirada sobre una mesa, que imagino que tiene la longitud de una hora. Por ejemplo, puedo comprender cuánto tiempo dura una caminata de treinta minutos imaginando un pedazo de masa de pan enrollado por la mitad sobre mi mesa mental. (Tammet, 2006, p. 99).

Entre aquellos que especifican sus modos de estar en el mundo a partir de sus relatos autobiográficos encontramos sobrados ejemplos de lo que intentamos circunscribir. Este recurso estará disponible para describir o explicar alguna situación que piensan o sienten; el establecimiento de comparaciones con determinados objetos o materiales concretos parece instalarse en el lugar vacante de la metáfora como recurso para efectuar una traducción de *su* lenguaje al *lenguaje de el mundo*. Una especie de ejercicio que algunos ponen de relieve explícitamente y en otros se sugiere a lo largo del relato. Para Barron (1992) su vida era comparable a “una calesita de la que no sabía cómo bajar” (p. 156). Donna también apelará a este recurso que mencionamos para describir sus vivencias en relación al cuerpo:

Era como si mi cuerpo se atacara a sí mismo, haciendo de mí como un cojín para agujas en el que se iban clavando agujas cada vez más profundamente, hasta que me rindiera o sufriera las consecuencias de un apagón total. (Williams, 2012, p. 194)

No será nuestra intención extendernos en la consideración de estas analogías con objetos concretos pero su reiterada aparición en cada uno de los relatos nos forzarán a mencionarla como un recurso al servicio del sujeto para dar cuenta de las vivencias y el escenario que “su mundo” le ofrece. Si lo material revestirá un carácter central en la operatoria fundante de invención que le abrirá al sujeto las puertas para un lazo posible, quizá podamos hipotetizar que entre aquellos que logran usar el lenguaje como herramienta – aún de las formas más inéditas - pueda este ser un recurso retórico que permita cierta traducción. Sospechamos que allí donde la operación metafórica deje un espacio vacante obligando al sujeto a inventar podrá inmiscuirse este recurso retórico como elemento de esta novedosa modalidad subjetiva; recurso valioso del que el sujeto dispondrá para “armar” su versión de los acontecimientos.

Nos tienta la mención de algunas de estas comparaciones que, por lo gráficas y precisas, muchas veces hasta poéticas, nos parecen de una relevancia sin igual. Darán cuenta, no sólo de una belleza del lenguaje sino además de la sutileza del pensamiento y las elaboraciones de las que el sujeto será capaz allí cuando no tenga más opción que dedicarse a inventar.

Kamram Nazeer (2008) hará uso de este recurso para explicar que se siente desbordado por alguna situación o sensación nueva: “(...) tengo la impresión de que se ha derramado agua, de que quiero empaparla con un pañuelo de papel, pero, como hay tanta, el pañuelo no puede con ella y el agua sigue derramándose” (p. 68). Algo del mismo tenor aparecerá en el relato que realiza acerca de su compañera Elisabeth:

A menudo estaba asustada. Decía que era como una cafetera, como si el cuerpo le humeara y, por dentro, fuera toda líquida; se le llenaba la cabeza de negro, rojo y añil.

Muchas veces sentía la necesidad de agarrarse a los objetos porque le parecía que se le iban a caer encima o que se caería ella. (Nazeer, 2008, p. 172)

Se subrayará en este relato la relevancia que revisten los objetos como recursos o soportes insustituíbles, sostén del cuerpo del sujeto; idea directriz en el presente ensayo.

Sean Barron (1992) también utilizará este recurso de *traducción* para especificar la falta de consistencia de su propio cuerpo: “(En la bañera) cada vez que trataba de sentarme normalmente, me sentía blando y húmedo como el barro, y era extremadamente sensible a esa sensación (...)” (p. 98).

El recurso a la comparación de definiciones abstractas con objetos concretos y cotidianos será algo que pesquismos insistentemente en cada relato consultado y que además encontraremos en la clínica. Un niño con quien veíamos imágenes del cuerpo humano aludía a “las cuerdas que mantenían todo eso junto” señalando las venas en las imágenes. Esto nos interesará en tanto indicio de la lógica imperante en estos casos. Para quienes trabajamos con niños, y con esta modalidad subjetiva en particular, deberán tener un lugar central aquellos indicios que parecen confirmar que el aprendizaje se consolidará indefectiblemente por vías alternativas.

De esta manera se referirá Sean (1992) a su relación con su madre: “Mi relación con mi madre es espectacular. En cierto sentido es como mirar en un caleidoscopio: gusta, se mire por donde se mire, y cada parte hace que las demás parezcan aún mejores” (p. 245).

Birger Sellin (2011) utilizará esto que suponemos como recurso de traducción en una frase que titulará la película sobre su vida: “la soledad de un autista es como estar enterrado vivo es como una masa de barro que prolifera en el alma” (p. 112).

Con estas últimas puntualizaciones que pretenden delimitar nuestra propuesta de un discurso material como resultado del trabajo de invención en tanto acto de lenguaje

pretenderemos multiplicar los interrogantes que oficiarán como motor de futuras investigaciones sobre el tema. Sostendremos que instalar la pregunta será siempre un gesto ético insustituible para todo aquél interesado en esta modalidad subjetiva.

A modo de conclusión:

Retomaremos nuestra pregunta inicial: ¿Cómo se constituye un sujeto posible en los autismos? Entendemos que nuestro recorrido puede considerarse un modo de respuesta posible a ese interrogante. El recorte operado para nuestro desarrollo debe ser leído y juzgado como un modo de invención posible que no excluye otras modalidades sino que, por el contrario, se propone abrir la interrogación e indagación acerca de otros modos posibles de respuesta subjetiva.

Con el planteo de la operación de invención como acto de lenguaje se delimitó un modo de respuesta posible en los autismos para ese modo primario de afectación del cuerpo que Lacan (1972-1973) mencionará con el término *lalengua*. El modo de concebir dicha operatoria inaugural así como las características que suponemos a dicho proceso constitutivo pretenderá dar cuenta de un modo artesanal de aparejamiento entre cuerpo y lenguaje, como modo singular de respuesta subjetiva.

Decidimos otorgarle al término *invención* una acepción que lo distingue de aquellos postulados como antecedentes, planteando una modalidad propia en tanto especificidad en los autismos. Elegimos destacar este concepto valiéndonos de sus dos acepciones: por un lado, la invención en tanto operación de trabajo, labor constante y minuciosa del sujeto implicado; por otro la invención *del* sujeto en tanto modo original de producción subjetiva en la que él mismo se definirá como creador, autor, actor, artesano y protagonista. Entendemos que todo su ser será implicado en la elaboración y edificación de este modo propio de articular el cuerpo y el lenguaje; el franqueamiento de un orden establecido nos permitirá pensar que allí un sujeto se manifiesta a condición de ubicar su preciada técnica como algo que viene al lugar de un decir. En este punto el soporte del analista, que al modo de “secretario” del acto de invención sostiene la operatoria, será fundamental.

Corroboramos que este extendido proceso de trabajo se iniciará allí donde al sujeto le es posible elegir un objeto entre varios, instalándolo como elemento privilegiado y materia prima que le permitirá el pasaje a otro estado de cosas. Alguna diferencia se instalará a partir de esta elección singular; nuevas escenas y escenarios serán posibles para el sujeto y a la vez la chance de que toda esta operatoria comience a desplegarse. Sobrados ejemplos nos confirmarán que las características y atributos de tales objetos o materialidades juegan un papel decisivo en la elección que sobre ellos recaiga, en tanto cautivan al sujeto; fascinación que en sí misma funcionará como invitación a hacer algo con eso.

A partir de los ejemplos y viñetas clínicas citadas se intentó delimitar el estatuto del sujeto al que nos referimos como posible en los autismos; un sujeto que se define por ese mismo trabajo constante al que parece quedar permanentemente sujeto y que a partir de allí se-arma un modo propio y artesanal de entrar en el lazo. “Inventan un modo de penetrar en la conversación” (Horstein, 2009). Sujeto efecto de este trabajo artesanal con el cual logra definir-se un *ser* y un *tener*, armándose una consistencia que lo habilita a un lazo con otros tan selecto como artesanal y original.

A partir de esta entrega constante al trabajo de invención como elemento definitorio de esta modalidad subjetiva y entendiendo que nuestro planteo respecto del cuerpo debe necesariamente ser solidario del estatuto reservado al sujeto, es que lo planteamos en situación de invención permanente. Entendemos que ambos estarán atravesados por la categoría de la invención en tanto experiencia inaugural para el sujeto. Esta operación de invención en su carácter de fundante, constante, artesanal y permanente acompañará al sujeto en su tránsito por el mundo de lenguaje haciendo de éste un espacio más tolerable y vivible. Reservamos al objeto o materialidad un lugar central en toda esta operatoria ininterrumpida.

Como ya hemos comentado, el recurso a los testimonios para argumentar y ejemplificar acerca de lo planteado debe entenderse en consonancia con el posicionamiento

ético que suponemos ineludible para quien decida trabajar con esta modalidad subjetiva. Allí introducimos nuestro interrogante inicial: ¿Cómo se constituye un sujeto posible en los autismos? Indagamos en esos escritos convencidos de que “el enunciador de un testimonio testimonia una experiencia; esa es una experiencia de transformación: hay testimonio de la experiencia de forjarme sujeto en una situación” (Horstein, 2009).

Construir lo que no existe, aunque con materiales existentes, fundamento de la idea de reciclado que destacará a la vez su carácter de irrepetible; es el eje adoptado en el rastreo de cada uno de los relatos y viñetas presentadas que, entendemos, confirman nuestros supuestos iniciales. La invención de un uso nuevo para cierta materialidad permitirá el despliegue de un saber-hacer que fundará al sujeto como tal.

El estatuto que elegimos para definir dicha operación es el de un verdadero acto de lenguaje en tanto nos será posible a partir de allí pesquisar una modalidad discursiva que tendrá en lo material su asiento y soporte. Sobre esto edificamos la propuesta del concepto de *discurso material* para nombrar al producto de esta operación radical de invención. Acontecimiento de cuerpo que instalará cierto soporte material que haga posible poner a circular “la voz” de los modos más originales.

El extenso recorrido a partir de distintos relatos de vida nos confirma que *el sujeto* debe buscarse allí en el acto mismo que despliega de manera precisa, minuciosa e incansable. Esa técnica precisa y calculada al detalle será lo que lo define como tal. Estará irremediabilmente obligado a la invención en tanto no cuenta con los discursos establecidos y lo hará de una manera destacada. La modalidad subjetiva que nos ocupa estará sujeta a y por la invención. Su destreza en toda esta operatoria será de tal magnitud y contrastará de un modo tan llamativo con los momentos en los que no se dedique a ella que no podremos más que sospechar que eso mismo lo define como tal.

Concluiremos que hay sujeto posible en los autismos a condición de no reducir la concepción del sujeto al representado por el significante. Para nosotros será aquél que logre definirse a partir de este saber-hacer inigualable, técnica minuciosamente calculada al detalle que logra ponerlo en escena como un verdadero experto. El sujeto posible en los autismos será el que haga su aparición como artesano, actor, inventor, protagonista en un hacer que él mismo instituye. Dicho saber-hacer se despliega en la escena que ubica al sujeto como un verdadero avezado; muestra una técnica con la que se luce en una tarea irrepetible que tendrá las chances de posibilitar un lazo inaugural.

La finitud de nuestro alcance sumada al posicionamiento ético al que ya hiciéramos referencia nos obligará a reinstalar una y otra vez nuestra pregunta disparadora: ¿Cómo se constituye un sujeto posible en los autismos?

Referencias bibliográficas:

- Annoni, G. (2011). *Autismo infantil. Una clínica desde el Psicoanálisis*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Barnett, K. (2016). *La chispa. Un relato materno sobre educación, genialidad y autismo*. Barcelona: Aguilar.
- Barron, J. (1992). *Hay un chico aquí dentro. El mundo de un chico autista contado por él mismo y su madre*. Buenos Aires: Atlántida.
- Bergson, H. (1907). *La evolución creadora*. Buenos Aires: Cactus, 2007.
- Carbonell, N., Ruiz, I. (2013). *No todo sobre el autismo*. Madrid: Editorial Gredos.
- Collazo, C. (2013). *Psicosis y autismo infantil. Conceptos fundamentales y problemas clínicos*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Comastri, S. (2016). *Los autismos. Uno por uno*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Ecco U. (1977). *Cómo se hace una tesis. Técnicas y procedimientos de investigación, estudio y escritura*. Gedisa, 1986. Barcelona. Digital.
- Freud, S. (1914). *Introducción del Narcisismo*. En *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras (1914-1916)*. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000.
- Freud, S. (1923). *El yo y el ello*. En *El yo y el ello y otras obras (1923-1925)*. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000.
- Gallardo, M. (2007). *María y yo*. España: Astiberri.

- Gonzalez Rey FL. (2007). *Investigación cualitativa y subjetividad. Los procesos de construcción de la información*. McGraw-Hill Interamericana. México. Digital.
- Grandin, T. (1997). *Atravesando las puertas del autismo. Una historia de esperanza y recuperación*. Buenos Aires: Paidós, 2008.
- Grandin, T. (2006). *Pensar con imágenes. Mi vida con el autismo*. Barcelona: ALBA, 2015.
- Hoffman, C. (2016). *Construyendo mundos. Autismo, atención precoz y psicoanálisis. El caso Dídac*. Madrid: Gredos.
- Iuale, L. (2011). *Detrás del espejo. Perturbaciones y usos del cuerpo en el autismo*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Iuale, L. (2017). Todos farfullados: incidencias del trauma de la lengua en el serhablante. IX Congreso Internacional de investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIV Jornadas de Investigación XIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología – Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Kaufman, B.N. (1981). *¡Levántate hijo! La curación de un niño autista*. Buenos Aires: Emecé S.A.
- Lacan, J. (1955-1956). Seminario 3: *Las Psicosis*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Lacan, J. (1968-1969). Seminario 15: *El acto Psicoanalítico*. www.psicoanalisis.org/lacan/seminario15.htm
- Lacan, J. (1972). *El Atolondradicho*. En *Otros Escritos*. Buenos Aires: Paidós, 2012.
- Lacan, J. (1972-1973). Seminario 20: *Aún*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Lacan, J. (1975). *Conferencia en Ginebra sobre el síntoma*. En *Intervenciones y textos 2*. Buenos Aires: Manantial, 2007.
- Lacan, J. (1975-1976). *Libro 23: El sinthome*. Buenos Aires: Paidós, 2006.

- Laurent, E. (1997). *Fragmentos sobre el autismo*. En Publicación de la Sección Rosario de la EOL. *Lazos, Nueva serie N° 1*. Rosario: Editorial Fundación Ross, 1998.
- Maleval, J.C. (2009). *El autista y su voz*. Madrid: Editorial Gredos, 2011.
- Maleval, J.C. (2012). *¡Escuchen a los autistas!*. Buenos Aires: grama Ediciones.
- Mendicoa G. (2003). *Sobre Tesis y Tesistas. Lecciones de enseñanza-aprendizaje*. Buenos Aires: Espacio Editorial. Digital.
- Miller, J.A. (1987). *¿Producir el sujeto?*. En *Matemas I*. Buenos Aires: Manantial, 2014.
- Miller, J.A. (1999). *La invención psicótica*. En *Revista Virtualia N° 16*. Buenos Aires, 2007.
- Miller, J.A. (1999). *La psicosis ordinaria*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Miller, J.A; Laurent, E; Maleval, J.C y otros. (2014). *Estudios sobre el autismo*. Buenos Aires: Colección Diva.
- Miller, J.A; Laurent, E; Maleval, J.C y otros. (2015). *Estudios sobre el autismo II*. Buenos Aires: Colección Diva.
- Minayo de Souza MC. (2010). *Los conceptos estructurantes de la investigación cualitativa SALUD COLECTIVA*, Vol. 6 N° 3. Buenos Aires, Septiembre - Diciembre, 2010. Digital.
- Nazeer, K. (2008). *Las marionetas de André. Cinco autistas en el mundo*. Barcelona: ALBA.
- Ortega y Gasset. (1965). *Meditación de la técnica y otros ensayos sobre ciencia y filosofía*. España: Alianza.
- Peusner, P. (2016) *El Psicoanálisis con niños es un chino*. Buenos Aires: Letra Viva, 2018.

- Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española. (2001). *Diccionario de la Lengua Española* (23ª edición). Madrid: Espasa.
- Searle, J. (1969). *Actos de habla: ensayo de filosofía del lenguaje*. Madrid: Cátedra, 2017.
- Sellin, B. (1997). *Quiero dejar de ser un dentrodemi. Mensajes desde una cárcel autista*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Sellin, B. (2011). *Yo desertor de una raza de autistas*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Tammet, D. (2007). *Nacido en un día azul: un viaje por el interior de la mente y la vida de un genio autista*. Barcelona: Sirio.
- Tustin, F. (1972). *Autismo y psicosis infantiles*. Barcelona: Paidós Ibérica, 1987.
- Tustin, F. (1981). *Estados autísticos en los niños*. Barcelona: Paidós Ibérica, 1996.
- Vasilachis de Gialdino, I. (1992). *Métodos Cualitativos I. Los problemas teórico-epistemológicos*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina. Digital.
- Williams, D. (2012). *Alguien en algún lugar. Diario de una victoria contra el autismo*. Barcelona: N.E.E.D.
- Williams, D. (2015). *Nadie en ningún lugar. La historia extraordinaria de una autista desde su infancia hasta su juventud*. Barcelona: NED.